

tejiendo utopías

El Buen Vivir emerge como horizonte inter y pluricultural autonómico, centrado en el bienestar comunitario y el respeto y el amor a la naturaleza. En lugar de una vida colectiva secuestrada por una supuesta *economía* ilimitada donde el dinero es la ley o el *nomos* del *oikos*, el Buen Vivir nos ofrece una nueva casa conceptual y una nueva morada solidaria donde las reglas se hacen entre todos y todas en la búsqueda de un mismo fin: vivir bien.

Sin dejar de ser una casa acogedora para nuestras prácticas, sentidos y sueños de comunidad, el Buen Vivir es también un laberinto. Eso nos muestran los textos que componen este libro al brindarnos testimonios personales de pasos a veces indecisos o precavidos, de experimentos colectivos que afirman valores como la escucha, el encuentro con la alteridad cercana, el arte, la memoria y la milpa, pero siempre en un caminar honesto y nada lineal. Sin guiarse por el mapa que el modelo hegemónico imprime en nuestra piel, las y los autores comparten itinerarios personales y colectivos de resistencia creativa, que se van haciendo al caminar.

Como memorias que se entrelazan al narrar y construir realidades, los sentidos que tejen las y los autores son híbridos, contextuales, transdimensionales, multiactorales, polisémicos y abiertos. Estos sentidos se ofrecen como aprendizajes que emanan de buenos vivires que han sido y que pueden ser.

Juliana Merçon

tejiendo utopías



Krystyna Barbara Paradowska

coordinadora y editora

**CENTRO DE ECOALFABETIZACIÓN Y DIÁLOGO DE SABERES
UNIVERSIDAD VERACRUZANA**

IIES
Instituto de Investigaciones
y Estudios Superiores
Económicos y Sociales



RED DE ESTUDIOS DE
VULNERABILIDAD SOCIAL
ALAP



ISBN: 978-607-502-611-4



9 786075 026114 >

TEJIENDO UTOPIÁS

TEJIENDO UTOPIÁS

Krystyna Barbara Paradowska
coordinadora y editora

**Centro de Ecoalfabetización y Diálogo de Saberes
Universidad Veracruzana**

Xalapa, Veracruz - 2017

El proyecto “Diálogo de Saberes para la Resignificación y Reconstrucción de Buen Vivir en las comunidades indígenas y mestizas del estado de Veracruz” fue realizado en el Centro de Ecoalfabetización y Diálogo de Saberes, Universidad Veracruzana, con el apoyo del Programa PRODEP – NPTC entre enero de 2015 y junio de 2016.

Apoyan la publicación:

Centro de Ecoalfabetización y Diálogo de Saberes (Universidad Veracruzana)

Maestría en Estudios Transdisciplinarios para la Sostenibilidad (Universidad Veracruzana)

Instituto de Investigaciones y Estudios Superiores Económicos y Sociales (Universidad Veracruzana)

Cuerpo Académico *Ciencia, Tecnología, Sociedad e Innovación en la Sociedad del Conocimiento* (Universidad Veracruzana)

La publicación fue financiada por la Dirección General de Desarrollo Académico e Innovación Educativa de la Universidad Veracruzana.

TEJIENDO UTOPIÁS

Primera edición, 27 de octubre de 2017

D. R. © Universidad Veracruzana
Dirección Editorial
Hidalgo núm. 9, Centro, CP 91000
Xalapa, Veracruz, México
Apartado postal 97
diredit@uv.mx
Tel/fax (228) 8185980; 8181388

Derechos reservados

Krystyna Barbara Paradowska
Coordinadora y editora

Imagen de portada: “Urdiendo utopías” de la serie *Amaneciendo*
Salvador López, 2017

Impresión
Códice Taller Editorial

ISBN: 978-607-502-611-4

Impreso en México
Printed in Mexico

Índice

Prólogo	
Buen Vivir: Una casa en construcción	9
<i>Juliana Merçon</i>	
Presentación	15
<i>Krystyna Barbara Paradowska</i>	
<i>Tlan latamat. Contribuciones del concepto totonaco a la reconstrucción del Buen Vivir, como invitación al diálogo.</i>	23
<i>Krystyna Barbara Paradowska</i>	
<i>Danú Alberto Fabre Platas</i>	
A desandar lo andado: navegando en el mar de los espejos.	33
<i>Leticia Yolanda Quetzalli Bravo Reyes</i>	
El recuento del camino recorrido en comunidad	53
<i>Krystyna Barbara Paradowska</i>	
Jugando y aprendiendo a la vera del río. Reflexiones sobre la relación entre el arte y el Buen Vivir	65
<i>Salvador López Sánchez</i>	
Deambulando entre el pasado y el presente. Paisaje, arqueología y memoria en Xolostla	79
<i>Arturo Richard</i>	
<i>Krystyna Paradowska</i>	
La cultura campesina de la milpa y el Buen Vivir.	95
<i>Pablo Valderrama Rouy</i>	

Resignificando el Buen Vivir desde la experiencia compartida 111

Krystyna Paradowska

Leticia Yolanda Quetzalli Bravo Reyes

Teodora Landa Valencia

A manera de epílogo.

La crisis como camino al Buen Vivir 123

Krystyna Barbara Paradowska

Agradecimientos 137

Sobre los autores 139

Bibliografía compartida 143

Estamos perdidos, irremediabilmente perdidos. Si hay un evangelio, es decir una buena nueva, debe partir de la mala: estamos perdidos pero tenemos techo, casa, patria: el pequeño planeta donde la vida levanto su jardín, donde los humanos levantaron su hogar, donde la humanidad debe reconocer ya su casa común.

Edgar Morin, *Tierra Patria*

Prólogo

Buen Vivir: Una casa en construcción

Juliana Merçon

Me encantan los prólogos... esta palabra-pensamiento (*logos*) que se presenta antes (*pro*) de un texto que también es *logos*. El prólogo es por lo tanto paradójico por naturaleza: anuncia lo que será y que a la vez ya es. Lo que lo separa del texto principal es su otredad. Por medio del prólogo habla una voz que no es la de las y los autores del libro. Voz ajena que al hablar se vuelve también una voz más, integrada al texto.

Quizás esta pertenencia en acto, que nos confunde por sus temporalidades (como una especie de futuro-presente) y sus personajes (como un otro-nosotros), se exprese igualmente en la forma de existir de este libro. Al “tejer utopías” con el Buen Vivir, las voces sensibles configuran, a la vez, el prenuncio de caminos a construir y la construcción misma de estos caminos. Al “tejer u-topías” con el Buen Vivir, los textos aquí reunidos hablan de un lugar *otro*, deseable, que es al mismo tiempo nuestro lugar, nuestro aquí y nuestro ahora.

Noción-casa

Pensar con y a partir de la noción de Buen Vivir es prueba de una significativa apertura ante los delicados tiempos que vivimos como colectividad humana. Múltiples inconformidades y una actitud de búsqueda creativa encuentran en dicha noción una nueva morada cuando hemos sido despojados de antiguas esperanzas.

Con el fin de la guerra fría y la caída del muro de Berlín el binarismo que funcionaba como edificio sostenedor del imaginario global se rompió. Pese a que muchos sistemas y naciones, grupos e individuos siguen, cotidianamente, reconstruyendo capitalismo y socialismo con prácticas que encuentran vivas entre los escombros, una cierta verdad se siente en muchos cuerpos, en demasiados cuerpos: ya no podemos volver a habitar

cómodamente aquella torre de negocios o aquella torre de vigilancia que nos vendieron en el Norte.

De la crisis de estos paradigmas político-civilizatorios han surgido nuevos imaginarios sociales.¹ Dos de ellos nos interesan especialmente. Por un lado, el *pensamiento decolonial* ha denunciado la dominación que acompaña el imperialismo, histórico y actual, hacia fuera y dentro de los territorios. La Conferencia de Bandung en 1955 fue un marco en este sentido. Allí se reunieron decenas de países recién independizados del poder colonial formal y se declararon no alineados a ninguna de las grandes potencias geopolíticas. En lugar de una afiliación ideológica al capitalismo o al comunismo, se planteó la necesidad de fortalecer procesos descolonizadores, en pro de la autodeterminación de los pueblos. Al pensar sobre otras escalas y dimensiones, Frantz Fanon, Aníbal Quijano y Walter Dignolo, entre otros/as, han visibilizado críticamente los procesos coloniales micropolíticos que constituyen sofisticadas relaciones de poder, saber y del ser.

Paralelamente al giro decolonial, el *ambientalismo* ha producido críticas a la estupidez ecocida de los regímenes de poder-saber hegemónicos, así como nuevas sensibilidades y alternativas prácticas a pequeña y mediana escala. Tonos muy variados de verde se extienden en un gradiente que va desde las simplicidades voluntarias de las éticas personales hasta las retóricas vacías de las macropolíticas de los paneles intergubernamentales. Desde su amplio y controvertido espectro de manifestaciones, el ambientalismo abrigaría lo que Víctor Toledo denomina una nueva conciencia de especie.²

La decolonialidad y el ambientalismo nos ofrecen otros enfoques que operan a través de relaciones intra e interpersonales, grupales e internacionales. Abarcan dimensiones muy variadas de la vida, como son la ética, la política, lo epistémico, la estética, etc. Y quizás la potencia transformadora de estos imaginarios emergentes se vea ampliada cuando

1 Los imaginarios están conformados por asociaciones espontáneas (Spinoza) y símbolos primitivos (Jung) que sostienen de manera irreflexiva o cuasi-religiosa a nuestras prácticas sociales (Castoriadis). La materialidad de la existencia humana se constituye también por imaginarios colectivos que le confieren forma y sentido.

2 Según Toledo, esta conciencia refleja un sentido de pertenencia a la naturaleza y a una comunidad humana planetaria. "Diez tesis sobre la crisis de la modernidad", *Revista Polis* (en línea), v. 33, 2012: <http://polis.revues.org/8544>

sus reclamos y propuestas logran entrelazarse en un mismo discurso. En este sentido, se afirma, desde mi perspectiva, la fuerza que tiene la noción de Buen Vivir.

El Buen Vivir como horizonte práctico-discursivo nace en el Sur de Abya Yala, reuniendo y reconfigurando ambas vertientes, decolonial y ambiental. Sus críticas conjuran la dicotomía cultura-naturaleza y el *desarrollo* como constructo que ha servido de justificación tanto al capitalismo como al socialismo en sus distintas pretensiones de progreso y expansión. En lugar del desarrollo y su imaginario monocultural, expansionista y ecocida, el Buen Vivir emerge como horizonte inter y pluricultural autonómico, centrado en el bienestar comunitario, el respeto y el amor a la naturaleza. En lugar de una vida colectiva secuestrada por una supuesta *economía* ilimitada donde el dinero es la ley o el *nomos* del *oikos*, el Buen Vivir nos ofrece una nueva casa conceptual y una nueva morada solidaria donde las reglas se hacen entre todos y todas en la búsqueda de un mismo fin: vivir bien.

Seis rasgos de la noción de Buen Vivir

Sin dejar de ser una casa acogedora para nuestras prácticas, sentidos y sueños de comunidad, el Buen Vivir es también un laberinto. Eso nos muestran los textos que componen este libro al brindarnos testimonios de pasos, a veces indecisos o precavidos, pero siempre en un caminar honesto y nada lineal por paisajes como la escucha, el encuentro con la alteridad cercana, el arte, la memoria y la milpa. Sin guiarse por el mapa que el modelo hegemónico imprime en la piel, las y los autores comparten itinerarios personales y colectivos de resistencia creativa, que se van haciendo al caminar.

Más allá de su origen quichua-aymara, de las críticas que ha recibido como marco de pensamiento y acción colectivos,³ y también más allá de los retos inherentes a sus traducciones interculturales, el Buen Vivir como ética práctica es un proceso que se caracteriza por su gran complejidad, como lo demuestra este libro. Me atrevería a caracterizarlo, falible y limitadamente, por medio de seis grandes rasgos que he encontrado en el uso

3 De manera resumida y simplificada, sin dar su debido lugar a la voz de los autores o a sus explicaciones, identifiqué entre las principales críticas al Buen Vivir acusaciones de esencialismos, inverosimilitud, no operatividad práctica y asimilaciones o cooptaciones.

que hacen de la noción tanto académicos como políticos y comunicadores. Quizás podríamos decir que, entre otras cosas, el Buen Vivir es:

Híbrido, pues la fuerza de la indagación sobre el tipo de vida que tenemos o queremos crear atraviesa pueblos, reúne grupos y construye lazos. Su supuesta historia reciente es fruto del cruce entre la cultura ancestral andina y la cultura académica continental. Y quizás sea realmente una historia “supuestamente reciente” porque la pregunta sobre cómo vivir bien más allá de las premisas de una economía globalizada, se ha hecho por gente de todas partes y desde hace más tiempo de lo que imaginamos.

Contextual o situado porque las prácticas y los pensamientos que configuran el Buen Vivir siempre nacen y transcurren en un espacio biocultural determinado. Es cierto que la evolución por medio de contagios transfronterizos es tan inevitable como necesaria para la vida material y simbólica de una colectividad humana, sin embargo, este intercambio constitutivo no descontextualiza un conjunto de acciones e ideas sino que le confiere sentidos más complejos y quizás inatrapables por su carácter mutante e híbrido. El Buen Vivir se manifiesta y se construye en un contexto específico, con todo lo que le llega desde muy cerca o muy lejos.

Multi y transdimensional. La amplitud y complejidad del Buen Vivir como proceso material y simbólico se manifiestan igualmente en el hecho de que todas las dimensiones de la vida personal y colectiva están implicadas. Se trata de uno de estos conceptos que nos hacen recordar que la segmentación de la vida en diferentes dominios (lo político, lo cultural, lo económico, lo ecológico, etc.) es un invento que hace superficial la experiencia. Así, la reflexión y la acción que se mueven desde y para un buen vivir atraviesan y conectan todos los ámbitos de la vida, mostrando que son necesariamente tramas de un mismo tejido.

Multiactoral, pues se construye con múltiples voces, manos, mentes y corazones. El bienestar individual participa pero no se trata de maximizar una satisfacción autocentrada o egoica sino de crear sinergias comunitarias. Las formas de lograrlo son tan numerosas como son las prácticas cotidianas de solidaridad humana y cuidado de la naturaleza en diferentes culturas de nuestro planeta.

Polisémico. Pese a la existencia de preceptos de convivialidad que quizás compartamos entre numerosos grupos humanos, hay también una

gran diferencia entre lo que significa vivir bien en la cuenca alta del río Pixquiac en Veracruz, México, y en la cuenca alta del río Parapetí en Bolivia. La polisemia o pluralidad de sentidos atribuidos al bienestar comunitario deriva de la gran diversidad de prácticas materiales y lingüístico-epistémicas que enmarcan la realidad social.

Abierto o en construcción. Finalmente, se trata de un concepto y práctica en constante cambio, experimentación y construcción. Sus significados y sus manifestaciones concretas son materia para la reflexión continua y acciones, siempre posibles de transformación. La necesidad de adaptar el Buen Vivir a los desafíos de una sociedad que vive cambios acelerados y con impactos diferenciados en cada espacio geográfico contribuye a su carácter abierto, forzosamente adaptativo y creativo.

En primera persona

Las diversas características mencionadas anteriormente se articulan en el trabajo colectivo que constituye *Tejiendo utopías*. Como memorias que se entrelazan al narrar y construir realidades en una determinada biorregión, los sentidos que tejen las y los autores son híbridos, contextuales, transdimensionales, multiactorales, polisémicos y abiertos. Estos sentidos se ofrecen como aprendizajes que emanan de buenos vivires que han sido y que pueden ser.

Como pronto se percatarán los lectores, el libro expresa una característica más: su voz es la primera persona. Entre el yo y el nosotros se trenzan narrativas abundantes en sentires y reflexiones que nos acercan a lo vivido; se conectan la experiencia personal y colectiva, el autopensar y el pensar el mundo. A diferencia de lo que nos hicieron creer las epistemologías hegemónicas, las y los autores nos muestran que conocer implica un proceso que no se reduce a construir entendimientos. Conocer y narrar reflexivamente la experiencia se torna así un camino transformador. Quizás sólo desde allí, de un sentipensar realmente implicado y dispuesto al cambio, podamos experimentar el Buen Vivir.

Presentación

Krystyna Barbara Paradowska

Esta obra colectiva comparte la experiencia vivida en el marco del proyecto titulado “Diálogo de Saberes para la Resignificación y Reconstrucción de Buen Vivir” desarrollado entre enero de 2015 y junio de 2016 en las áreas rurales circundantes a la ciudad de Xalapa. Más que un paso en las carreras académicas personales de los participantes, el proyecto fue concebido como una oportunidad de entablar diálogo con el enfoque transdisciplinario trabajado en el Centro de Ecoalfabetización y Diálogo de Saberes, en donde se asumió el desafío de construir puentes entre antecedentes disciplinarios individuales, las inquietudes personales y los retos a los que nos enfrenta este no convencional espacio universitario. Como eje de esta iniciativa se colocó la noción de Buen Vivir, la cual de alguna manera resumía las premisas ontológicas, epistemológicas y éticas de la propuesta del centro, a la vez que coincidía con el campo temático que varios veníamos construyendo desde las indagaciones previas.

El tejido de este libro se compone de hebras muy diversas. Es un producto de colaboración entre personas adscritas a diversos centros de educación e investigación (Universidad Veracruzana e INAH) y organizaciones civiles (Sendas A.C. y la Red de Custodios del Archipiélago de Bosques y Selvas de Xalapa), pero también y en gran medida es el resultado del diálogo de saberes entablado con personas comunes en espacios cotidianos. Estas personas se han convertido en nuestros maestros y sus cocinas, huertos, milpas y bosques, en nuestros espacios de aprendizaje.

Al mismo tiempo reconocemos que quienes concebimos este proyecto hemos caminado de manera paralela y entrelazada con la cuarta generación de la Maestría en Estudios Transdisciplinarios para la Sostenibilidad, co-construyendo nuestras trayectorias y aprendizajes. Asumimos este trabajo como una forma de “graduarnos” junto con los compañeros-estudiantes, pues nuestros procesos acatan y reflejan los

postulados metodológicos, éticos y transformadores de esta maestría. Compartimos el vivir la ruptura epistemológica, experimentamos la reconciliación con la incertidumbre, despertamos la creatividad para convertir la crisis en oportunidad, reconstruimos nuestros modos de conocer desde la propiocepción y la relación con la Otredad, formulamos y reformulamos preguntas, construimos espacios de diálogo y cultivamos una postura abierta, reconociendo que la sustentabilidad tiene muchos matices y formas en que se puede cultivar⁴.

Ahora deseamos socializar nuestros aprendizajes sobre la nueva manera de conocer, asumirse y actuar en el mundo, y así contribuir a otorgar visibilidad y credibilidad a las iniciativas desarrolladas desde este centro, aparentemente modestas en su escala pero profundamente transformadoras. Les entregamos un testimonio de nuestros procesos de reaprendizaje y transformación personal en el marco de una indagación colaborativa, donde el Buen Vivir se convirtió en el pretexto para evidenciar las paradojas de la condición humana y empezar a reconstruir los caminos de la sustentabilidad desde niveles muy concretos y accesibles a nuestra experiencia cotidiana.

Al inicio nuestra propuesta de indagación se circunscribió en los debates desarrollados desde el enfoque crítico latinoamericano y el pensamiento complejo, cuyo denominador común es la crítica del modelo de desarrollo hegemónico en sus dimensiones social y ambiental, reflejada en una crisis profunda y multifacética de las regiones del Sur, acompañada por la búsqueda de nuevos proyectos sociales que posibiliten un futuro mejor a la humanidad y al planeta. (Sachs, 2001; Quiroga, 2003; Walker y Salt; 2006; Boff, 2013; Esteva S/f; Sirolli s/f) Entre las ideas que resultaron inspiradoras y particularmente afines a nuestras realidades e intenciones retomamos las vetas teóricas del pensamiento decolonial y, de manera particular, la *ecología de saberes* de Boaventura de Sousa Santos, con sus premisas políticas de *descolonizar el pensamiento y la convivencia, democratizar la democracia y desmercantilizar la vida* (Santos, 2009) (Castro-Gómez y Grosfoguel, 2007). Retomamos desde luego la propuesta de Buen Vivir formulada en un principio por los líderes indígenas del área an-

4 La propuesta ecopedagógica del Centro de Ecoalfetización y Diálogo de Saberes retoma aportes de Basarab Nicolescu integrados en la obra "Transdisciplinariedad. Manifiesto" y de pensadores como Edgar Morin, Humberto Maturana y Francisco Varela entre muchos otros. Para mayor información consultar Plan de Estudios de la Maestría en Estudios Transdisciplinarios para la Sustentabilidad en: <https://www.uv.mx/mets/plan-de-estudios/complemento-al-plan-de-estudios/>

dina como alternativa al desarrollo para los pueblos originarios de las regiones del Sur, que encuentra múltiples convergencias con las iniciativas establecidas desde el “occidente” y se expande, como una utopía posible, a todas las sociedades del mundo, horrorizado por la globalización en formato neoliberal (Huanacuni, 2010; Mato, 2009; Esteva, 2009; Caudillo, 2012).

Con base en estas discusiones se cristalizó el objetivo general de esta iniciativa: generar diálogo para alimentar la reflexión teórica y las prácticas del Buen Vivir, como parte de la búsqueda de soluciones a la crisis civilizatoria actual y la contribución al surgimiento de sociedades sustentables, resilientes, justas y felices. De manera particular, deseábamos contribuir a la emergencia de nuevos espacios para generar procesos de reaprendizaje, resignificación y reapropiación de saberes y prácticas afines al Buen Vivir.

El montañoso, verde y húmedo cinturón de Xalapa y sus comunidades rurales pertenecientes a los municipios de Tlalnelhuayocan, Xalapa y Coatepec ha sido nuestro espacio de inmersión, donde nos dedicamos a rastrear, motivar y acompañar la reconstrucción de estos valores y prácticas. Optamos por la vía de la escucha, el diálogo y la acción suave; integramos en esta propuesta metodológica las premisas epistemológicas de la no-separabilidad entre el sujeto y el “objeto” y la ética del cuidado esencial que nos han guiado en todo el proceso (Bohm, 2001; Boff, 2002; Peat, 2010; Argueta *et al.*, 2011).

Si bien nos hemos inspirado en la noción de Buen Vivir de los pueblos quechuas y aimaras de Sudamérica (Huanacuni, 2010) y sus homólogos geográficamente más cercanos, el totonaco *tlan latamat* (Paradowska, 2013) y el nahua *yekmenilis* del área del Totonacapan, partimos de la premisa de la pluralidad epistemológica del mundo y las circunstancias únicas de cada contexto territorial y humano. De allí la idea de que no hay una sola receta de vivir bien sino una necesidad universal y apremiante de reflexión contextualizada y de un esfuerzo colectivo para invocarlo cotidianamente. Además de invitarnos a reconocer esta pluralidad, la perspectiva de “ecología de saberes” retomada de Boaventura de Sousa Santos (2009) nos ofrece la herramienta de traducción intercultural para posibilitar la emergencia de sentidos compartidos y acciones sinérgicas para gestar un mundo alternativo. El intervenir desde la conciencia participativa

(Berman, 2001) y de una manera descolonizante se tornó primordial en nuestra inmersión en la comunidad.

La realización de este libro ha sido posible gracias al compromiso y generosidad de los autores: académicos, estudiantes, vecinos, amigos y compañeros del camino que han creído en el proyecto y lo han fortalecido con sus perspectivas, talentos y experiencias. Creemos que una publicación colectiva que combina múltiples miradas genera una riqueza especial de matices y lecturas. Lo que todos los textos tienen en común es su punto de partida: los encuentros inesperados y transformadores que se dieron en un territorio compartido, entre los ríos Pixquiac y Sordo. Intentamos contar nuestras historias entrelazadas, que si bien nacen desde trasfondos y necesidades diferentes, aquí se encuentran.

Nos animamos a incluir aspectos íntimos de nuestros procesos individuales y colectivos. Empleamos la narración en primera persona que mejor da cuenta de las vivencias y aprendizajes a lo largo del proceso que entrelaza la vida y el trabajo profesional en este lugar. Optamos también por un estilo más personal y libre para privilegiar una comunicación horizontal, en lugar de adoptar formatos más herméticos, desligados de la experiencia de los principales protagonistas de este proyecto.

El entramado del cuaderno tiene por lo menos cuatro dimensiones. La primera concierne al contexto biocultural de las localidades vecinas de la ciudad de Xalapa que han sido el escenario de nuestra indagación colaborativa; la segunda comprende los aspectos metodológicos y de facilitación que se han empleado durante la intervención; la tercera testifica las transformaciones y aprendizajes que esta indagación colaborativa ha suscitado en diferentes niveles –personales y comunitarios–; finalmente, contiene la reflexión en torno a la resignificación de la noción central del proyecto, el Buen Vivir.

A manera de antecedente, abrimos con el trabajo de Danú Fabre y Krystyna Paradowska *“Tlan latamat. Contribuciones del concepto totonaco a la reconstrucción del Buen Vivir: una invitación al diálogo”*, presentado en el Primer Congreso Internacional de Investigación sobre el Mundo Totonaco en Huehuetla (Puebla) en agosto de 2014. Al incluirlo buscamos revalorar los saberes totonacos y en especial su “saber vivir”, visibilizando su potencial para impulsar la emergencia de nuevas propuestas locales y antihegemónicas del Buen Vivir. Esta inspiración inicial en los

valores tradicionales de los campesinos indígenas encuentra su complemento en el texto final que recoge, a manera de cierre del ciclo, los resultados de la indagación colaborativa acerca de esta noción central, reaprehendida por nuestro colectivo en el proceso de mutuo acompañamiento.

El siguiente texto, de Krystyna Paradowska, abre propiamente la parte testimonial del libro, en el que se relata el proceso y las acciones generadas en comunidad desde el inicio del proyecto. Como un gran marco de referencia que hace “el recuento” puntual “del camino recorrido en comunidad” –sin privarse de una dosis de subjetividad que caracteriza al resto de los testimonios incluidos–, introduce a experiencias particulares de los participantes y autores de los trabajos subsiguientes.

En “Des-andando lo andado”, Leticia Bravo escribe sobre la experiencia de facilitación que, además de alentar una transformación en lo colectivo, la ha llevado a un viaje hacia el redescubrimiento personal. En este relato profundamente propioceptivo, la autora aborda su doble papel como vecina y facilitadora de los procesos en la comunidad que habita. Al revalorar los fundamentos epistemológicos y metodológicos del Centro de Ecodiálogo y sus predisposiciones individuales por cultivar la conciencia participativa y la intuición, narra los aspectos del proceso abierto, incluyente, flexible y adaptativo que han permitido co-crear una experiencia verdaderamente colectiva, empática y horizontal. Paralelamente aporta reflexiones sobre la relación con el lugar y cómo el entorno –natural y humano– moldea nuestras comprensiones y búsquedas de Buen Vivir.

El relato de Salvador López versa sobre “La relación entre el arte y el Buen Vivir” a partir de la propuesta pedagógica de “educación por el arte” que el autor ha venido desarrollando desde hace tiempo, en donde argumenta que para preparar a los infantes para una vida plena y feliz es fundamental promover el ejercicio de los sentidos en contacto con la naturaleza y en un ambiente de convivencialidad. En una viva narración propia de su persona, nos cuenta las circunstancias y aprendizajes de los talleres de verano donde se procuró “cultivar el arte con la misma humildad, belleza y naturalidad con que se cultiva la tierra”, experiencia que se convirtió en una verdadera celebración de la imaginación, libertad y creatividad individual y colectiva de niños y adultos participantes. A lo largo del texto, el autor va decantando la noción central del proyecto desde su quehacer profesional y personal: “el Buen Vivir para mí es hacer de la

existencia una obra de arte". Mientras que en la dimensión colectiva se necesita "fortalecer la vocación de solidaridad y sentido común para que nos lleve a gozar de una vida comunitaria más amable, respetuosa y civilizada: El Buen Vivir."

Inspirados en los paseos, pláticas y la experiencia del Taller de Códices Prehispánicos impartido a los niños de Xolostla, en "Deambulando entre el pasado y el presente", Arturo Richard Morales y Krystyna Paradowska conversan en torno a la arqueología, la memoria y el paisaje de este lugar, en donde resaltan sus valores y su vulnerabilidad en el contexto actual. Lanzando preguntas provocativas intentan aportar algunas semillas a la resignificación del pasado remoto y reciente para ayudar a reconectar a la población local con su patrimonio arqueológico y biocultural, desde una ética del cuidado y la responsabilidad que implica ser herederos y custodios de este rico territorio en la actualidad.

Partiendo del amplio conocimiento etnoecológico, la profunda admiración por la cultura campesina basada en la milpa ancestral y el gusto por los alimentos elaborados de sus cosechas, Pablo Valderrama Rouy nos ofrece un acercamiento a la milpa como ejemplo de Buen Vivir. Argumenta que la lógica de la milpa –el patrimonio biocultural de los pueblos mesoamericanos y todavía base de sustento de muchas familias de Tlalnelhuayocan– no sólo es sinónimo de la sustentabilidad, sino también revaloriza el Bien Común porque "dignifica a las personas, los seres de la naturaleza y las entidades divinas".

En el texto titulado "Resignificando el Buen Vivir desde la experiencia compartida", que abre con el acróstico de Teodora Landa Valencia alusivo al Buen Vivir, las integrantes del proyecto relatamos el último taller de diálogo de saberes realizado en mayo de 2016. En él se resume el proceso de reaprendizaje colectivo que logró visibilizar, resignificar y reconstruir las hebras dispersas y a menudo tácitas de la utopía que nos convocó.

A manera de epílogo, el testimonio de Krystyna Paradowska sobre "La crisis como camino al Buen Vivir" comparte los trasfondos personales que la han encaminado a emprender y seguir con esta iniciativa. La autora pone énfasis en la duda y la crisis existencial como una oportunidad para replantearse la vida desde el horizonte del Buen Vivir. Al mostrar la contradicción y la dificultad de domesticación de la incertidumbre como dos experiencias cotidianas, revaloriza el significado de la *convivencia* y la *co-*

munidad presentes en el lugar donde reside. Al mismo tiempo que acompañamos la transformación del sujeto a partir del duelo y la renuncia a las certezas, somos testigos de la reconstrucción de la pertenencia, la confianza y el cultivo de la buena vecindad.

Al buscar la comunicación, comunidad y armonía, religamos aquí los mundos distantes, aunque co-presentes en un territorio compartido –reflejo de la complejidad del mundo contemporáneo–, en disposición de coincidir, dialogar y aprender juntos. Nos despedimos de esta etapa con el deseo de continuar forjando alianzas que nos empoderan con capacidades nuevas y distintas oportunidades de construir un escenario de vida más amable, pleno y esperanzador.

Tlan latamat. Contribuciones del concepto totonaco a la reconstrucción del Buen Vivir, como invitación al diálogo

***Krystyna Barbara Paradowska
Danú Alberto Fabre Platas***

Introducción

A través de este documento, deseamos entablar un diálogo que posibilite diseñar y enriquecer las estrategias encaminadas a la reconstrucción del Buen Vivir en contextos locales y comunitarios, concretos y cercanos. Esta idea nace a partir de la reflexión sobre el concepto totonaco *tlan latamat* (“vivir bien”, “vivir felices”) que nos fue compartida por los campesinos de Cazuelas y Cuyuxquihui, dos poblaciones rurales del municipio de Papantla. La intención paralela que nos convoca a participar en dicho foro es sondear el interés por construir alianzas y acciones de colaboración con diversos ámbitos comunitarios, tanto rurales como académicos.

La sustentabilidad y la felicidad humana son algunas de las áreas donde la civilización moderna ha fracasado. El Buen Vivir se ha confundido con el consumo, la acumulación de bienes y el individualismo, implícitos en los discursos de progreso y desarrollo, desplazando y marginando otras visiones de una vida plena basadas en la pertenencia, la armonía y la reciprocidad. Estos valores persisten en ámbitos de resistencia de las comunidades indígenas y tradicionales en el contexto de la vida actual.

Nuestra propuesta entrelaza aspectos epistemológicos con el servicio y acompañamiento a las comunidades. Consiste en construir espacios de diálogo intercultural de saberes para recuperar, resignificar y poner en práctica los valores del Buen Vivir como mirada alterna a las nociones de desarrollo, progreso y bienestar planteadas desde el paradigma occidental, cuya posición hegemónica está contribuyendo a la acelerada insostenibilidad de nuestras formas de producir y vivir, al constante cambio o transgresión de los saberes locales y al incremento de la vulnerabilidades de personas y grupos sociales.

De esta manera, recogemos las voces de nuestros interlocutores totonacos para transformarlas en una propuesta –tal vez utópica y sin duda provocadora– que sintoniza con las grandes preguntas de la humanidad desencantada: ¿cómo lograr la armonía en la convivencia humana, la felicidad personal y el equilibrio en nuestra relación con la naturaleza? Es oportuno señalar que en este intento no estamos asumiendo una postura epistémica ciega o idílica, cargada de idolatría al pasado glorioso de los totonacos del lugar o la superioridad de su actual filosofía moral. Por el contrario, estamos conscientes de que la brecha entre el discurso y la práctica es abismal y que la pertinencia de su propuesta se definirá y negociará en los contextos particulares. El Buen Vivir totonaco, como construcción social simbólica y discursiva, ha sido un espacio de resistencia. Creemos que merece convertirse en un espacio de creación de nuevas alternativas, en su propio nicho territorial y más allá de él.

Nuestra aproximación al Buen Vivir

Nuestra manera de mirar el Buen Vivir se inscribe en la concepción particular de la realidad social: llena de diversidad, con una riqueza de formas de pensar, trabajar, relacionarse, ser y estar en el mundo. En este sentido converge con las miradas y propuestas que buscan construir una racionalidad diferente, basada en el reconocimiento e inclusión de la diferencia (Santos, 2009), el diálogo intercultural y paritario de saberes (Mato, 2008 y 2009) y reinención de nuevos caminos y nuevos escenarios para la humanidad y el planeta, capaces de enfrentarse a la barbarie actual (Berman, 2001; Morin *et al.*, 2002). Pensar en clave de diversidad, apostando a una forma de organización que desafía las viejas jerarquías, es una postura que se sostiene en la epistemología de la complejidad, que vibra en sintonía con el pensamiento crítico latinoamericano y se suma a las propuestas alternativas de diversos movimientos sociales del mundo, desde los movimientos indígenas de los Andes hasta los indignados de los países occidentalizados. Estos movimientos han contribuido, desde sus historias y lugares particulares, a la revaloración y resignificación del Buen Vivir (Huanacuni Mamani, 2010; Francisco, 2011; Caudillo, 2012).

Nos nutrimos del asombro, preocupación y entusiasmo. Lo que nos motiva a presentar esta iniciativa de diálogo de saberes sobre el Buen Vivir es, en primer lugar, nuestro reconocimiento de una inmensidad de saberes y experiencias en torno a este tema, desde saberes ancestrales de los pue-

blos indígenas hasta las experiencias de los activistas dedicados al arduo trabajo de reinención y reconstrucción de las realidades con rostro más humano y más justo. En segundo lugar, está la necesidad de visibilizar estos saberes y experiencias y articular los esfuerzos para que se concreten en acciones e impacten en los ámbitos locales a manera de globalizaciones alternativas (Boff, 2003; Santos, 2009). La fragmentación y la paradoja del desperdicio de las posibilidades son la preocupación que nos convoca al diálogo. Creemos que la colaboración es la vía para dotar de existencia y contenido nuestras utopías y anhelos de una vida digna y feliz.

Estamos ante una riqueza de proyectos –existentes y posibles– de buen vivir, por lo cual hablar de este tema nos obliga a definir de algún modo el concepto u ofrecer formas de describirlo y analizarlo. Para este fin proponemos aprehenderlo en su multidimensionalidad que combina diversas manifestaciones en los niveles cotidiano y simbólico. Así, el Buen Vivir como “discurso” o “proyecto” representa un espacio de resistencia, dignificación y reconstrucción identitaria; como “acción” ofrece escenarios reales y cotidianos de recreación de felicidad y sustentabilidad.

***Tlan Latamat*: aspectos cotidianos y simbólicos del vivir bien en las comunidades de Cazuelas y Cuyuxquihui**

Antes de dar la palabra a nuestros interlocutores totonacos, queremos señalar brevemente las circunstancias en las que nos percatamos de la importancia de esta noción en su universo cotidiano y simbólico. El tema emergió espontáneamente en el contexto de un trabajo colaborativo entre estudiantes del Posgrado en Ecología Tropical del Centro de Investigaciones Tropicales de la Universidad Veracruzana (CITRO-UV), quienes compartíamos el interés común en la conservación de los recursos bioculturales de la región y coincidimos en el campo para realizar nuestras investigaciones particulares.⁵ Desde nuestros lugares (del biólogo, el abogado, la pedagoga, la antropóloga y el economista) aportamos perspectivas y herramientas diversas a un ejercicio dialógico e interdisciplinario, cimentado en la apertura, flexibilidad, compromiso, entusiasmo y rigor académico. El escenario de esta colaboración fueron los foros comu-

5 La noción de bioculturalidad en sus diversas acepciones y empleos (patrimonio, recurso, memoria o restauración biocultural) ha sido ampliamente trabajada por investigadores como Eckart Boege (2008), Víctor Toledo y Narciso Barrera (2008), Silvia del Amo y colaboradores (2010) y Krystyna Paradowska (2013).

nitarios en torno al patrimonio biocultural totonaco, realizados en Cazuelas y Cuyuxquihui con la participación de la población local (Paradowska, González, Martínez, Noriega, Quiroz, y del Amo, 2012).⁶

La interacción y retroalimentación con los pobladores de Cazuelas y Cuyuxquihui fue fundamental y orientó el proceso dándole giros inesperados. El “bienestar”, que luego resignificamos y rebautizamos como “buen vivir”, surgió en las conversaciones en las comunidades y se transformó en el tema de dos foros-talleres como puente para indagar sobre la importancia cotidiana y simbólica de los recursos bioculturales en la vida de los totonacos. Queríamos comprender: ¿Cómo definen el bienestar? ¿Cuáles son los atributos y las dimensiones del bienestar desde su perspectiva? ¿Difieren en este sentido de nuestro propio sentir y de la corriente dominante? ¿Qué papel juega el patrimonio biocultural en la procuración del bienestar de las comunidades? ¿Qué implicaciones tiene lo anterior en el contexto de la conservación y restauración del patrimonio biocultural?⁷

Nuestros interlocutores nos compartieron su entender del bienestar como *tlán latamat* o “vivir bien”, “vivir felices”, el cual se conceptualiza como un conjunto integral e inseparable de saberes, valores, actitudes y prácticas. Nos hablaron de un “saber vivir” enraizado en la cosmovisión y la filosofía de la vida propia de los campesinos totonacos, marcadamente opuesta y desafiante con respecto a la noción planteada desde la lógica occidental dominante. La actitud o el gusto ante cualquier actividad que realizan ha sido enfatizada en diversos momentos, también en las conversaciones fuera del foros.



Foto 1. Talleres sobre el Patrimonio Biocultural. Participantes en Cuyuxquihui (Roldán González Basulto, 2012).

6 Trabajo colaborativo realizado entre 2011 y 2012, con la participación de los habitantes de Cazuelas y Cuyuxquihui (municipio de Papantla) y de los estudiantes del Posgrado en Ecología Tropical, CITRO-UV: Isabel Noriega, Roldán González, Ignacio Quiroz, Xavier Martínez y Krystyna Paradowska, bajo la tutoría de la Dra. Silvia del Amo Rodríguez.

7 El tema de restauración biocultural ha sido desarrollado en la tesis doctoral de la autora (Paradowska, 2013).

A partir de esta experiencia podemos visibilizar un conjunto de valores, ejes o guías que estructuran la comprensión del Buen Vivir por parte de nuestros interlocutores totonacos: la pertenencia, la armonía, el trabajo y la suficiencia. La importancia de la “pertenencia” se expresa en el valor otorgado a la comunidad y al lugar, que se extiende de manera simbólica al territorio; se expresó también en las afirmaciones de la pertenencia e interdependencia de la naturaleza. El deseo de “vivir en armonía” requiere de respeto hacia todos los seres, tanto humanos como no humanos, entre los viejos y los jóvenes, hombre y mujer; mantener el equilibrio y la armonía descansa en todos nosotros y, como objeto de cuidado, requiere de una actitud de vigilia permanente y de responsabilidad. Por otra parte, se mencionó el gusto de estar acompañado en las tareas diarias, por permanecer activo o en movimiento, tener buena salud y contar con herramienta para trabajar. Con esto señalaron el valor del trabajo y la importancia de la actitud de servicio y de la regla de reciprocidad, lo cual es valorado más que el dinero, bienes materiales o “comodidad”.⁸ Finalmente la categoría de “suficiencia” emerge de los comentarios que expresan la condena moral a los actos de avaricia y derroche; de allí que sea correcto usar sólo lo indispensable, además de compartir y cuidar.

Estas reflexiones colocan la vida como un valor supremo. Para ilustrar la comprensión de la vida y el Buen Vivir, cabe citar a nuestros entrevistados de Cazuelas:

“Vivir significa estar en movimiento: trabajar, prestar faena en la comunidad, colaborar, solidarizarse con mis vecinos. Esto es vivir.”

“Para nosotros vivir bien es tener un pedazo de tierra donde podamos sembrar, donde podamos obtener lo que comemos, donde podamos vivir con la familia.”

“La palabra “comodidad” no existe, tampoco se puede decir “vivir fácil”, no hay; la vida no es fácil, nosotros nunca concebimos la vida fácil”.

8 Nuestros entrevistados de Cazuelas aseveraron que la palabra “comodidad” no existe en la lengua totonaca.



Fotos 2 y 3. Talleres sobre el Patrimonio Biocultural y el Buen Vivir en Cazuelas, 2012: a) contando los frijoles de la felicidad y b) una representación del Buen Vivir (Francisco Xavier Martínez Esponda, 2012).

Las convergencias evidentes entre estos valores y los valores del Buen Vivir de los pueblos originarios de Bolivia y Ecuador (Huanacuni Mamani, 2010; Francisco, 2011; Caudillo, 2012) con el sentipensar y el sentido común de muchos que estamos inconformes con la tiranía del modelo del desarrollo impuesto a las realidades locales, comunitarias y personales, nos hacen pensar en el potencial de estas propuestas alternativas y nos reafirman en la idea del diálogo como el camino a seguir.

En el escenario cotidiano, los valores del Buen Vivir suelen encontrarse en conflicto con la corriente dominante y la práctica local. La vida diaria se convierte en la arena donde el paradigma tradicional y el paradigma de la modernidad y la globalización se confrontan, llegando a menudo a consensos dudosos, forzados por la corriente en el poder. Existen áreas en las que abiertamente se incluyen elementos planteados por el progreso como resultado de una elección, específicamente en lo que se refiere a la procuración de bienes y servicios para la comunidad. Otros permean en la vida comunitaria a pesar de ser rechazados a nivel discursivo.

Otra lectura del discurso sobre el Buen Vivir que queremos compartir se enfoca en su aspecto simbólico, como espacio de reinención identitaria en el contexto de desigualdad. El Buen Vivir se convierte en un recurso de la política de identidad del grupo, dotándolo de valores y de sustancia. Los valores que se colocan como centrales para una vida buena emergen directamente de la negación de otros valores opuestos, creando dicotomías que polarizan el universo social entre ellos y nosotros. El “nosotros” converge en un núcleo conformado por las categorías de “campo-abue-

los/as-indígena-tradición-subalterno-resistencia". El otro polo de atracción se conforma por las categorías de "ciudad-juventud-blancos/mestizos-modernidad-dominante-imposición".⁹

Un aspecto importante que se revela en el discurso sobre el Buen Vivir es la permanencia de una relación de poder de tipo colonial, caracterizada por la desigualdad y la resistencia, que desde nuestra perspectiva representa un obstáculo para la transformación social, el logro de la felicidad y la sustentabilidad. Es por ello que hacemos este intento de ir más allá de las dicotomías que nos incomunican y buscar convergencias y diálogo para construir alternativas. En este sentido, coincidimos plenamente con el enfoque de Boaventura de Sousa Santos y su "sociología de las emergencias", que busca transgredir las dicotomías propias del orden colonial para "pensar Sur como si no hubiese Norte, pensar mujer como si no hubiese hombre, pensar el esclavo como si no hubiese señor" (Santos, 2009, p.109).

Buen Vivir como espacio de transformación

Así, proponemos pensar el Buen Vivir como el espacio ya no sólo de resistencia, sino de transformación. La demanda de reflexión y acción es abismal, abriendo un campo de trabajo transdisciplinario. Para reforzar esta argumentación que nos provoca a actuar, colocamos aquí la problemática que encontramos no sólo en las comunidades totonacas, sino que reconocemos como una problemática generalizada del ámbito rural de la región.

Observamos: (1) un decremento en la percepción de la calidad de vida, acompañado por un sentimiento de pérdida a raíz de la penetración de la modernidad en los ámbitos comunitarios y familiares; (2) una creciente desvinculación de las personas del lugar donde habitan y su comunidad; (3) una reconfiguración y/o pérdida de las instituciones tradicionales en el campo (como "mano vuelta"); (4) la polarización interna en las comunidades asociada a procesos de globalización con rostro neoliberal; (5) la ruptura intergeneracional profunda; (6) la autoestima cultural baja; (7) el patrimonio local, cultural y biocultural subestimado y/o desapropiado; (8) falta de espacios de reflexión y autogestión y, en consecuencia, un desperdicio de experiencias y saberes tradicionales; (9)

9 Estas categorías surgieron del análisis del discurso recabado en los foros y entrevistas. Para mayor detalle consulte K. Paradowska, *Diálogo de saberes para el replanteamiento teórico de la restauración ecológica con enfoque biocultural*, Tesis de doctorado, 2013, pp. 181-188.

desconocimiento de alternativas para la construcción del bienestar y (10) pobreza y marginación reales.

Nuestra propuesta pretende rescatar los antecedentes de investigación participativa generados en los contextos locales y micro-regionales veracruzanos, planteando el concepto de Buen Vivir como eje del diálogo nutrido con los saberes, experiencias y creatividad de agricultores tradicionales, artesanos, cuidadores del patrimonio natural, cultural y bio-cultural de sus comunidades y con la reflexión teórica de los académicos y estudiantes. Proponemos que esta retroalimentación se realice en dos planos: en el plano de reflexión teórico-metodológica y en el plano de acción que pone en práctica los valores del Buen Vivir. En lo particular, queremos compartir y difundir insumos y aterrizar lo expuesto en los ámbitos reales mediante una red regional de Buen Vivir. La estrategia incluye foros de reflexión y talleres de construcción de escenarios (Wollenberg, Edmunds, y Buck, 2001), actividades de acompañamiento de las iniciativas que emergen de estas reuniones y encuentros interculturales de intercambio de experiencias entre comunidades participantes. De manera complementaria, consideramos importante profundizar en el tema de Buen Vivir por medio de la investigación etnográfica doblemente reflexiva (Dietz, 2011).

Con esta base intentamos revalorar los saberes totonacos y en especial su "saber vivir", mostrando su gran potencial para contribuir a la discusión sobre los destinos del desarrollo, de la humanidad y del planeta. Pretendemos también impulsar la emergencia de diversas propuestas locales y antihegemónicas del Buen Vivir, inspiradas en los valores tradicionales (no-occidentales). De manera implícita, se busca construir alianzas horizontales entre las comunidades rurales mestizas e indígenas y la comunidad académica, tan necesarias en el contexto de un mundo fragmentado, incomunicado y desigual. Esta es la invitación que deseamos compartir en este encuentro.



Foto 4. *El buen vivir en Francisco Sarabia, Papantla* (Krystyna Paradowska, 2010).

A desandar lo andado: navegando en el mar de los espejos

Leticia Yolanda Quetzalli Bravo Reyes

*El hombre no tejió la trama de la vida;
es una hebra de la misma.
Lo que le haga a la trama,
se lo hace a sí mismo.*

Ted Perry (inspirado en el jefe Seattle)

Ahora es la palabra expresando lo vivido: prediseño de un arca

¿Cómo tomar las hebras del proyecto “Buen Vivir” y narrar mi perspectiva actual de lo acontecido? ¿Cómo reflejar una mirada múltiple sobre mí misma, incuida en este proceso, en el que comienzo como un ser transformador y me vuelvo un ser transformado? ¿De qué manera contar la mirada integradora que permita ver a las personas y al entorno como piezas interdependientes e interrelacionadas, que nos crean y recrean constantemente? ¿Cómo compartir en palabras los acontecimientos y a los seres que los hacen posibles?

Otro reto me invita a partir de diferentes enfoques epistémicos y somáticos, que pudieran señalar modos significativos para contribuir a la construcción de un camino hacia el fortalecimiento de la sustentabilidad humana, compartida y en comunidad. Me doy cuenta que esto es tan complejo como necesario. También está el reto de acompañar con estas miradas un sendero que nos lleve hacia una transformación en conjunto, tanto a las facilitadoras como a los participantes. Una transformación que nos permitió ver en la experiencia cómo se percibe el concepto Buen Vivir en pequeñas comunidades de los alrededores de Xalapa.

Así lo viví en el inicio de la creación de la Estación Ecodiálogo y sigo creyendo que esto es posible en otros espacios más allá de los académicos. Así es la complejidad de la vida y también la simplicidad que resulta al enfrentar el día a día nuestros problemas de supervivencia y resolverlos con lo que tenemos a la mano, con nuestra experiencia, saberes y valores.

Recuerdo que desde el inicio la invitación al proyecto fue abierta e incluyente. Se incorporaron experiencias de todas las personas que se acercaron al llamado y de esta manera la estructura, modo y contenidos se fueron transformando y enriqueciendo. Además, cómo las personas que se integraron en esta primera etapa se iban decantando hasta llegar el momento de las actividades en las comunidades. Queda abierta la posibilidad de que otras participaciones sean posibles, ya sea en momentos especiales como resultaron los talleres de verano, los foros y las caminatas, o los tequios de elaboración de estufas Lorena.

Esta invitación abierta me parece fundamental para un proyecto de esta naturaleza ya que se logra establecer, desde el inicio, un modo de liderar que se vive con libertad e inclusión. Así lo percibí desde el diseño y eso me permitió proponer iniciativas que sentí se tomaron en cuenta en los momentos del trabajo comunitario en los lugares en que se llevaron a cabo.

Herramientas: la buena madera, clavos y amarres

Una de estas iniciativas fue la de aplicar, en la medida de lo posible, la guía metodológica de David Peat, quien en su texto *Acción suave* propone una reflexión profunda y crítica sobre la manera de “hacer” el trabajo comunitario planteado hasta nuestros días. Peat ofrece alternativas y desarrolla herramientas; por ejemplo, la “suspensión”, que implica darle mayor tiempo a la escucha, a tomar más en cuenta al otro, su opinión, su experiencia y su cultura por parte del que facilita y así decidir el rumbo. También sugiere la desaparición de las formas de coacción que la cultura occidental impone a través de los trabajadores comunitarios.

Tener conciencia de que en este proyecto nos presentaríamos ante las comunidades como trabajadoras de una universidad es ya de entrada una especie de intromisión; pero en estos lugares estamos incluyendo ser participantes y guías a la vez, pues vivimos en el mismo vecindario y estamos por lo tanto indagando en nuestra propia comunidad. Por ello ha sido necesario plantear que, sin dejar de lado la intención de concientizar/concientizarnos hacia el valor de la sustentabilidad humana y de su dependencia con el medio ambiente que nos rodea, tendríamos que ir sol-

tando y escuchando los mensajes del sistema.¹⁰ Al cierre de este primer acercamiento es posible que las personas de estas comunidades nos hayan reeducado de muchas maneras hacia el logro de algunas de estas metas, algo que al inicio no pudimos imaginar.

Al término de este proyecto corroboro que fue así. Por lo que agradezco no haber iniciado con más fines que los necesarios, como el hecho de acotar los tiempos que marcó la institución. Al permitir que las comunidades realizaran la mayor parte de las propuestas de trabajo pudimos dejar en ellas –y ellas en nosotros– grandes enseñanzas.

Nueve meses en las comunidades que se antojan como el periodo natural de la gestación humana que hoy, me doy cuenta, ha parido algunos seres nuevos. Quizás sólo puedo hablar por mí misma, ya que mis compañeras de este camino podrán decir si en ellas hubo o no la transformación que hoy siento en mi persona y la transformación que percibo en las personas de Xolostla, San Antonio y Tixtla, pero también estas últimas podrán decir lo suyo, su palabra.

“Acción suave” es una herramienta metodológica que pide un trabajo previo a los facilitadores que estén dispuestos a cambiar, para tomar una particular autoconciencia que permita darse cuenta, en el momento en que está sucediendo, de la manera de imponer sus propias normas, opiniones o deseos como facilitadores (Peat, 2010). Aquí doy mayor valor a mi reciente formación como terapeuta Gestalt, ya que veo la similitud de posturas de las que se parte en las que, más que transformar, se pretende acompañar a partir de un contexto dado por el paciente, al que se invita a descubrir y ampliar la gama de opciones que tiene para ser y actuar en el mundo.

Otra herramienta es la visión acerca del diálogo que propone David Bohm en su libro *Sobre el Diálogo*, quien reflexiona sobre el desgaste en la comunicación humana en esta era de la tecnología. Este autor revalora las comunicaciones profundas que aún se tienen en pequeñas comunidades primitivas (como él les dice) que cultivan esta manera de diálogo casi como un arte, dándole el tiempo y el cuidado que se requiere para lograrlo. Por otra parte, señala la forma en que se diferencian los modos de pensar en las culturas antiguas como la de los esquimales, quienes “se sentían

10 Nos referimos a la teoría de sistemas a la que alude Fritjof Capra en su libro *La trama de la Vida*, en donde la organización de los sistemas vivos se extrapola a las relaciones entre personas dentro de los sistemas sociales.

partícipes de lo que veían y creían que todo en el mundo participaba y se hallaba animado por el mismo espíritu” (Bohm, 2001: 129). Así, al ver una foca creían que ésta era la manifestación del espíritu de una única foca sagrada.

Este tipo de pensamiento participativo es diferente al pensamiento literal que solemos utilizar en textos científicos. Pero en la cotidianidad las personas que acostumbran estar en este modo de ver la vida (literal), cuando se tocan temas como los de pertenencia a un país o a una ideología suelen pensar de manera participativa. Pensar de una u otra manera, más que pensamiento, incluye una percepción de la realidad y, en la actual crisis medioambiental, me parece importante valorar la visión del pensamiento participativo en que las personas nos podríamos sentir pertenecientes a una Tierra/Patria/Matria, a un bosque o a un río, más que verlos como entes separados, sin ánima o alma que nos una a ellos.

Vuelvo al origen de Ecodiálogo y veo el valor y la pertinencia de esta postura con la que trabajamos en las comunidades en donde se llegó a extender este proyecto los primeros años, sin ser tan intromisorios y trabajando en acrecentar la conciencia propioceptiva. Tal vez logramos incidir al revalorar sus saberes o al acrecentar el empoderamiento de aquellas comunidades en las que el pensamiento participativo está vigente. Sé que aún no hemos desarrollado las herramientas de valoración de aquellas primeras experiencias, pero hoy me siguen pareciendo valiosas y pertinentes estas maneras de hacer comunidad. La alternancia no es un camino fácil.

Finalmente, la herramienta fundamental es el “círculo de la palabra” (de tradición oral). Este “círculo” tiene la intención de compartir la palabra sagrada, es decir, una palabra que incluye varios niveles de percepción, desde el emocional, físico y mental hasta el espiritual y que, en su conjunto y con el cuidado que conlleva, hacen una palabra bella llamada “florida”, por ser incluyente del “ser” en su totalidad y no sólo desde uno de los aspectos mencionados, logrando con ello mantener esta percepción sacra incluyente de todos y del todo, una percepción necesaria para el bienestar de la comunidad.

Otro aspecto importante de este modo de comunicación, es que en el círculo todos los participantes se pueden ver o mirar en su ser completo, incluyendo una comunicación no verbal que es fundamental para el logro

de una comunicación integral y pueden escuchar con la mayor atención a lo que cada uno de los miembros del círculo tiene que decir en ese momento. Se genera un entrelazamiento entre todos los miembros de la comunidad, de manera que se puede ir construyendo una percepción más cercana a la holarquía al momento de asumir el respeto y el compromiso para con todos y cada uno de los participantes en el círculo comunitario.

Estas herramientas nos han acompañado a lo largo de estos meses, planteándose como un desafío profundo al tratar de ser consecuentes con ellas porque reflejan actitudes éticas tanto hacia “el otro” como hacia nosotras mismas.

Un tema central ha sido la intención de incluir al sujeto y al objeto de estudio como pertenecientes a un mismo lugar, o abordarlos desde la imposibilidad de separarlos; esto es fundamental en la visión de trabajo con la que hemos intentado co-construir. Nuestras propuestas como guías emergen desde una metodología colaborativa que no imponga criterios de objetividad, de planes y soluciones ya dados, para permitir que surjan las transformaciones armoniosas que el propio sistema de la comunidad va pidiendo. La inclusión del sujeto, el círculo de la palabra, el pensamiento participativo y el diálogo han sido nuestra aportación metodológica a un proyecto que indaga e intenta colocarse en el concepto de Buen Vivir.

Partir desde un punto casi sobreinbricado es un riesgo al que nos lanzamos más con el corazón que con la experiencia, puesto que trabajaríamos en los lugares que habitamos y con nuestros vecinos. Aunque esto nos entusiasmó al principio poco a poco fue creando paradojas y retos no imaginados al vivirlo. Esta reflexión me es necesaria aquí porque también ha sido parte de un lugar particular en el ámbito de las posturas éticas y epistémicas del cual abrevamos.

Mi camino

Siempre ha sido en mí la intuición una guía más certera que la razón, quizás por mi formación artística en la danza contemporánea, que es mi primera disciplina profesional. Aprendí que la intuición es una luz más clara y fuerte al escoger caminos, aunque no necesariamente más fáciles pero sí más ciertos o verdaderos; y esto en la Danza es fundamento: el cuerpo no engaña. Así fue en la época que me tocó vivirla como bailarina coreógrafa

y profesora. Hoy, ese saber lo he podido ampliar y llevar a otros ámbitos más allá del escenario, en mi trabajo como docente y como practicante de terapia Gestalt que es mi segunda formación disciplinar. Este sentir/experiencial es el que me guió en la decisión de entrar a trabajar en este proyecto.

Sí, fue la intuición la que me hizo seguir la voz de Krystyna, y también fue la intuición la que me hizo proponer Tixtla y sus alrededores como sitio/comunidad de trabajo en este proyecto, sabiendo el riesgo pero con el entusiasmo y la curiosidad de ir a un encuentro esperado/ inesperado.

El lugar: el buen puerto

Así, y para ser congruentes con estos principios, el proyecto se concibe en dos de las tres comunidades en que habitamos dos de las tres co-responsables. Esto es, se plantea trabajar en las comunidades de una pequeña bio-región de las cañadas del río Pixquiac, en las faldas del Cofre de Perote (Naucanpantepetl), que ofrecen características parecidas (al menos en la visión que tuvimos al inicio) al estar ubicadas en los alrededores de la ciudad de Xalapa y ofrecer, entre otras cosas, importantes servicios ambientales a ésta por ser poblaciones que se encuentran inmersas en el bosque mesófilo de montaña o bosque de niebla. Estos servicios son, entre otros, la recarga de los mantos acuíferos que utilizan sus habitantes y la captación de CO₂; la biodiversidad de flora y fauna única por ser endémica de estos bosques. También, y no menos importante, la belleza de los paisajes que dominan el entorno.¹¹

En esta pequeña biorregión, cuyo significado traslado aquí por ser una palabra que expresa la pertenencia a un territorio que está delimitado por una serie de cañadas que rodean la cuenca alta y baja del río Pixquiac, presenta características de vegetación similar en un espacio mayormente accidentado.

Ahí se localiza una primera comunidad llamada Xolostla, perteneciente al municipio de Xalapa, en la cual habitan desde hace ocho años Krystyna y su pareja Juan José; ellos residen aquí por el gusto de vivir rodeados de naturaleza y quizás por una cierta tendencia al aislamiento y a gozar de su intimidad. Esto es algo que compartimos los que llegamos a

11 Guadalupe Williams-Linera, *El bosque de niebla del Centro de Veracruz: Ecología, Historia y destino en tiempos de fragmentación y cambio climático*, Instituto de Ecología AC-CONABIO, México, 2007

habitar en estos espacios habiendo nacido y vivido en ciudades y, al no sentirnos cómodos en ellas, emprendemos una especie de huida del ruido y bullicio propio del mundo de las urbes de hoy. Cerca de ahí se localiza la segunda comunidad llamada Tixtla, perteneciente al municipio de Coatepec, en la cual vivimos desde hace nueve años mi hija Mariana y yo. Ahí he retomado un proyecto de rancho ecológico con finca de café y huerto de frutales para irlo transformando, y permitir que resurja un lugar destinado a ser una reserva de bosque dedicada a la conservación y a los servicios ambientales. En este sitio se han realizado estudios científicos por investigadores del Instituto Nacional de Ecología (INECOL) sobre sus características particulares de suelo, flora y fauna, que han dado resultados muy importantes por encontrarse especies arbóreas únicas, no existentes en otros sitios similares del estado de Veracruz. Estas dos comunidades, junto con la tercera comunidad llamada San Antonio, más cercana a Xolostla y perteneciente al municipio de San Andrés Tlalnahuayocan, fueron los sitios donde se trabajó este proyecto. Cercanas en la geografía por unos cuantos kilómetros y con rasgos físicos similares aunque, más adelante lo descubriríamos, con marcadas diferencias culturales de sus habitantes y de distinta accesibilidad a ellas.

Vivo en medio de un bosque que cuido y me cuida. En varios kilómetros a la redonda sólo se ven conjuntos cerrados de gran variedad de árboles como encinos, liquidámbar y hayas en que habitan una diversidad de aves y mamíferos. Los potreros amenazan con su crecimiento desmedido, ahí donde los árboles ya se talaron para este fin. Ir al encuentro de vecinos humanos me hizo percatarme, una vez más, de la lejanía e inaccesibilidad en que habito. Aquí no hay carreteras pavimentadas, sólo caminos rurales de terracería que igual se utilizan para autos de uso rudo que para ganado y caballos o para caminar. La zona es de cerros escarpados que resguardan arroyos, nacimientos, diminutas cuevas en que habitan pequeños mamíferos. El personaje más importante es el río Pixquiac que aún conserva el agua limpia, con peces, pequeños crustáceos y anfibios. A veces como riachuelo y otras creciendo con imponente fuerza capaz de llevar grandes árboles, animales y a una que otra persona, domina la zona.

La belleza del paisaje abarca todo el entorno; en cada estación se engalana de diversas floraciones, con vestimenta de hojas que van del verde tierno hasta el seco ocre que alegran al viento y a la lluvia. Otra importante presencia es la niebla, que cada vez se presenta con menos cotidiani-

dad pero que mantiene el ambiente con casi el cien por ciento de humedad la mayor parte del año.

Al describir el sitio en que habito también estoy describiendo el resto de la bioregión en la que decidimos realizar este proyecto. El sentimiento de agrado que nos brinda habitar en esta zona es un sentir generalizado en las personas que aquí vivimos. Esto ha sido compartido de muchas maneras en las reuniones y en las diversas actividades que llevamos a cabo: hay una particular noción de Buen Vivir en todos nosotros que tiene que ver con el reconocer la maravillosa belleza que nos rodea.



Foto 5. *Alrededores de Tixtla* (Leticia Bravo, 2015).

Navegando entre islas

Llegó el momento del primer encuentro que se efectuó en Tixtla, en mi casa. El inicio de la aventura de lanzarnos a la navegación de aguas ya conocidas por mí pero en diferente nave, cuya brújula estaba destinada a encontrar distintos puertos, otros paisajes y temperaturas, nuevos habitantes. Alrededor de la búsqueda de un mejor vivir, reflexiono hoy que éste depende del entorno en que vivimos, desplegando la trama que nos permite tener una particular calidad de vida que, más allá de las diferencias so-

cioeconómicas, a los que habitamos en estos micro núcleos aislados y fragmentados nos hermana el valor que les damos. Aún no conozco vecino o vecina que viva aquí y que se sienta abatido por esto.

Caminé por estas intrincadas y hermosas vías –las primeras, de una hondonada entre cerros hacia el sur-poniente de Tixtla llamada “La Jicari-ta”– para invitar a mis vecinos; ahí ya conocía a Socorro, una apasionada maestra de inglés que siembra plantas y hortalizas, quien construyó una casa con enotecnias. Llegué a su casa y había invitado a otros vecinos de esa misma hondonada que comparten este modo y visión de vida. Ellos mostraron mayor interés por la noticia de que recientemente se había publicado un decreto del gobierno del estado de Veracruz, en el cual se declaraba Área Natural Protegida (ANP) a la zona en que habitamos.

Otros invitados fueron los vecinos que residen en otra hondonada que se localiza al sur-orientado de Tixtla llamada “La Olla”. Aquí vive un grupo de personas que han ido construyendo casas con enotecnias y se interesan por siembras orgánicas. La característica de este grupo es que son todos jóvenes con intereses artísticos y de cuidado del entorno en que habitan. De esta parte de la región llegaron a algunas reuniones dos parejas: Wilkar y su pareja Karina, y Valentina y su pareja Antonio.

Invité también a algunos de los habitantes de la entrada a Tixtla, más cercanos al camino que suelo recorrer cuando llego a mi casa, don Moy y su esposa doña Ana, una pareja ya mayor, que habitan en las riveras del arroyo Tixtla desde hace más de 40 años. Don Moy tiene la particularidad de haber vivido en esta zona desde niño; su abuelo era dueño de muchas de estas tierras que poco a poco fue vendiendo. Él se dedica a la siembra de café y de milpa de temporal, así como a hacer faenas de jardinería. Doña Ana es originaria de Misantla y algunos años fue trabajadora doméstica; ahora se dedica a preparar salsas para vender y suele estar al pendiente de sus hijos e hijas y de sus nietos; disfruta de la cocina ancestral que ella heredó de sus abuelas y de los familiares de don Moy.

Mis prejuicios: soy yo y mi errancia

Ya no invité a más vecinos. Algo me detuvo; “algo” en mi intuición, un prejuicio. Un prejuicio hacia los vecinos que habitan en una especie de micro fraccionamiento, también a orillas del arroyo Tixtla. Ahí un alemán compró varias hectáreas de bosque como rancho para uso rural y lo fue

subdividiendo para su venta, sin haber permiso o cambio en el uso de suelo para este fin. Se encuentra dentro de la ANP recientemente declarada y ya es un fraccionamiento, algo que no se podría hacer dentro de una ANP. Recordé este inconveniente y perdí la posibilidad de incluir a estos vecinos en la invitación al proyecto.

Pero ésta es una historia parecida a la de los habitantes de “La Olla” y de “La Jicarita”. Y no es tan diferente ya que estos asentamientos también son otra especie de fraccionamiento, creciendo tal vez un poco más amablemente con el entorno, pero que hoy ya cuentan con una alta densidad afectando así, con su sola presencia, el entorno natural del bosque. Triste hecho que me refiere al crecimiento sin control de la mancha urbana de Xalapa que aquí así se expresa.

Finalmente decidí invitar a mi amiga Guadalupe, quien vive en la congregación de La Pitaya que se encuentra en la entrada, más cerca de la carretera entre Xalapa y Coatepec, que conduce a Tixtla. Ella es una científica dedicada a investigar y difundir el tema de la conservación del Bosque de Niebla, entre otros temas. En su zona habitan muchas más personas; es una colonia suburbana pero ya no tuve tiempo de extender más invitaciones y también percibí que en aquel primer momento de inmersión en los sitios era mejor empezar por pocas personas y afianzar los logros para ir creciendo poco a poco. “Menos es más”.

También recuerdo un deseo de cuidado, más que prejuicio, que me impidió invitar a una mayor cantidad de vecinos de esta zona. Esto tiene un componente de miedo a abrir mi casa a personas desconocidas y vivir sola con mi hija en esta zona en aislamiento que, paradójicamente, nos ha dado una cierta seguridad, que sin embargo ha sido perdida en los últimos años, en los que ha habido persecuciones de narcos y policías cerca, en los alrededores de Tixtla. Sé que por la inaccesibilidad del lugar que habito no han llegado hasta mi casa. El bosque me cuida y lo cuido. Mi hija y yo sentimos que somos como sus guardianas y es un sentimiento que compartimos también con don Moy y doña Ana.

Con estas invitaciones y con las que hizo Krystyna entre personas de Rancho Viejo que consideró cercanas a Tixtla, además de Salvador y su esposa Leticia (él se dedica a la creación y enseñanza de la pintura y ella a la actuación profesional), quienes también habitan una casa con eco técnicas, llegó el momento de hacer el primer encuentro en Tixtla.

El primer foro: a navegar

Hoy la memoria me hace sentir emociones fuertes al evocar aquel suceso: abrir mi casa para recibir gente querida ya conocida y gente nueva para mí. Recuerdo en primer lugar el gusto y placer; siempre me entusiasma organizar reuniones de todo tipo y este disfrute lo viví entonces y lo revivo ahora al escribirlo. También recuerdo y siento la adrenalina que me recorrió al ser “facilitadora”, este nuevo papel de guía y anfitriona a la vez que implicó estar pendiente de la comodidad de todos, de los tiempos, de las preguntas guías, de soltar y soltarme, de escuchar y recibir con atención y calidad, más que de imponer; de saber si ya era el momento de parar o de intervenir para acompañar algún sentir compartido, de no ser tan protagonista y a la vez percibir a todo el grupo, de sentir y apoyar a mis compañeras. De estar lista para lo inesperado que surge en el momento. Mil “antenas” que se desdoblaron y conectan a la vez, un gran reto. Algo me ayuda aquí mi formación como terapeuta Gestalt en trabajo con grupos terapéuticos, me doy cuenta.

Este papel múltiple se suaviza al ser compartido con mis colegas y estudiantes que en aquella ocasión llegaron y acompañaron el proyecto. Mi agradecimiento a ellos y ellas, quienes colaboraron y apoyan aún hoy en esas actividades.

Siento al equipo de apoyo; siento que soy apoyo para ellos y ellas; siento a mis compañeras co-responsables, colaborando todos y todas. Se crea la magia de la relación viva que teje, nos teje y va tejiendo; vamos tejiendo un entramado de sentires, experiencias y saberes que se va coloreando y transforma nuestras percepciones y calidades; se rompen muros de miedos y se abren almas de calidez y entusiasmo, de reconocimientos y empatía profundos. Se conectan miradas de sorpresa al percatarse, en el entramado mismo, de las diferencias: dieciocho seres que se entrelazan en un círculo.

Tendemos el mapa de nuestra ubicación para tener un punto de vista común del lugar que compartimos que nos integre de entrada y me percató que para algunos, como don Moy y doña Ana, es algo abstracto, y para los demás es claro y les entusiasma.

Mar adentro y bruma en el horizonte

Rememoro aquel momento y llega a mí la sensación de incomodidad, de no llenar las expectativas de todos por igual. ¿Pero es esto posible?, aunque el proyecto se trabaje desde una postura más cercana a la holarquía, que propone que todo en el universo funciona como un sistema integrado. La palabra “holarquía” significa la jerarquía del todo y marca la diferencia con las demás jerarquías, como la monarquía u oligarquía. La holarquía es el reconocimiento de la existencia de ello y apoya la reconstrucción de este sistema del todo incluyente o, al menos, la conciencia de su función. ¿Cómo se pueden ir construyendo procesos de transformación que nos acerquen a esta concepción? ¿Es ésta la intención del proyecto el Buen Vivir? ¿Se puede construir en sintonía con formas excluyentes? Estas preguntas me llegan a la vez que seguimos con las presentaciones de todos y su respectiva ubicación en el mapa.

Aunque don Moy sabe leer, recuerdo que Doña Ana no, por lo que el mapa le resulta un elemento de diferenciación para con los demás. Esta situación es suavizada por la presencia de la hija de ellos, Patricia, y su esposo, quienes explican y leen los lugares en el papel y así logran integrar a su mamá un poco más.

Descubro en ese entonces que mis expectativas eran exigentes respecto a la manera que procedíamos o debíamos de proceder los facilitadores en el plan de entrada a la comunidad. Ya no podía opinar sólo como directora/guía, sino también como actor, y me sentía en una especie de entretiem po extraño y brumoso. No encuentro con claridad mi tradicional papel, quién soy ahora, cómo tengo que actuar siendo este otro ser. ¿Quizás la niebla es ese estado en el que estoy?

Hoy descubro que aún mi ser bailarina y coreógrafa que implica tener el control casi total de los bailarines/actores, estaba siendo la guía para mis sentires. Y lo nuevo estaba surgiendo sin que me diera cuenta. Soltar, soltar, soltar, soltar... es la herramienta que me ayuda en ese momento y en los siguientes, en los que me vuelvo a encontrar en esta situación, que fueron muchos a lo largo del proyecto. Soltar para poder transitar a esos otros papeles y descubrir mayor comodidad en ellos, en ser vecina y desde ahí acompañar, en ser colega y desde ahí acompañar, en ser madre y desde ahí sentir, en ser amiga y desde ahí proponer.

Espejos: soltar mis nudos me permite navegar más libre y ver mi reflejo

En aquel suceso en esta primera reunión en Tixtla me doy cuenta que al soltar mi papel de directora/coreógrafa, logro participar en los siguientes instantes más como vecina y así escuchar y recibir las palabras sentidas de Kary, por ejemplo, sobre el esfuerzo que ella y su pareja hicieron durante los meses en los que se quedaron sin auto y caminaban kilómetros en el bosque para llegar a su casa bajo la lluvia, siendo esta circunstancia como una especie de “rito de paso” que el lugar les puso para permitirles que, finalmente, valoraran de otra manera las ventajas que tiene habitar en este tipo de sitios algo vírgenes y aislados, realmente inmersos en la naturaleza.

Sus lágrimas de emoción, dolor y gozo a la vez por saberse seres especiales, por haber superado esta especie de “prueba” y hoy seguir habitando el bosque, me causaron una gran conmoción y empatía ya que he vivido circunstancias similares con mi hija Mariana. Sé que somos personas que valoramos este modo de vida que a veces nos pide un esfuerzo mayor y que, a pesar de los obstáculos, seguimos apreciándolo por sobre muchas otras cosas que ofrece la vida en las ciudades.

Leticia también comparte sus circunstancias sobre el trabajo que, después de algún tiempo, les permitió a ella y su esposo Salvador vivir en un bosque de la zona. En ella también me veo reflejada y comparto sobre todo el gusto por la soledad. Somos amantes de un modo aislado de vivir, disfrutamos esta manera de estar, lejos de la ciudad y sus comodidades y esto nos hace seres distintos. Aunque dependemos de tener nuestro trabajo e ingreso en la ciudad, ello nos permite vivir en una cercanía mayor con la naturaleza y cuidar de impactarla lo menos posible. Así es como me reconozco con estos vecinos que hemos regresado al seno de nuestra antigua madre natura.

La otra mirada: los antiguos navegantes

“A mí sí me gusta estar con la gente”, dice don Moy, “andar por el bosque con mis hijas y mis amigos, que vengan a visitarme, llevarlos a conocer los lugares maravillosos que aquí se encuentran. A mí no me gusta tanto la soledad”, expresa seguro y alegre; algo en mí se mueve al recibir su sentir y paradójicamente también lo comparto. Ese disfrute antiguo de ser y pertenecer a una comunidad, a una familia, a redes de amigos y conocidos que

en don Moy y doña Ana es una fuerte raíz que les da sustento y pertenencia a estas tierras de antaño.

Como ser complejo que soy, veo en mí las dos posturas, sin ser antagónicas; habitan el disfrute de la soledad, de caminar sola en estos parajes que a la vez me hacen sentir acompañada de esos “otros seres” que los moran, árboles, montes, río, arroyo, aves, zorras, tlacuaches, armadillos, truchas, ranas... es una soledad acompañada que me permite percibir el aire, la tierra, el sol como parte de este “todo” que me rodea. Esta soledad no está sola. Y esta vecindad tiene otro tipo de miembros que se presentan aún con fuerte personalidad, afortunadamente.

Los vecinos de este sitio tenemos cercanamente la experiencia de atesorar estas otras presencias que se imponen aún como miembros protagónicos de la comunidad: seres vivos del mundo de la flora y la fauna, de los elementales que se perciben hablándonos en los sonidos del río, del aire, de las infinitas formas del agua.

El gusto de compartir con familia y amigos que expresa don Moy es mi gusto por supuesto, aunque la gente que conozco, más bien ciudadina, es menos inclinada a visitar estos lugares. Recuerdo lo difícil que fue al principio y lo que tardé en acostumbrarme a no recibir visitas como cuando vivía en el centro de la ciudad; pero sé que cuando toca que llegan amigos o familia, hago gran fiesta para recibirles. Don Moy ha vivido de niño aquí en Tixtla pero también en Coatepec, pues ahí estudió hasta la preparatoria y aún conserva familia y una casa familiar. Aquí es conocido de muchos en las colonias que están más cercanas a Coatepec por las riveras del río Pixquiac, que son la Seis de enero y la Mariano Escobedo. En ellas habitan un número mayor de personas y es ahí donde él tiene y practica mucho la amistad y el compadrazgo, el contacto comunitario.

Desde que habito en Tixtla se redujo significativamente mi actividad social. Antes acostumbraba salir a eventos y reuniones; hoy sólo voy a lugares para estar en mayor contacto con la naturaleza como playas o montañas cercanas a Xalapa y lo hago con poca gente. Supongo que es parte de una especie de transformación, que se produce en nosotros cuando nuestra casa está ubicada en estos parajes, a veces por medio de una situación difícil como la que compartió Kary pero que nos da una cierta templanza. El hecho de habitar aquí nos pide un cambio de modo de vida si tenemos el deseo de permanecer. Estoy segura de que así es.

Es posible que nuestro “buen vivir” quiera decir cambio de costumbres y modos de practicar otras actividades en nuestra vida cotidiana, otros valores y modos de relaciones; sé que ha sido así para mi hija y para mí desde que llegamos a Tixtla. Tal vez lo más significativo es el modo en que se vive y percibe el tiempo, mucho más pausado en este hermoso lugar.

Esto es quizás una característica que ya no está tan presente en las comunidades de Xolostla y San Antonio, en las que sus habitantes viven más cercanos a la vecindad de otras personas que a la de estos “otros seres”. Las personas mayores de estas comunidades recuerdan con añoranza cuando veían zorras, conejos o coyotes, así como recuerdan con más nostalgia los tiempos en que, en lugar de carreteras, cercas y “casas grandes construidas como en medio de la ciudad”, había sólo veredas, bosques y arroyos y ellos eran libres de transitar por estos lugares. Guardan en su memoria un antiguo paraíso perdido que los habitantes de Tixtla aún atesoramos. También tienen una mayor cohesión como comunidad, sobre todo en Xolostla, algo que quizás ese tipo de cercanía les puede dar, a diferencia de lo que aquí en Tixtla se percibe.

Transformación en el navegar

Mi transformación de ser la “guía que controla” a ser “participante/acompañante” se va construyendo a lo largo de esta reunión y de varias de las subsecuentes a lo largo de los meses. Se nutre también de las escuchas a doña Vicky, por ejemplo, quien junto con su esposo don Goyo, habitantes de Xolostla, han sido actores protagónicos del proyecto con su participación entusiasta que ha sido eje o centro del círculo que en esta comunidad se crea. Este sistema es muy complejo: veo este modo de hacer comunidad en ellos y también veo un modo de imponer como “patriarca” y “matriarca” de una familia extensa que los sigue a veces con entusiasmo y otras sin tener otras opciones o, por no llevarles la contraria, ocultando así otras opiniones y puntos de vista. Ellos actúan así no sólo en las reuniones y actividades del proyecto que llevamos, sino en otros ámbitos de su comunidad. Percibo que esta cualidad en su actuar expresa quizás una continuidad a un modo tradicional de hacer redes comunitarias que se realizan ahí, seguramente, desde antes de la Colonia.

Este modo de hacer comunidad es una práctica que toma como eje las relaciones familiares y vecinales para, por ejemplo, llevar a cabo las celebraciones religiosas tan presentes en Xolostla. Aquí tenemos un caso, el

de la fiesta de San José, en la que se ofrecen grandes cantidades de comida a los visitantes de otras comunidades. Esta es una tradición religiosa en la cual se manifiesta el fuerte tejido social de relaciones marcadamente unidas y cercanas que en esta comunidad se practican.

Actualmente algunos de los habitantes de mayor edad, siguen con el conocimiento de saberes ancestrales en sus tradiciones religiosas, así como en sus modos de cultivar la tierra y de consumir sus cosechas. Personas como doña Vicky aún comparten su conocimiento de la herbolaria local y el uso que se le daba, pero generalmente no se ve interés de las nuevas generaciones por darle continuidad a estos saberes. Quizá nos toca ser testigos de las últimas generaciones que así lo viven.

Es paradójicamente doloroso presenciar este testimonio que acompaña la sensación de un presagio que vislumbra el final de un modo de vida, uno que tal vez ha sido más cercano a un mejor vivir; estar observando un cambio profundo y abrupto en los estilos de vida de esta comunidad; de hallarse ante los últimos de sus actores que aún los conocen y practican.

El compartir de doña Vicky me conmueve profundamente con las historias de su abuela, antigua habitante de esta zona, quien practicó la medicina tradicional. Quizás esta abuela debió haber vivido a principios o mediados del siglo pasado, como mis dos abuelas. Esta abuela suya, que al acercarse a su muerte a sus más de cien años logró percibirla, se previno y preparó el mole para los familiares y amigos que asistirían a su velorio; preparó la masa y las tortillas para todos y coció las gorditas que pondrían dentro de su ataúd para alimentar al perro que, según su creencia, la guiaría y acompañaría al río que habría de llegar al morir y le ayudaría a atravesarlo.

Descubro lo inesperado. Aún en los alrededores de Xalapa se pueden encontrar, en las narraciones de personas como doña Vicky, estos mitos que mi padre me contaba cuando niña y que se quedaron impregnados en mi ser, como mitos de un panteón personal en el cual creo, más allá de una fe impuesta, como una intuición certera y amorosa.

Espejo de mi alma esta mujer cansada. Me recuerda a mis ancestros, a mis abuelas, particularmente a la materna, quien me enseñó algunos antiguos modos de matar gallinas, criar pollitos o maneras de sembrar yerbas de olor en arriates cercados con botellas en su huerto de traspatio cuando yo tenía entre 4 y 7 años. Casi era escucharla a ella el escuchar a doña

Vicky, y también era recibirla como a mi abuela. Me entrego a este doble papel y me doy cuenta de mis espejos, de mis proyecciones, de mis asunciones, las suelto y las acepto, las vivo sin recelo. Esto es nuevo para mí, soltar y aceptar; la abrazo y agradezco a ella, a mí misma y a mi abuela.

Doña Vicky es una mujer de unos sesenta o más años pero que las enfermedades la hacen aparentar más; a la vez sumisa y líder de su familia, de una manera sutil y contundente, quien se encuentra enferma y débil pero que, cuando había que caminar largos trayectos como lo fue en la caminata que realizamos al bosque y manantial “Ojo de Agua”, nacimiento del arroyo Tixtla, no midió esfuerzos y realizó todo el trayecto sin queja, con entusiasmo y alegría. Ella soy yo misma que en momentos de enfermedad o desánimo me levanto con dolor y sin ganas y, al andar con otros, en lugares como estos parajes naturales, retomo fuerzas, me cargo de energías y me alivio. Así, descubro en ella estas mismas maneras de alivio.



Foto 6. Caminata a “El Ojo de Agua” guiados por don Goyo en Rancho Viejo (Leticia Bravo, 2015).

Navegar es llevar o dejarse llevar: cediendo el timón

Así fue como, al inicio de los “tequios”, que el sistema de las comunidades demandó elaborar estufas ahorradoras de leña en Xolostla y San Anto-

nio. Noté cómo mi cuerpo se resistía a llevar a cabo este esfuerzo físico el cual, pensaba, iba a rebasar mis fuerzas.

También me resistí a planear una larga lista de interesados y dudaba que todos los que se anotaran fueran a colaborar en la construcción de la estufa de su vecino. Pero Teo me enseñó que esto era posible. Con su amable entusiasmo en alguna de las reuniones, se empeñó en hacer la lista y en darle seguimiento puntual. Esta resistencia fue alimentada por el hecho de que en las comunidades casi siempre se trabajó en domingos y algún sábado, debido a que las personas cumplen jornadas laborales extenuantes en la semana y no cuentan con el tiempo suficiente para el trabajo comunitario más que en fines de semana. Yo sentía que esta demanda me sobrepasaba.

Estas resistencias se fueron ablandando al soltar, soltar, soltar... e ir realizando las primeras estufas; al ir viviendo la emoción y el entusiasmo con el que llegaron los vecinos, y al conocer y seguir las propuestas que hizo la persona que invitó Krystyna para guiarnos en esta actividad, Amparo Albalat. Ella tiene una gran experiencia en su modo claro y simple de mostrar el quehacer en la elaboración de la Lorena, y en la manera sencilla y eficaz de guiar la organización de las personas, de propiciar el armado de grupos de trabajo. Esta experiencia facilitó y alimentó la colaboración de todos para que se llevaran a buen término estas construcciones, con la práctica del “tequio” o “mano vuelta”.

Aquí vuelvo a percibir la manera ancestral que en estas comunidades las personas han practicado y continúan haciéndolo. Este modo de colaborar entre las familias y con sus vecinos, en un ejercicio constante que les permite, por ejemplo, bajar costos de construcción en sus casas y mantener sus viviendas y sus accesos. Ellos ya no le llaman “tequio” o “mano vuelta”, pero continúan fomentando esta auto organización del trabajo comunitario a largo del año.

De este “buen vivir” que me enseñan, aprendo a soltar prejuicios y resistencias; el hacer mismo me da energías y así aprendo a colaborar, a ser parte de este grupo, de este círculo tan entusiasta que crece y se expande; aprendo a realizar este tipo de labor sin ser directora, sin tener el control y sin tener expectativas que sobran.

El regalo

En una caminata que organizamos en el proyecto por los alrededores de Tixtla, guiados por don Moy, y a la que acudieron vecinos de Tixtla y de Xolostla, las hijas de don Tacho de San Antonio le preguntaron a don Moy sobre el origen de esta zona que actualmente está mayormente deshabitada. Él nos obsequió el relato de un sitio que ya no existe más llamado “Tixtla”, que le da nombre al arroyo que nace en el “Ojo de Agua” que cuida don Goyo y que alimenta al río Pixquiac. Este sitio era una pequeña congregación de la cual era originario su abuelo y que habría sobrevivido a la Colonia. Ese lugar desapareció porque en la “Revuelta Cristera, entre los años veinte y treinta del siglo XX”, fue deshecha por las tropas federales debido a que sus habitantes alimentaban, escondían y protegían a los rebeldes. La zona está llena de restos arqueológicos de la cultura Olmeca y también de la cultura Totonaca. Las hijas de don Tacho nos compartieron que esa historia también la cuentan sus abuelos en San Antonio y refieren al sitio en sus narraciones por esta zona.

Este relato viene a re-significar el nombre de Tixtla, que lleva el bosque que habito y el arroyo que lo circunda. Si estos datos son ciertos, encuentro con gratitud las raíces de una historia a la cual hoy pertenezco.

La noche de regreso a casa me recibe con estrellas en la tierra: cientos de luciérnagas haciendo su sensual danza amorosa; el bosque se viste de sombras al acoger el sagrado rito. La memoria me trae momentos de mi niñez en el parque de Los Berros de Xalapa. Magia de luciérnagas atrapadas en un frasco que, juntas, alumbraban cual lámpara viva los senderos de una niña asombrada. Un buen vivir primigenio que sigo persiguiendo al seguir la luz de la madre tierra.

Todos pertenecemos a un tejido en una trama infinita que va más allá de lo que imaginamos. Los lazos entre Xolostla, Tixtla y San Antonio apenas comienzan a develarse para nosotros.

El recuento del camino recorrido en comunidad

Krystyna Barbara Paradowska

El tramo recorrido en común tiene cartas bellas, divertidas y conmovedoras. Empezamos por acercarnos a nuestros vecinos de Tixtla, Rancho Viejo, Xolostla y San Antonio. A partir de las primeras reuniones convocadas por las facilitadoras donde nos presentamos como vecinas interesadas en conocernos mejor, cuidarnos mutuamente y proteger el lugar donde vivimos, recibimos el mensaje de apertura y voluntad de sumarse a esta iniciativa. Desde los primeros momentos nos sentimos escuchadas e incluidas, descubriendo que la propuesta cayó como semilla en tierra fértil, pero también sintiendo una gran responsabilidad por mantener nuestra palabra, no caer en las trampas que nos preparan las rutinas académica y comunitaria.

Recuerdo que a la primera reunión en casa de Leticia y Mariana asistieron muchas personas foráneas, actualmente habitantes de los alrededores del Rancho Tixtla (los “neo-rancheros” y los “hippies”) y pocos nativos del lugar. Fue conmovedor para todos escuchar y compartir los difíciles y hermosos momentos por los que hemos pasado en este proceso de adaptación y creación de vínculo con el lugar que ahora habitamos. Entre tantas utopías de buen vivir perseguidas y ese día contadas por las personas que conocíamos pero no sabíamos sus motivaciones por asentarse aquí, nos vimos en el espejo. Por otra parte, las enseñanzas de las personas oriundas nos abrieron los ojos a la supuesta desconfianza hacia los foráneos: seguiremos siendo extraños si no saludamos y no nos presentamos con la comunidad. Así de simple.

Casi simultáneamente realizamos la primera reunión en Xolostla, en la casa de Palo Brujo. Sentía pánico por cómo sería recibida nuestra invitación, pues me parecía una prueba mayor –por los antecedentes ya mencionados–, una prueba que desafiaba nuestros prejuicios mutuos, formas de decir y argumentar, intereses particulares y visiones tal vez incompatibles acerca de lo que significa una vida en comunidad. Temía ser vista

como alguien que busca protagonismo o que se replicaran esquemas políticos asistencialistas de una reciprocidad mal entendida, tan bien plantados en la realidad nacional. ¿Cómo propiciar un ambiente de confianza y horizontalidad? En aquellos momentos la existencia del “proyecto” me parecía un obstáculo, pues sentía que introducía cierta ambigüedad a nuestro discurso, sobre todo en la presentación como “vecinos”. Para nivelar las eventuales jerarquías, invitamos a nuestro amigo Chucho para que “moderara” la reunión. Ellos aseveraron que nunca antes un vecino recién llegado se les había acercado para presentarse y que les entristece que se pierda la costumbre del saludo. Después de habernos confesado la mutua necesidad de conocernos, respetarnos y ayudarnos, con esperanza vislumbramos un escenario común e incluyente para acciones colectivas.

Nos sentimos entusiasmadas porque la iniciativa caminara de esta manera y sorprendidas ante la estrategia que emanó de las aparentes “carencias”: a falta de un espacio público (una casa comunitaria o un salón social) hemos adoptado reuniones itinerantes, llevándolas de casa en casa e involucrando así a diferentes vecinos. Los primeros que nos abrieron sus puertas fueron doña Marta y don Mundo. En esta reunión habíamos preparado ya una agenda de puntos comunes a tratar, sin embargo, no queríamos “facilitar” nada sino dejar que las cosas se dieran a la manera en que los vecinos, y sobre todo nuestros anfitriones, acostumbraban. Sabíamos que en algún momento daríamos el seguimiento a los acuerdos y las iniciativas de la primera reunión: buscar soluciones al problema del tiradero de basura, del charco en el camino que perjudicaba a doña Reina, conocer un sistema de construcción de estufas y hornos de leña más eficientes y saludables. Nos encontramos con caras nuevas y con gran hospitalidad de los anfitriones, correspondida por todos al traer comida para compartir.

Pese a que también esta reunión fue muy concurrida, dio al equipo muchas razones para replantear nuestras estrategias. Al sentarnos a una mesa larguísima con manteles de fiesta, el escenario predispuso a todos los reunidos a ciertos comportamientos e impactó en el desarrollo de la reunión. Ahora las personas del equipo nos volvimos de alguna manera fichas en su juego de intereses. Aquí fue donde se negoció nuestro papel ante la comunidad. Advertimos que una visión común del Buen Vivir no se da de un día a otro y que tiene que ser dialogada y construida paulatina-

mente, pero también que nosotros mismos dimos pauta a este juego, apresurando que las cosas sucedieran.

Uno de los puntos a reflexionar fue la aparente dificultad de escucha y diálogo, pues se formaban grupos de conversaciones simultáneas, se sentía ausencia de moderador y las voces de algunos fueron acalladas por los protagonistas de la reunión. Esto nos obligó a ser más cuidadosos y señalar de manera más explícita “las reglas” de diálogo en las siguientes reuniones. Advertimos la responsabilidad que tenemos como puentes de comunicación entre los actores de la comunidad y otros actores externos a ella. Nos dimos cuenta que este espacio fácilmente puede ser acaparado por intereses particulares de algunos participantes si no mantenemos el espíritu de equidad y apertura a todas las voces. De manera dolorosa, encaramos el riesgo de que nuestra propuesta no fuera comprendida, se desvirtuara y nosotras mismas nos convirtiéramos en secretarías, voceras o de preferencia en “reyes magos” de las múltiples peticiones de los reunidos, como si fuéramos políticos en campaña o promotores de programas de gobierno. Escribimos cartas a dependencias municipales como se nos solicitó y les dimos seguimiento, pero también pusimos en claro que ésta no es la única forma de atender nuestras necesidades comunes.

A partir de esta enseñanza nos volvimos más cuidadosas con nuestras formas y expectativas, sabiendo que nuestra idea de Buen Vivir no iba a ser simplemente recibida y adoptada, sino que esta comprensión había que construirla conjuntamente en el camino, en la convivencia, trabajo común y reflexión compartida. Se tornó evidente que nos topamos con una manera de “resolver problemas” que no deseábamos, que delega responsabilidades y espera que soluciones vengan “desde arriba”, lo que resultaba en la descalificación de las capacidades latentes y en el desperdicio de oportunidades para autogestionar nuestro entorno.

Las primeras tareas que asumimos en común tenían que ver con la limpieza del camino convertido en basurero y la búsqueda de una solución inteligente a este problema que desde hacía tiempo intentábamos abordar logrando sólo que nuestra frustración se profundizara. En las dos faenas dominicales de limpieza donde participaron varios vecinos y Limpia Pública de Xalapa sentí más ligero el trabajo, acompañada por una vaga certeza de que algún día nuestra perseverancia sería premiada. Al mismo tiempo la iniciativa de cartas ciudadanas al gobierno municipal fue una prueba más de que en estos casos las ganancias suelen ser infinitamente menores en comparación

con el esfuerzo invertido en la gestión que nos quita tiempo y energía, desvía nuestra atención y resulta ser una vía desgastante y engañosa. Dependere de un aparato burocrático nos arrebatara la iniciativa y creatividad, nos enajena de nuestros propios entornos, propósitos y vidas. Pese a que aún no hemos encontrado una salida viable, nos volvimos más conscientes de la contradicción irresuelta entre la necesidad de fortalecer nuestras capacidades autónomas y la necesidad de delegar las responsabilidades a las instituciones cuando su magnitud rebasa las competencias de los ciudadanos. El tema queda como reto para el futuro, donde habrá que ir tejiendo estrategias más pertinentes y eficaces.



Foto 7. Reunión en el Rancho Potrero del Burro (San Antonio) en torno al tema de cultivar la tierra (Krystyna Paradowska, 2015).

Siguieron dos reuniones en casas de nuestros vecinos, quienes nos compartieron sus pasiones y saberes. El encuentro en el rancho Potrero del Burro de Judy –vecina de origen londinense transformada en ranche-ra-permacultora y parte integral del paisaje local– giró en torno al campo y la revaloración de los saberes campesinos, la soberanía alimentaria y el tipo de conexión que nos ofrece el trabajo con la tierra. Conversando en círculo sobre cómo empezó este vínculo, percibimos la diversidad de las

relaciones que sostenemos con la tierra y la pluralidad de modos de habitar el territorio. Allí se dio un rico intercambio de perspectivas y saberes entre vecinos de estirpe campesina y los habitantes “neorurales”, todos a su manera atraídos por el tema de la agricultura y apasionados por conservar la abundancia genética y biocultural de la región. Recorriendo y conociendo el huerto de nuestra anfitriona todos nos sentimos en casa. Para mí fue una oportunidad de revalorar el trabajo en el campo y los alimentos que nos provee, reconocer mi propio analfabetismo en esta materia, la importancia de estos saberes y a la vez verlos en toda su vulnerabilidad en el contexto de la urbanización y occidentalización de la vida. En esta reunión pude entender mejor la idiosincrasia del lugar y de su gente. No obstante, pese a la tradición y el amor por el trabajo en la tierra, pocas semillas sembradas ese día han germinado. La iniciativa de Pablo de organizar la Feria de la Milpa¹² se tornó realidad, pero juntarnos a la Red de Huertos Urbanos y Periurbanos¹³ a la que nos invitaron Isabel Noriega y Miguel Ángel Escalona resultó inviable. Si nos interesa hacer algo parecido, hay que pensar en la cercanía de nuestros huertos caseros y nuestra propia comunidad.

Para visitar a nuestros vecinos de Tixtla nos fuimos en varios carros; a pie cruzamos el puente sobre el Pixquiac en donde encontramos a don Moi y Leti, que nos esperaban en el camino; juntos seguimos conversando sobre el lugar hasta llegar al arroyo Tixtla y la casa de los anfitriones. Allí fue donde nuestros vecinos por primera vez mencionaron con orgullo que somos un “grupo”. También fue donde verdaderamente gozamos de una convivencia muy alegre, sincera y espontánea. La lluvia nos detuvo allí por un tiempo mucho más largo del previsto, a lo que los anfitriones respondieron con hospitalidad. Fue Salvador quien nos ayudó a pasar el aguacero jugando a papel picado. Allí se estrecharon los lazos entre varios núcleos que ya estaban dialogando entre sí y emergió la conciencia de un espacio-territorio compartido entre nosotros. Fue donde comentamos por primera vez la idea de sumarnos a la iniciativa de talleres de verano y organizar caminatas por nuestra biorregión. Ambas ideas despertaron mu-

12 La primera edición de la Feria de la Milpa se llevó a cabo en Rancho Viejo, municipio de Tlalnahuayocan, en octubre de 2015, y resalta el valor de la milpa como patrimonio biocultural de los habitantes de la región.

13 Red de Agricultura Urbana y Periurbana de Xalapa es una iniciativa de la sociedad civil de Xalapa y Coatepec que promueve la soberanía alimentaria a partir de espacios familiares (<http://agriculturaurbana.com.mx>).

cho interés de todos, aunque por razones diferentes. La invitación de Leticia Valenzuela a ver la función de “Las Payasas” protagonizada por ella fue recibida con interés por varios vecinos quienes, probablemente por primera vez en su vida, asistieron a una obra de teatro. La excursión al rancho El Mapache de don Moi y doña Ana a todos nos dejó un fuerte recuerdo del Tixtla desbordado y del Pixquiac crecido y veloz que, como supimos ese día, había cobrado ya varias vidas.

La decisión de adscribirnos al proyecto de Salvador de talleres de verano para niños de Rancho Viejo y ofrecer uno paralelo en San Antonio fue fundamentada por varias circunstancias. Una noche de principios de verano Juan y yo acudimos a una reunión del pueblo en la que asistieron aproximadamente 300 personas, alarmadas por la creciente inseguridad, robos, asaltos y suicidios entre jóvenes en San Antonio. Los vecinos estaban organizándose para realizar rondines nocturnos, pero el tema de la juventud y la infancia se delegó al municipio y sus programas. Pensamos que a partir de esta preocupación expresa y generalizada podría emerger un espacio de autogestión y participación comunitaria, si alguien sembrara una idea y ofreciera un ejemplo. Aparentemente, en esto nos hemos equivocado... pero acertamos en otros sentidos.

La concepción de los talleres de verano fue el momento del desborde de ideas y espontaneidad. Entre los amigos, estudiantes y conocidos lanzamos la convocatoria para hacerlo realidad. Explicamos que la intención de esta iniciativa era crear espacios de convivencia, aprendizaje y juego abiertos a la participación de niños, niñas y padres de familia, todo con el fin de organizarles el tiempo libre de manera diferente, despertar la imaginación y fortalecer el sentido de comunidad, pertenencia y cuidado del lugar. Visualizamos una serie de sesiones dedicadas a caminar en el bosque, conocer la milpa tradicional, hacer hortalizas, aprender a valorar y cuidar a los animales con los que convivimos a diario, dibujar, cantar, escuchar y contar historias, jugar al teatro y títeres, aprender los primeros auxilios, moldear en barro... Las opciones parecían infinitas, sólo dependían de nuestra creatividad, talentos y compromiso. No teníamos grandes expectativas y estábamos abiertos a lo que sucediera.



Foto 8. Culminando el taller “Jugando con el barro” facilitado por Judy (Krystyna Paradowska, 2015).

Y en efecto, sorpresas había varias. La primera, a quince horas antes de comenzar, los primeros voluntarios pospusieron su participación. En la víspera del inicio de los talleres me sentí arrepentida de haberme enrollado en semejante aventura. Además de sacrificar mis vacaciones quedé abandonada a la incertidumbre, pues el éxito de este proyecto dependía de un tejido de hilos sueltos: la participación de los voluntarios y la concurrencia de los niños. Esa misma tarde, recorriendo con desesperación los caminos de Rancho Viejo para verificar si sería viable llevar “mis niños” con Salvador al día siguientes y de esta manera salvar el primer día, y al darme cuenta de lo descabellado de esta idea, ocurrió un milagro: aparecieron Pablo y Eli, vecinos antropólogos, quienes al escuchar nuestro pesar ofrecieron su apoyo desinteresadamente. Este encuentro de los voluntarios sustitutos fue la primera de las muy gratas sorpresas que nos dio esta aventura.

El compromiso y la calidad de actividades ofrecidas por todos los voluntarios y la creciente asistencia de niños y algunos adultos hicieron que al cabo de dos semanas, la idea inicial fuera rebasada por la realidad. De alguna manera contribuimos con un pequeño grano de arena a propiciar la comunicación, sentido de comunidad y de pertenencia a una microrregión-cuenca, cohesionando la comunidad en diferentes niveles: entre vecinos, entre familias, entre generaciones, entre foráneos y oriundos, y

entre varios pueblos al celebrar su encuentro el día de la clausura. Logramos establecer colaboraciones por el momento sólo coyunturales y promover acciones conjuntas con actores y organizaciones que comparten la perspectiva de Buen Vivir, como Sendas A.C. Me sentí contenta por encontrar aliados y esperanzada al expandir el horizonte. Creo que con todas nuestras actividades emitimos un mensaje claro a favor de una cultura del cuidado del otro y del ambiente, basada en la solidaridad y la reciprocidad. Tácitamente aspirábamos a que se formara una red de vecinos para el cuidado de los niños fuera de la escuela, como lo hicimos nosotros en estas dos semanas de julio, lo cual no sucedió en esta ocasión. Esta falta de respuesta nos deja la sensación de que la misión quedó inconclusa. No sabemos qué impacto tuvo este ejemplo en la comunidad y si tendrá seguidores. Esta experiencia también permitió abrir nuestro pequeño grupo y tratar de establecer vínculos con otros actores locales; así llegaron doña Delfina, Norma con sus hijos y don Tacho con sus hijas.



Foto 9. El cierre de los Talleres de Verano en Rancho Viejo
(Krystyna Paradowska, 2015).

Tanto Leti Bravo como yo desde hacía tiempo comentábamos la necesidad de experimentar la dimensión física y humana de la biorregión que habitamos, conocer los referentes espaciales de las personas conocedoras de estos rumbos como don Moi, don Goyo y Fortino, escuchar sus narra-

ciones sobre plantas, animales, cerros y ríos y recrear algo de la historia al cruzar este paisaje a pie con los vecinos. Para ambas el caminar es una necesidad natural, nos hace sentir libres y vivas. Personalmente solía frustrarme por las cercas y aparente escasez de veredas para poder disfrutar la libertad de una vida en el campo, sensación que extraño de mi tierra y comparto con don Moi, quien ya no puede caminar por las veredas con la misma libertad de antes. Desde hacía años sentía curiosidad por explorar este paisaje misterioso.

Sin embargo, el interés de algunas de nosotras (Leti, Guadalupe y mío) iba más allá de lo que podíamos compartir en estos momentos con nuestro grupo y tenía que ver con el deseo de salvaguardar los paisajes, recursos y servicios ambientales de la recién creada Área Natural Protegida que rodea la ciudad de Xalapa¹⁴. Las caminatas eran el pretexto para revalorar el significado de habitar dentro y alrededor de la ANP. Para los vecinos nacidos en la zona, quienes en su mayoría recibieron con desconfianza el decreto, el principal sentido de estas caminatas fue conocer, compartir y fortalecer la red de vecinos. En el primer recorrido, guiados por los más antiguos habitantes del lugar, don Moi y don Ángel, recorrimos el sendero que comenzaba en el puente de la Higuera para cruzar el río Pixquiac, subimos el Cerro de la Campana, pasamos por La Olla y la “Pared de Piedra” para finalmente llegar a la cuenca del Tixtla y comer en la casa de Leti. Comprobé que aún es posible caminar por horas sin encontrar cercas ni carreteras... que el mundo mágico de helechos arborescentes, majestuosas hayas y encinos envuelto en húmeda neblina sigue real, escondido entre los cerros encantados. En otra ocasión, en la caminata guiada por don Goyo al ojo de agua ubicado en su parcela,¹⁵ fue una oportunidad para conocer acontecimientos históricos y leyendas del lugar y recordar la problemática alrededor de este manantial que sigue sin encontrar una solución satisfactoria para las partes involucradas. Esta vez compartimos la comida en el campo.

14 El 5 de enero de 2015, por decreto del gobierno veracruzano, se creó un Área Natural Protegida (ANP) bajo la categoría de Corredor Biológico Multifuncional en siete fragmentos con valor ambiental, localizados en los municipios de Xalapa, Banderilla, Coatepec, Emiliano Zapata y Tlalnelhuayocan. Esta ANP lleva por nombre “Archipiélago de Bosques y Selvas de la Región Capital del Estado de Veracruz”. Asimismo, los vecinos y activistas ambientales conformaron la Red de Custodios del Archipiélago a favor de su conservación.

15 El ojo de agua, ubicado en el ejido de San Antonio en el municipio de Tlalnelhuayocan, es un manantial que recientemente pasó a la administración de CMAS de Coatepec y abastece a casi 800 hogares de este municipio.



Foto 10. *La caminata guiada por Don Moi*
(Krystyna Paradowska, 2015).

La etapa que nos cohesionó aún más se centró en la construcción de estufas mejoradas de leña con el ancestral sistema de “mano vuelta”. Para todos involucrarse en esta iniciativa implicó asumir el reto de empezar algo desconocido. Cuando nuestro capacitador invitado nos avisó que por motivos de salud no podía acompañarnos, una vez más tuve que sobreponerme a la decepción y tomar al toro por los cuernos, pues posponerlo hubiera sido equivalente a defraudar las expectativas y el entusiasmo de la gente. Decidimos convertir la crisis en oportunidad; nos preparamos con Juan y explicamos paso a paso, con ayuda de dibujos, el proceso de construcción y repartimos fotocopias con información básica. El resto fluyó gracias a la gran motivación, confianza y capacidades asombrosas y espontáneas de organizarse de acuerdo al principio de justicia y reciprocidad. En esta ocasión se mostró con gran nitidez la experiencia de la gente en trabajar juntos, la capacidad que tornó esta iniciativa una realidad.



Fotos 11 y 12. *Organizándonos y trabajando en la construcción de la primera estufa en casa de Doña Ángela y Doña Candelaria* (Krystyna Paradowska, 2015).

Para la primera sesión práctica de construcción de estufas y las que le siguieron –en casa de Ángela, doña Victoria, don Tacho, doña Josefina y doña Petra– nos guió Amparo. Su nombre correspondía perfectamente al papel que esta joven y aparentemente frágil mujer tomó en nuestro colectivo. Yo en todo este proceso sentí profundo agradecimiento con la presencia, confianza, entusiasmo y compromiso de todos, con los anfitriones por su desbordada hospitalidad, sorprendida con la forma de tomar decisiones en grupo y con una gran deuda con Amparo por su apoyo desinteresado. En fin, sentía complicitad del universo para que nuestras buenas intenciones salieran realmente bien, pese a las complicaciones iniciales. En este proceso de enseñanza y aprendizaje todos han sido maestros. Como la mayoría de los vecinos y vecinas, jamás imaginé que podría construir una estufa, pero juntos y de forma cotidiana estamos venciendo límites que nos imponemos o se nos imponen. Estas acciones nos han empoderado, fortaleciendo la fe en nosotros mismos y en el prójimo. Nos dio un enorme gusto cuando el proceso de la construcción de estufas se independizó de nosotros. Al menos dos estufas fueron construidas sin nuestra presencia, la de Noé y de doña Delfi.

Conforme avanzaba el año, sentíamos una gran satisfacción del camino recorrido en conjunto. En la reunión celebrada en casa de Noé dedicada a la recapitulación del proceso decidimos que ya era tiempo de descansar del “maratón de estufas” y pasar a actividades más relajadas y lúdicas. Nuestras últimas reuniones fueron dedicadas a ensayar el guión de la pastorela proporcionado por Leticia. Aunque en esta ocasión no la hemos presentado al público, nos hemos divertido mucho. Nuestros en-

cuentros se volvieron más informales y frecuentes. El proyecto se fundió con la vida misma, se penetró con la cotidianidad. ¿Se diluyó? Tal vez, pero cambió definitivamente el sabor de nuestras relaciones.



Foto 13. *La estufa terminada en casa de Doña Josefina y Doña Beta* (Teodora Landa, 2015).

Jugando y aprendiendo a la vera del río. Reflexiones sobre la relación entre el arte y el Buen Vivir

Salvador López Sánchez

Prefacio

“¡Mira qué lindos zapatitos! Y... ¡saz!, se los ponemos al inocente bebé.”¹⁶ Lo anterior viene a cuento porque en una ocasión, conversando acerca de la función de la educación por el arte, comentábamos la importancia que tiene en la escuela, y desde el jardín de niños, que el educador comience por devolver al niño la posibilidad de liberar sus pies; y así como sus pies también sus manos, oídos, ojos, en fin, sus sentidos, y junto con ellos la posibilidad de expresarse en medio de su mundo. Y es que desde que el ser humano es pequeñito los adultos nos empeñamos inconscientemente, y en ocasiones hasta con cariño, a atarlo de manos ante la vida que tiene por delante, provocándole así inseguridad, dependencia y, desgraciadamente, por consecuencia, temor ante la vida.

Entre las funciones máspreciadas de la educación está la de enseñar el camino hacia la felicidad, y ésta sólo se alcanza cuando el ser humano hace un buen uso de sus sentidos. Desde que somos bebés podemos diferenciar y manifestar, a través de nuestros sentidos, lo que nos gusta y lo que nos disgusta, y es así como podemos adentrarnos en el ejercicio del bien y el mal, relacionando lo que nos agrada con el bien y lo que nos enfada con el mal. De este ejercicio de nuestros sentidos nace la expresión, la comunicación, la sociabilización y el consecuente desarrollo de nuestra personalidad.

¿Cómo hacer para no coartar el desarrollo de los sentidos? Para empezar, debemos mantenerlos libres antes de obstaculizarlos, y después estimular su uso ejercitándolos por medio de juegos de expresión y experimentación. Actividades, que de sobra está decirlo, se dan de manera

¹⁶ López Sánchez, Salvador. *Educar por el arte: Realidad, mito y anhelo. Al recate del uso de los sentidos*, p. 35. Monografía presentada por el autor para obtener el grado de Licenciado en Educación Artística por la Universidad Veracruzana, 2002.

natural en todos los niños. La espontaneidad y la creatividad van de la mano y una buena orientación, con el apoyo de actividades artísticas, es indispensable para el desarrollo integral de la personalidad del niño. A través de la expresión libre y la atenta presencia del adulto se puede iniciar al niño en el goce y práctica de disciplinas artísticas, mismas que han nacido precisamente de expresiones emanadas del uso y goce de los sentidos.

La promoción de actividades artísticas en la escuela debe ocupar un lugar más preponderante para ocasionar así la posibilidad de que las y los niños se desarrollen emocionalmente, provocando el placer de no dejar nada apretado dentro de esos *lindos zapatitos*.

De cómo se originó nuestro curso de verano para niñas y niños

Este curso, compuesto de amenos y diversos talleres, surgió espontáneamente un día en que estábamos reunidos algunos amigos. Paseábamos y explorábamos a lo largo de senderos del bosque y sus ríos, concluyendo con una alegre comida en casa de don Moi y su familia, donde tuvimos oportunidad de compartir historias del lugar, anécdotas personales y las bondades del paisaje de la cuenca.

La cuenca del río Pixquiac está ubicada en el Bosque de Niebla, cuya cualidad más vital es la gran biodiversidad propia del bosque mesófilo de montaña. Es un lugar precioso bañado por gran cantidad de agua producida por lloraderos (brotes de agua), riachuelos intermitentes, arroyos y ríos que dan vida a una enorme variedad de hongos, flora y fauna que le dan sentido y belleza al paisaje que habitamos. Además de surtir más del cuarenta por ciento del agua potable que se consume en la ciudad de Xalapa.

En esta convivencia tuvimos la presencia de amigas y amigos de varias edades y de distintos lugares cercanos como San Antonio, Tixtla, Rancho Viejo y Xolostla, comunidades todas pertenecientes a los municipios de Tlalnahuacán y Coatepec de nuestro estado.

Luego del paseo departimos y compartimos los alimentos en la casa de don Moi, uno de los abuelos más sabios y queridos de nuestros rumbos, que nos platicaba sus recuerdos de estos lares. Estábamos muy a gusto enfrascados en pláticas de sobremesa (sin mesa, pues éramos aproximadamente veinte personas y quisimos comer en círculo, como si estuviéramos alrededor de una hoguera) cuando de repente comenzó un aguacero que no nos permitía escuchar la plática. Yo llevaba en mi morral

algunos materiales y herramientas que sirvieron para entretener a la gente menuda en lo que pasaba el ruido de la tormenta. Repartí tijeras y papeles de colores a los niños presentes y casi a puras señas nos comunicamos, pues el ruido me obligó a expresarme por medio de gestos. Así, por imitación, siguieron mis pasos: doblar, marcar y cortar para conseguir formas caladas de corazón, lenguas, espirales, etc. Hicimos papeles picados de servilletas, flores y origami. Cuál sería nuestra sorpresa cuando, luego de un rato, ya también los adultos estaban cortando y doblando papel, siguiendo las instrucciones de uno de los niños que ya sabía crear figuritas y que los instruyó para hacerlas. Cuando amainó la lluvia y ya podíamos escucharnos mejor, alguno de los adultos sugirió que repitiéramos esta actividad en talleres, organizados en las diferentes comunidades a las que pertenecemos. Como se aproximaba la época de vacaciones, se me ocurrió invitarlos a que llevaran a sus niñas y niños a los talleres de verano que organizamos año con año en la Casa Comunitaria de la Cuenca del río Pixquiac (CCCP), en Rancho Viejo. La CCCP es la sede de la asociación SENDAS A.C. (Senderos y Encuentros para un Desarrollo Autónomo y Sustentable, Asociación Civil). La Casa Comunitaria es parte de una de las líneas de trabajo de SENDAS; está destinada a actividades educativas y capacitación para el trabajo al servicio de la comunidad, haciendo énfasis en la atención a jóvenes de la región.

Entonces todos comenzaron a aportar ideas: ya de un taller de primeros auxilios, ya de la importancia de rescatar la siembra de la milpa, otro taller de barro y quema para cerámica, de hortaliza y, por supuesto, de origami; además de rondas, juegos, teatro y otras buenas ocurrencias. Todo esto con la intención de promover y conocer más nuestra zona (que por cierto recientemente se decretó como Área Natural Protegida) y de que nos conociéramos más para juntos hacer algo por nuestro bosque y sus ríos.

Así fue que, junto con vecinos, amigos de la región y del Centro de Eco-alfabetización y Diálogo de Saberes de la Universidad Veracruzana (UV), nos comprometimos a echar a andar esa naciente idea de hacer talleres de verano dirigidos a niñas y niños de comunidades vecinas y poner en práctica nuestra ilusión con buenas y constructivas ideas. Entre otras, la de hacer énfasis en nuestra idea de compartir como principio el Buen Vivir.

Mi principal motivación en esos momentos era jugar, siguiendo mi vocación y conforme a mi creatividad y experiencia docente, en un proyecto de Educación por el Arte, en el que tengo depositada toda mi fe y

que considero la esencia del arte de enseñar que conocemos como didáctica. Antes de continuar quiero aclarar que no es lo mismo Educación Artística que Educación por el Arte, ya que la primera hace referencia a educar en alguna o varias disciplinas artísticas, y en cambio la segunda emplea el Arte como recurso para enseñar y educar en cualquier ámbito de formación, que es por cierto lo que más me gusta hacer.

Y así fue que, jugando, jugando con las y los compañeros en aquella comida, prolongada por la tormenta, acordamos diseñar nuestro Curso de Verano. No curso en un concepto tradicional como algo vertical que va del adulto al niño; la idea que quise transmitir es la de Curso-Taller, que tiene como cualidad ser horizontal y más participativo, provocando que sean las niñas y niños quienes pregunten, cuestionen, expresen, propongan, resuelvan y muestren sus hallazgos, mismos que son a menudo tan importantes y gozosos que no les caben en el pecho y los comparten espontáneamente. Como si fuera poco, el proceso de un taller es enteramente recíproco y divertido. Sin duda alguna nos dejará a los participantes muchos aprendizajes significativos.

Vida-juego-trabajo

Decidimos hacer dos talleres en comunidades vecinas y comenzamos a tener ideas de intercambio, integración y convivencia entre los participantes. Las sedes serían la Casa Comunitaria en Rancho Viejo y el salón de usos múltiples en San Antonio, ambas en el municipio de Tlalnelhuayocan. A ellas acudirían también vecinos de las comunidades aledañas, que serían invitadas a los Talleres de Verano. Fue entonces que surgió la idea de incluir las visitas recíprocas con caminata de una a otra sede para que, además de participar en actividades de taller, jugar y aprender, disfrutáramos de las maravillas que nos ofrece la naturaleza y que a veces, por prisa o mala costumbre, ni volteamos a ver.

Entre los organizadores acordamos la fecha para hacer una caminata de exploración entre las dos comunidades que, de resultar apropiada, se pudiera replicar programando las visitas recíprocas entre las comunidades. Intentamos encontrar parajes con características originales pensando en divertir a los futuros participantes y buscar la manera de provocar asombro y gozo con pleno uso de los sentidos. Además pretendíamos que, al llegar a la sede vecina, pudieran conocer a otras personas y reali-

zar nuevas actividades que, junto con la excursión, seguramente ocasionarían gratas sorpresas, así como nuevos y provechosos aprendizajes.

Llegó el día deseado y emprendimos la caminata desde la Casa Comunitaria donde comenzamos a tomar el tiempo. Anduvimos por la carretera hasta llegar a Mesa de Gómez. Ahí nos adentramos en el bosque para conocer las veredas que, además de ser interesantes y atractivas, nos servirían de tránsito entre las dos sedes sin peligro para nuestros niños.

Seguimos caminando. A ratos hacíamos un alto y contemplábamos a nuestro alrededor para tener una idea aproximada del grado de dificultad que tendría la caminata, considerando que la edad de los futuros participantes oscila entre los seis y doce años. Calculamos el tiempo, la distancia y los posibles tropiezos que tendría nuestra aventura de efectuar visitas recíprocas.

El paseo resultó muy grato pues íbamos jugando, trabajando y viviendo la experiencia no como adultos, sino como niños. Al menos yo me vi jugando a "*dizque yo era...*". Sí, de la manera en que juegan los niños, un juego de ficción y fantasía. Comenzábamos a planear actividades creativas y divertidas. Hicimos paradas en lugares atractivos: riachuelos, pasajes enredados, árboles sagrados, sitios arqueológicos. Fue tanto tiempo y tan divertido que de plano no pasó de ser una ilusión a la cual no le veíamos una realización muy factible y responsable... Nos salió lo adulto y la responsabilidad de acompañar a un montón de niños a lo largo de una ruta que duraría más de una hora de ida y por lo menos otra de regreso. Era una ilusión que no echaré en saco roto y que seguro llevaremos a cabo en futuras oportunidades, con mejores condiciones de tiempo y seguridad.

Comenzamos la planeación formal. Lo más importante era saber con quiénes contábamos y con qué materiales, para tener la certeza de llevar a buen fin nuestro proyecto. Propuse que en los talleres se integraran en una sola idea los conceptos de *vida-juego-trabajo*, para aprender compartiendo de manera sana y divertida.

Más tarde hicimos algunas consideraciones respecto al cobro para recuperación de gastos. Se expresaron opiniones e incluso algunos de los organizadores estaban dispuestos a poner dinero de sus bolsillos, aunque hubo algunos peros: "cuando no nos cuesta dinero, ni por lo menos un leve esfuerzo, luego no valoramos ni apreciamos lo que se nos ofrece". Fue entonces que surgió la magnífica idea de solicitar cooperación volun-

taria en dinero y/o en especie: “se puede cooperar con manojos de quelites, uno o dos huevos, un elotito...”. Y de este modo lo puse en el volante de propaganda. El pago en especie es algo así como recurrir al trueque, sin menospreciar, por supuesto, a quienes les fuera posible una cooperación monetaria. En la práctica esta opción fue muy gratificante pues la cooperación voluntaria se convertía en una expresión de afecto a través de lo que compartíamos, tanto el alimento como el intercambio de experiencias y saberes; ofrecían lo mismo sus quesadillas que sus anécdotas y hallazgos en otros ámbitos como su casa, su escuela y otras vivencias.

En la sede de San Antonio tuvimos la fortuna de contar con el local de la Agencia Municipal, así como con un espacio en el rancho Potrero del Burro, de Judy Shirley, donde se encuentra su taller de cerámica.

Se elaboró una encuesta que, acompañada de la hoja de inscripción, sirvió para que los padres de familia manifestaran sus expectativas acerca del curso. La sede en Rancho Viejo la coordiné yo y lo primero que hice fue diseñar los volantes para difundir el Curso de Verano en ambas sedes. Nos dimos a la tarea de completar la lista de colaboradores que facilitarían las actividades de nuestro Curso-taller y, una vez completado el equipo, redactamos el plan de actividades y programamos los horarios para las participaciones de nuestros facilitadores. Nuestra fecha de inicio: 20 de julio de 2015.

Cuadro de facilitadores

<i>Nombre</i>	<i>Tarea</i>
Elizabeth Peralta	<i>Conoce nuestras siembras</i>
Filiberto Moncayo	<i>Primeros auxilios</i>
Flor Silvestre Villa	<i>Primeros auxilios</i>
Jessica Martínez	<i>Ejercicio y nutrición</i>
Juan José Villalobos	<i>Acompañante y auxiliar</i>
Judy Shirley	<i>Modelado y quema de obras en cerámica</i>
Leticia Bravo	<i>Planeación y auxiliar</i>
Leticia Valenzuela	<i>Rondas y juegos tradicionales</i>
María Luisa León	<i>Sembrar para compartir</i>

Nayelli Nava	<i>Elaboración de máscaras: Mi nahual y yo</i>
Pablo Valderrama	<i>La importancia de la milpa</i>
Salvador López	<i>Re-Creación y coordinador en R. Viejo</i>
Silvino Espinosa	<i>Sembrar para compartir</i>
Teodora Landa	<i>Planeación y auxiliar</i>
Krystyna Paradowska	<i>Coordinadora en San Antonio</i>

Maestros de la situación

Desde el principio tuvimos que hacer frente a ciertos imponderables y algunas actividades programadas tuvieron que suspenderse. Y es que “Cuando el hombre propone, dios dispone, viene el diablo y todo lo descompone”. Resulta que el día anterior a la tan esperada iniciación del Curso de Verano nos encontramos con la situación de que sería imposible contar con la presencia del facilitador original de una de las sedes pues le había surgido un impedimento... Bárbara y Juan buscaban una solución e iban caminando y pensando qué hacer para solucionar el problema e iniciar el Curso de Verano en San Antonio... En su andar la fortuna hizo que se encontraran con Eli Peralta y Pablo Valderrama, quienes propusieron hacer una actividad referente a la importancia de cultivar la milpa en las comunidades.

Como el principal objetivo de nuestro curso es el de conocer la naturaleza para quererla, respetarla y expresarle nuestra gratitud con obras, nos vino de maravilla la propuesta y solución de Eli y Pablo. Así comenzaron los talleres, echando a andar a nuestros “maestros de la situación”.¹⁷

A lo largo de las dos semanas que duraron los talleres me di cuenta de que casi todo lo planeado tuvo algunos imponderables que trastocaron el plan “A”. A menudo el tiempo se nos hacía demasiado largo o demasiado corto, pero se intentó darle un lugar prioritario a las actividades que tuvieron mayor aceptación en el grupo de cada sede. Tampoco faltaron inesperadas e intensas vivencias y anécdotas que les han sucedido a los niños, que nos las comparten y por su importancia se suman a nuestras actividades, pues son oportunas para mejorar lo planeado.

¹⁷ Ser maestro de la situación requiere, además de experiencia, un conocimiento de los objetivos planteados en el curso pues su condición es ser creativo y pertinente para hacer de la ocasión una oportunidad para dar lugar al aprendizaje significativo.

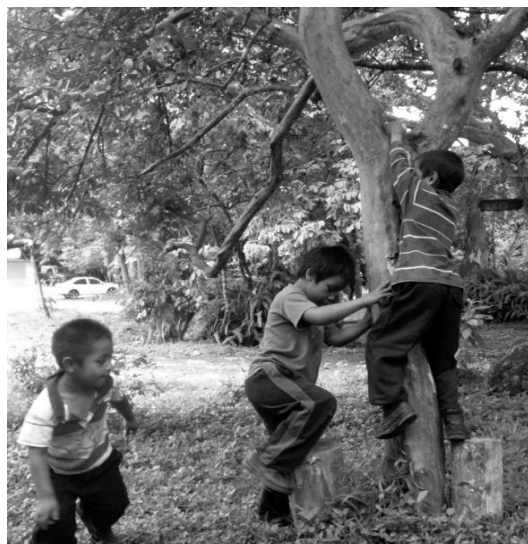


Foto 14. *Talleres de verano en Rancho Viejo, 2015* (Salvador López, 2015).

Un ejemplo derivado de una situación emergente (no programada) y que sirvió para que los niños tuvieran un aprendizaje significativo, más allá de nuestro plan: el primer día, durante el receso para almorzar, Genaro no llevaba bastimento, no se atrevió a pedir nada y se arrinconó medio agachado. Yo lo estaba observando cuando Zaida, la más chiquita de nuestras compañeritas, le ofreció un pambazo pues llevaba muchos para convidar. Él se puso feliz y en un ratito todos se habían repartido alimentos, golosinas y bebidas, de tal suerte que todos comimos y bebimos así nomás, repartiendo, departiendo y riendo. Al segundo día Genaro llegó tarde pero muy contento de volver al Curso. Nos interrumpió preguntando con mucha insistencia que si ya almorzábamos. Yo pensé: Genaro llegó tarde y ni siquiera tuvo tiempo de desayunar. Tuvimos que modificar el plan de trabajo de ese día y adelantar la hora del almuerzo. El primero en sacar sus quesadillas fue Genaro. Trajo como quince para dar y regalar, estaba feliz de compartir, como feliz había estado el día anterior cuando con toda naturalidad se le había convidado un almuerzo completo y muy sabroso. Aprendimos, fuera de horario y de programa, el valor de la generosidad y la reciprocidad.

Las oportunidades brincan en el momento preciso como si fuera un plan “B” que estuviera escondido. Es recomendable estar atento y echar

mano de la improvisación para aprovechar lo que nos brindan estas situaciones.

Otro ejemplo: también el primer día, después de la bienvenida y la presentación de facilitadores y ya avanzada la primera sesión, vemos aparecer a Lety Bravo, otra de las compañeras que participó en la planeación de nuestro Curso, y sus dos invitados. Venían exhaustos, pues llegaban a pie desde Tixtla por un camino que no conocían y que resultó aventurado pero larguísimo. Nosotros interrumpimos la labor que nos ocupaba y les dimos la bienvenida. Descansaron y nos platicaron su *vía crucis*, que afortunadamente no terminó en crucifixión, pues vivieron una experiencia que pasó por varios estados de ánimo derivados de los obstáculos que fueron superando con paciencia y perseverancia. Su relato provocó un gran gozo para los que les escuchamos. Aprendimos que de los tropiezos y sus soluciones pueden resultar nuevas acciones para nuevas aventuras.



Foto 15. Talleres de verano en Rancho Viejo, 2015 (Salvador López, 2015).

Así como en los tres ejemplos anteriores, nos vimos a cada instante en la necesidad de recurrir a la imaginación y a la creatividad para resolver pequeñas crisis derivadas de cada situación emergente, dando origen a algunas actividades que seguro repetiremos, o al menos programaremos para futuras ocasiones, tales como adentrarnos por las veredas, gozar de los elementos como el agua, el viento, la tierra, el lodo, el calor, el frío y desarrollar nuestros órganos de los sentidos; jugar a que nos perdiáramos,

sentir confianza, sentir compañía, sentir más allá de los sentidos; bañarnos en el río, tocarlo, verlo y luego cerrar los ojos para percibir aromas y escuchar con atención; echar a andar a “la loca de la casa” (la imaginación). Inventar juegos, compartir sin competir; emplear cuerdas, materiales de reuso, hacer gimnasia artística improvisada con listones de papel, jugar al teatro, inventar y contar cuentos, probar a hacer ruiditos casi musicales. Nuestras manos tienen su propia sabiduría, veamos qué se les ocurre realizar con papel, barro, plastilina, collages y pegotes; y así hasta el infinito... hasta llegar al montaje de la exposición para mostrar los trabajos en el esperado encuentro de la fiesta de fin de curso.

Para el último día nos reunimos todos en la Casa Comunitaria de la Cuenca del río Pixquiac, en Rancho Viejo, donde recibimos con ansias y mucho gusto a nuestros amigos de las comunidades participantes, quienes venían caminando desde San Antonio. La fiesta que ocasionó el encuentro de los grupos de las dos sedes vecinas, el último día, fue memorable por su alegre convivencia.



Foto 16. *Talleres de verano, Rancho Viejo* (Salvador López, 2015).

Colofón

A manera de *pilón* una anécdota de cuando yo era niño:

Receta: Que corra y que le pegue el sol.¹⁸ *De la importancia que tienen el sol, el aire, el agua y la tierra en la vida y formación del ser humano*

¿La educación elemental es aquella que enseña sobre los elementos? Sería una lógica pregunta de un niño que en la escuela acaba de aprender que los cuatro elementos son el fuego, el agua, la tierra y el aire. Y no estaría tan lejos de hacer una pregunta razonable si sumamos a su aprendizaje lo que le sucedió el día, extraño, en que lo llevaron al primer examen médico que recuerda. Ese día, después de auscultaciones y preguntas de rigor, el médico dijo a la madre del niño que la receta para su hijo era correr y que le pegara el sol; cosa que por cierto era lo que hacía todos los días. Por supuesto que el niño no podía creer que el doctor le diera como receta ¡tremendo recreo! Y que además lo hubiera dicho con tan absoluta seriedad, como si fuera una medicina y que su madre lo creyera. ¡Pues sí! Sí era una medicina y nada novedosa.

El contacto espontáneo con los cuatro elementos es algo común desde antes que el ser humano fuera ese animal racional que ahora conocemos. Que por cierto, cada vez es menos animal y pretenciosamente más racional, pero esto es *harina de otro costal*. El caso, por ahora, es imaginar al ser de mucho antes de la historia, el que por algo más que instinto empieza a transformar su relación con el entorno. Ese poco más que instinto animal es lo que lo hace evolucionar por medio de pequeñas experiencias de aprendizaje, ocasionadas, a su vez, por el contacto que tiene con los elementos y la transformación que de estos hace para su confort y evolución.

El punto es que si damos oportunidad al niño de establecer un contacto, espontáneo y natural, entre sus sentidos y los cuatro elementos, además de darle oportunidad de sufrir y gozar sus propias experiencias, le estaremos dando las primeras herramientas para iniciar un aprendizaje que lo prepare para la vida, su vida. Una vida sana.

Del buen uso que haga el niño de sus sentidos y su relación con los elementos derivarán, con la ayuda facilitadora del adulto, la serie de expe-

18 López Sánchez, Salvador. "Receta", en *Educación por el arte: Realidad, mito y anhelo*, p.6. Monografía presentada por el autor para obtener el grado de Licenciado en Educación Artística por la Universidad Veracruzana, 2002.

riencias educativas que puedan ocasionar pasos importantes en la consecución de un buen vivir, tanto en su relación con la naturaleza, como en su expresión y comunicación con los demás. Y es esta la razón por la cual me atrevo a pregonar, como ese niño, que la educación elemental es la elemental y no como muchos piensan: la instrucción elemental básica que es escolarizada y ni es buena educación.

Aprendizajes y aterrizajes

Procuré en nuestros Talleres de Verano hacer énfasis en la posibilidad de cultivar el arte con la misma humildad, belleza y naturalidad con que se cultiva la tierra. Brindé especial importancia al desarrollo de la personalidad de los participantes como un objetivo fundamental ya que en nuestro tiempo, desgraciadamente, es un asunto descuidado en el ámbito de la instrucción pública, “gratuita” y obligatoria.

Otro aspecto que subrayé durante el Curso-Taller fue el respeto por la naturaleza de la cual formamos una parte muy pequeñita y, no obstante, con un monstruoso poder de destrucción e inconsciente autodestrucción.

Realizamos actividades de creación, recreación y convivencia con el objetivo de fortalecer la vocación de solidaridad y sentido común que nos lleve a gozar de una vida comunitaria más amable, respetuosa y civilizada: el Buen Vivir. Persiguiendo, por último, el Buen Vivir que, en mi opinión, debe su importancia a que la vida es mejor en una comunidad crítica, propositiva, que respete la vida y los principios naturales que la rigen dando origen a una nueva y mejor vida. Deseando encontrar la puerta que hay que abrir para seguir el camino de la creatividad productiva y constructiva y que se llama *Educación por el Arte* para que, una vez abierta, la atravesemos en comunidad y con singular alegría, para que juntos resolvamos y superemos las adversidades heredadas confirmando que, con la naturaleza, cobijamos nuestras vidas y la prolongación de la existencia.

Ahora caigo en la cuenta de una coincidencia simpática y de lo más común: *el Buen Vivir* es una aspiración natural de toda persona. Sólo que en nuestro tiempo se extravía el más común de los sentidos: *el Sentido Común*. Ahora, en nuestra sociedad, lo más común es “la buena vida”, la que se compra con dinero y que está más relacionada con valores mercantiles que con los grandes y enaltecidos valores del ser humano. Con este cur-

so de verano quise compartir algunas de mis experiencias y, junto con los demás facilitadores, reafirmar ideas y deseos de buena voluntad. Valoré la importancia de educar por medio del reconocimiento y gozo del tacto, el olfato, la vista, el oído y el gusto y hacer un buen uso de éstos, e incluso expresar y reconocer las sensaciones percibidas. Entender, entonces, que el arte nace de formas de expresión que van de la mano con el desarrollo de los sentidos y el buen uso que hagamos de ellos: la importancia de expresarse por medio del sonido, el movimiento, el gesto, el color, la forma, el ritmo, el tiempo, la luz y el espacio. Todas estas sensaciones y elementos son fundamentales para estructurar nuevos lenguajes que sirven a la creación, comunicación y expresión. Son la posibilidad de generar la comunicación humana profunda, emanada de nuestra condición natural de creadores y artistas. Constantemente sentí que iniciaba a los niños y niñas en el mundo de la creación de lenguajes, de la expresión a través del arte y del compromiso de atender al otro, a la naturaleza y a nuestra relación y convivencia natural: Vocación por el Buen Vivir que, para mí, es hacer de la existencia una obra de arte.

Aprendizajes y Naturaleza o Naturaleza del aprendizaje

Aprender con naturalidad es posible
si acompañamos y promovemos
el autoaprendizaje je je jé
con responsabilidad,
preocupación
y alegría.

(SLS)

◦

Deambulando entre el pasado y el presente. Paisaje, arqueología y memoria en Xolostla

*Arturo Richard
Krystyna Paradowska*

A manera de introducción

Partiendo de nuestras trincheras disciplinarias e intereses personales que giran en torno a la arqueología, la memoria y el paisaje,¹⁹ con este escrito intentamos aportar a la resignificación del pasado remoto y reciente del lugar conocido como Xolostla para ayudar a reconectar la población actual con su patrimonio arqueológico y biocultural, desde una ética del cuidado y la responsabilidad que implica ser herederos y custodios de este territorio en la actualidad.

El pretexto para la reflexión que aquí compartimos fue un taller de códices prehispánicos realizado en junio de 2016 en la escuela primaria de Xolostla,²⁰ varios recorridos por el lugar y conversaciones con los vecinos nativos de este poblado. En la narrativa se mezclan diversas voces y tiempos, algunos datos arqueológicos, pasajes de la historia oral y, por qué no, la imaginación de los autores. La naturaleza y la espiritualidad, la historia y la vida actual de los habitantes de Xolostla se entrelazan en este paisaje, imprimiendo huellas. Éstas en su mayoría serán borradas por el tiempo y por las generaciones subsiguientes que a la vez imprimirán sus propias huellas, en un constante proceso de creación, destrucción y recreación. La faz de esta “tierra arrugada” se reconfigura constantemente a manera de efímeros diseños en el caleidoscopio, donde los elementos se reubican creando nuevos conjuntos de milpas, potreros, bosques, atravesados por ríos y caminos y salpicados de congregaciones humanas. Hay unos pocos con fuerte carga simbólica que se resisten al tiempo y al cambio profundo de significado, conectando el nivel terrenal con otras dimensiones. Sin

19 Para acercarse a la comprensión del paisaje implícito en este trabajo, véase K. Paradowska *et al.*, *¿En qué pensamos cuando hablamos del paisaje?*, Iberofórum, 2011: 6(12).

20 Encontramos dos maneras de escribir el nombre de la localidad: Xolostla y Xoloxtla. Las utilizamos de manera indistinta dentro del texto.

embargo, ¿qué pasará si faltaran estas piezas centrales, si se añaden otras o si el frágil artilugio que las une se rompe?

El primer acercamiento a la “tierra arrugada”

Xoloxtle, según algunos autores, significa, por sus raíces nahuas, “lugar de tierra arrugada”, esto debido a la orografía accidentada del lugar. En esta pequeña localidad, hoy unida a la ciudad de Xalapa, aún se pueden contemplar paisajes de gran belleza, lomas verdes que se interponen unas sobre otras creando un sinfín de matices; flora y fauna enlazadas al viento, a la tierra, a las corrientes de agua, todo en una frágil armonía. Entre los manchones de bosque de encino y liquidambar, arroyos que fluyen libremente por las hondonadas y verdes potreros, hay gente que habita estos rincones fértiles, gente que trabaja la tierra y convive en comunidad, que mantiene sus tradiciones y formas de organizarse para honrar a su santo patrón y procurar el bien común, gente que defiende su estilo de vida campirano y su identidad.

En el corazón de este lugar se levantan viejos montículos a los que la vegetación quiere proteger con su verde vestimenta, sin embargo, van cayendo uno tras otro ante la avanzada de la población. Estos montículos dan fe de civilizaciones ancestrales que escogieron estos terrenos para asentarse desde el siglo IV antes de nuestra era, civilizaciones conocedoras de las bondades de la tierra y las maravillas del ambiente que los rodeaba.²¹ Habitantes que vivían en relación directa con el entorno, que elevaron templos para honrar a sus dioses creadores, a sus dioses guías, a sus dioses protectores. Espacios sagrados en los que se ofrecían dones y sacrificios donde la sangre, líquido vital y precioso, era entregada a esas deidades como muestra de gratitud y humildad.

En la actualidad el lugar ha cambiado desde aquellos tiempos remotos. La gente tiene otra mirada de la vida y de cómo vivirla, algunas necesidades son diferentes. Los antiguos santuarios fueron sustituidos por templos de otros dioses y aquellos perdieron su lugar como centro de culto. Los lugares antaño sagrados hoy se mezclan con nuevos significados, con nuevas visiones de una espiritualidad trasformada.

21 Datos arqueológicos tomados de: Ceja Albanés, María del Ángel, *Análisis cerámico del sitio arqueológico Xoloxtle, municipio de Xalapa, Ver.*, tesis, Universidad Veracruzana, 2010.

Transitando entre el pasado y el presente, los actuales habitantes de Xolostla ¿se encuentran acaso preparados para manejar los desafíos que trae la proximidad de la ciudad que se encuentra en una fase agresiva de su expansión desordenada? ¿Está el poblado suficientemente resiliente para defender su autonomía y sus particularidades ante la avanzada de la globalización hegemónica que impulsa un estilo de vida consumista, des-territorializado, indiferente al bien común, divorciado de la historia y definitivamente insustentable? Desde el amor por esta tierra y la admiración por su gente y su pasado, nos preguntamos: ¿Qué podría motivarlos para resistir y no perder la dicha de ser protagonistas de sus propias vidas y creadores de su destino? Coincidimos en que conocer mejor su rico pasado añadiría fuerza a sus vidas y alumbraría los caminos a seguir.

Un arqueólogo sembrando semillas en la conciencia de los niños

Llegué a esta pequeña comunidad como respuesta a una invitación para impartir talleres de revitalización de historias antiguas ligándolas a nuestra vida actual, en donde uso como herramienta el formato de códice prehispánico. Además de jugar con los niños, es un intento de fortalecer su sentido de pertenencia a una cultura milenaria. Se promueve el interés por el pasado remoto y reciente de este territorio, confiando en que algún día estos niños y niñas serán custodios de dicho patrimonio. Este taller lo ofrecí en la escuela primaria Niños Héroe de Chapultepec de la localidad ante niños de tercero a sexto grado, provenientes principalmente de la cercana colonia Olmeca y de Xolostla.

Para llegar a esta localidad, salgo muy temprano desde una parte de Xalapa impregnada de motores, de humos, del ruido ensordecedor, de caos. Los caminos teñidos de gente y máquinas se quiebran por calles tumultuosas y se abren paso entre las amontonadas viviendas hasta llegar a un camino tranquilo que poco a poco se libera de la urbanidad. El paisaje cambia; el gris va quedando sin fuerza, el verde se desborda, el bullicio da paso al silencio, el desenfreno a la quietud. La orografía comienza a arrugarse en los lomeríos, la humedad abriga los campos. Una que otra vivienda, ora humilde, ora ostentosa, salpican el camino de colores artificiales, hasta llegar a la congregación.



Foto 17. Vista desde el sitio arqueológico de Xolostla (Krystyna Paradowska, 2016).

La escuela es pequeña, aunque en buen estado, bastante cómoda y con una vista del entorno verdaderamente sobrecogedora. Desde el patio se pueden ver dos ancianos encinos con sus vestidos de heno, un valle verde y los cerros uno tras de otro cual olas de un mar reverdecido rematando con el Cofre de Perote a la distancia. Los niños que ahí reciben su instrucción escolar son pocos; las maestras y la directora, amables. Me asignaron un saloncito y a él llegaron cerca de treinta niños, población total de tercero, cuarto, quinto y sexto grados. Me presenté, se presentaron y comenzamos las actividades.

El taller se divide en tres etapas. En la primera platicamos sobre los mitos de creación de algunas culturas, en la que los niños tienen que inventar su propio cuento de cómo se formó el mundo y cómo fue que surgió el ser humano; en la segunda nos internamos en el mundo de las leyendas y los mitos en torno a nuestras comunidades, en donde los niños investigan sobre estos relatos con sus mayores; en la tercera etapa hacemos un recorrido por la historia de nuestra vida. Al final, estos tres momentos los plasamos con dibujos en una tira de papel a manera de códice prehispánico. Termina el taller al socializar cada quien su códice personal.

Esta herramienta de los códices, que por una parte rescata saberes ancestrales hacia formas de escritura de nuestros antepasados mesoamericanos, es una manera de revitalizar la memoria histórica de las comunidades, de hacer presente la vida de nuestra comunidad, recordar

su origen, acercar a las personas que forjaron la historia del lugar, unir nuestras historias a las historias de antaño, revivir en cada uno el sentido de contribución y pertenencia social. Una alumna investigó, escribió y compartió la historia de su comunidad de esta forma:

Mi abuelito me contó la historia de mi comunidad: cuando él llegó a vivir a la colonia Olmeca, sólo había tres casas, no había carreteras, su familia llegaba de los Tuxtlas y al hacer el camino para la colonia se encontraron con material arqueológico parecido a los de la cultura de su antiguo lugar, por eso le pusieron a la colonia así. Todo era monte y había muchos árboles de huisache, no había luz ni agua y las personas tenían que ir a traer agua para cualquier cosa que necesitaban y también iban a traer leña y las casas eran de lámina, de cartón y de barro y se alumbraban con quinqué de petróleo.

Hubo trabajos de todo tipo. En algunos de ellos los chicos expresaban de manera muy interesante y creativa momentos importantes de su comunidad y de su vida. Cuando compartían estas historias con sus compañeros, sus caras reflejaban la seguridad y el orgullo de ser quienes son y de donde son.



Foto 18. Taller de Códices con Arturo, en la escuela primaria de Xolostla (Krystyna Paradowska, 2016).

Entre los juegos y actividades del taller hubo uno en donde los niños tenían que armar, a manera de una página de códice, un cuento de creación del mundo con glifos que previamente les repartí, actividad que los

divirtió mientras les introducía el conocimiento de los códices prehispánicos. Otra actividad fue un intento de representación teatral en donde los niños y niñas interpretaron a varios personajes: un rey, una reina, alfareras, cazadores, campesinos, guerreros y guerreras, un músico y la gente del pueblo; la historia se desarrollaba en tiempos de los antiguos habitantes de ese lugar y dice así:

Después de que se creó el mundo y las personas, algunas de ellas se reunieron en un lugar donde había muchos lomeríos fundando aldeas. Este lugar se llenó de habitantes y productos de la tierra: maíz, calabaza, frijol y chile se sembraban por todos lados. Ese lugar tenía muchos montes y valles, así que le pusieron Xoloxtle, que quiere decir: lugar de la tierra arrugada. Esta gente prosperaba en habilidades y oficios, en sabiduría y conocimientos. Crearon metates, vasijas y cajetes con gran técnica y belleza para ayudarse en sus tareas agrícolas y ceremoniales.

Daban gracias a sus dioses ofrendándoles lo más bello de sus cosechas. Así que construyeron en medio de su poblado un centro ceremonial con grandes y bellas pirámides para honrar a estas divinidades que los cuidaban y mantenían. Su comunidad creció y se diversificó. Había campesinos, cazadores, alfareras, un rey y una reina.

Todo era armonía hasta un extraño día en el que se comenzaron a juntar negros nubarrones por el occidente. El aire se tornó enrarecido, un frío estremecedor heló los corazones de la gente. Los animales corrieron a sus cuevas y madrigueras, todos en silencio. Entonces a lo lejos se comenzó a oír el macabro rugir de unos tambores. Sonido con presagio de muerte.

La gente se alarmó, pero nunca se acobardó. Las mujeres corrieron a proteger a sus hijos. Y todos llamaron a los guerreros para defender el pueblo.

El rey salió ante su gente y así habló:

“Somos gente de paz, trabajadores, leales con la tierra, merecedores de sus frutos, vivimos como un canto en la tierra junto al tambor de rayos dorados. Honramos a nuestros ancestros. Nadie tiene derecho de venir a perturbar nuestra paz”.

Cuando llegaron los guerreros invasores, la reina mandó a un guerrero como emisario, quien levantó una bandera blanca y habló de esta forma:

“En esta tierra hemos construido un rostro y un corazón. Para crear nuestro rostro vivimos en paz entre la gente, con respeto y tolerancia, reflejando en

este rostro la amabilidad. Entregamos todo nuestro corazón en procurar el bienestar, en no desviar el pie del recto camino. Somos vigilantes y tenemos virtud. No vamos a dobligar nuestra alma a ningún señorío extranjero”.

El jefe de las tropas invasoras se maravilló ante la valentía y determinación de estos habitantes de Xoloxla. Sintió en su corazón gran respeto por esa gente y por todo el pueblo, caminó hacia el guerrero que protegía a la gente y así dijo:

“Tú, humilde guerrero de gran espíritu, siempre te verán tus amigos con orgullo, como reluciente turquesa. Cuando regreses ante ellos tu palabra entregarás. De nuevo florecerás en aquella tierra. Vivirás junto al tambor sonoro. Dejaremos a tu pueblo libre por la fuerza de tu corazón”.

Los invasores regresaron por los mismos caminos por donde habían llegado, al mismo tiempo que el rey anunciaba la noticia a su pueblo:

“Sigamos buscando la virtud, con ella viviremos en esta tierra, entre la gente. Tendremos sabiduría en cada cosa. Seamos vigilantes. Seamos prudentes. Escuchemos consejos. Hablemos con calma”.

Así vivieron durante muchos años estos pobladores siendo un pueblo libre. En el corazón de la gente de esta comunidad sonaban estas palabras:

“¿Quién gobierna sobre la tierra? ¿El Sol o la Luna? ¿Las Águilas o los Jaguares? El padre Sol y la madre Luna dan de comer al cielo. Reconocemos la virtud de nuestros hombres, la fuerza de nuestras mujeres, en ellos está la valentía del águila, la valentía del jaguar. La Luna y el Sol son padre y madre del jaguar y del águila. Por eso la tierra es libre. Por eso nuestra gente es libre y así viviremos siempre con nuestras tradiciones y leyendas.”²²

La última actividad planeada era hacer un recorrido por los lugares del sitio arqueológico de Xoloxla, el cual está a unos pasos de la escuela, actividad que no se pudo llevar a cabo por cuestiones de logística. Sin embargo, a continuación recreamos este recorrido por los montículos, evocando el pasado y ayudándonos con datos recopilados por arqueólogos y nuestra imaginación.²³

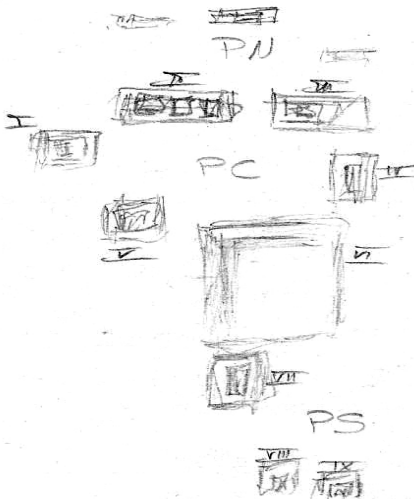
22 Algunos fragmentos inspirados en textos del Códice Florentino de Fray Bernardino de Sahagún y cantos mexicas y texcocanos.

23 El recorrido con los niños, las maestras y padres de familia por el sitio arqueológico se realizó finalmente como parte de la segunda edición del taller en junio de 2017.

Un recorrido guiado por el pasado remoto y sus vestigios

Así que salimos de la escuela, en seguida doblamos a la izquierda y caminamos un poco más de cien metros para llegar a una entrada que hay después de una cerca de alambre. Cruzamos este acceso y lo primero que advertimos a nuestra izquierda es la presencia solemne de un gran montículo que acepta sin enfado varios árboles creciendo en su cuerpo, pero que también sostiene –quizá con no mucho agrado– un aljibe construido por los habitantes de épocas recientes. Cruces cristianas se levantan como intentando proteger el lugar del retorno de los antiguos demonios que los conquistadores vieron en los ídolos de los habitantes originales. Desde aquí nos internamos a las ruinas enmontadas de un antiguo centro ceremonial.

De aquella ciudad prehispánica habitada en diferentes épocas por teochichimecas, teotihuacanos, olmecas de la costa y totonacas, hoy quedan unos pocos restos, entre ellos, tres plazas cívicas en donde se han identificado diez montículos construidos de piedra y tierra apisonada con muros revestidos de barro y pequeñas lajas o gravillas, materiales habituales para la construcción extraídos de los alrededores. Caminamos entre sus ruinas y percibimos ese aire melancólico de una grandeza extinguida de otros tiempos.



Imágenes 1 y 2. Izquierda: distribución de las plazas y los montículos. Derecha: basamento con templo en su cima (Dibujos de Arturo Richard).

Nos internamos entonces en la primera plaza, llamada por los arqueólogos Plaza Norte, que hoy está en su mayoría cubierta por las nuevas construcciones de las familias actuales, algunas descendientes quizá de los antiguos habitantes del lugar. Viviendas de todo tipo, algunas muy sencillas, otras grandes y modernas. En este sitio aún se llegan a asomar tímidamente tres montículos bastante afectados por el quehacer agrícola de muchas generaciones.

Esta tierra ha sido trabajada desde tiempos remotos con cuidado y cariño, tierra llamada madre, a la que se le entregaban ofrendas como agradecimiento por sus dones. Tierra en donde la gente vivía dispersa en casas de barro y palma sin contrastar demasiado con el ambiente circundante, donde su milpa y huerto servía para cubrir sus necesidades tanto alimenticias como medicinales y materiales. En esta plaza la comunidad quizá se juntaba al atardecer para comentar el día, para intercambiar productos, para establecer lazos humanos. Hoy la gente despierta en hogares diferentes, hoy la gente habla con palabras distintas, pero quizá algunos temas sigan siendo los mismos.

Salimos de este lugar, damos una pequeña vuelta y entramos a la segunda plaza llamada Plaza Central. Ésta es la más visible en la actualidad. Al entrar a ella se puede notar el cambio de sensaciones. Montículos grandes y chicos siguen alineados, hermanados en el abrazo del tiempo, impávidos ante pastos crecidos, cercas que dividen terrenos antes comunes, adobes, ladrillos, cementos, varillas, intentando encajarse en su piel pétreas.

El montículo más grande, que pudo haber sido basamento del templo principal, hoy le da asiento a un tanque de agua en su cima, mientras que en la parte posterior sufre las heridas de la extracción de materiales entre piedras, lajas y tezontle para usarse en las nuevas construcciones. Esta gran estructura que podríamos nombrarla como templo mayor, debió ser el recinto más sagrado del lugar, en el que se efectuaban rituales de vida y de muerte, en el que se conmemoraban las estaciones y se pedía el renacer del sol desde el inframundo. Templo de dioses y héroes, templo de sacerdotes y chamanes, hoy basamento de un aljibe edificado con la fuerza de la unidad comunal por la necesidad de asegurar el abasto del líquido vital y repartirlo entre los habitantes. Templo de una religión ya olvidada, trasmutada por el cristianismo introducido con dolor pero que ahora es el consuelo de quienes se resguardan en él. Nueva fe a la que se le ha erigido su propio templo al lado del antiguo.

A este montículo le siguen en escuadra otros dos de menor altura, pero de mayor tamaño en su base, seguramente palacios para las habitaciones de los nobles que gobernaban este lugar y para los sacerdotes que precedían los rituales; magos, chamanes y sabios encargados de descifrar los misterios de la naturaleza y la relación de las deidades con el medio ambiente dador de vida. Palacios adornados con pinturas de deidades, con paredes de estuco y techo de palma. Imaginemos en su interior a los dignatarios discutiendo nuevas rutas para comerciar, a los sacerdotes descifrando con grandes tiras de sus libros pintados los secretos del cosmos, a los chamanes eligiendo las yerbas para las curaciones, limpias o rituales. Hoy en esta esquina le crece pasto estrella a una construcción a medias. Paredes rectas hechas con apuro, pero sin finalizar, estructura que rompe el paisaje y obstaculiza la narrativa antigua contada por las otrora orgullosas construcciones.

Más al sur se puede distinguir una gran plataforma que pudo haber servido para actividades comunes, quizá un mercado, quizá juego de pelota, quizá lugar para actividades recreativas que unían a la población en acciones frecuentes, quizá lugar de danzas, de representaciones escénicas con carácter ritual; quizá el punto de reunión para músicos ofreciendo sus notas a los puntos cardinales.

Al final de esta plataforma hay un gran montículo, el cual ahora está cercenado por el paso del camino que lleva a la colonia Olmeca. Colonia con el nombre de nuestra más antigua civilización que probablemente tuvo presencia por estos rumbos. Camino de terracería transitado a diario de ida y vuelta por gente que tal vez desconozca que en su paso por esta vía cruzan las entrañas de un antiguo templo dedicado a una deidad, quizá al dios Tláloc, regulador de las aguas; quizá a Ehécatl Quetzalcóatl, dios del viento; quizá a algún dios guerrero.

Los caminos han existido desde que el hombre comenzó a trasladarse en terrenos conocidos. En Xoloxtla de seguro hubo muchos caminos por donde la gente transitaba su cotidianidad, caminos adosados a la naturaleza circundante, caminos de la casa a la milpa, de la milpa a la plaza, de la plaza al templo. Ahora esos caminos deben ser anchos, lo más rectos posible, firmes; ahora esos caminos soportan máquinas pesadas, ruidosas, contaminantes. Esos caminos se abren paso sin piedad entre terrenos, entre antiguos lugares sagrados, entre el verde hábitat de miles de especies que siguen su vida sin entender este tipo de mutilación.

Terminamos el recorrido de esta plaza en una esquina delimitada por una pequeña cañada y la propiedad cercada de algún vecino asentada en un rincón de esta gran plataforma. Más allá de este camino está la Plaza Sur. Sólo la podemos ver desde donde quedamos detenidos: es pequeña; igualmente sus montículos han sido víctimas de las nuevas construcciones, algunas nada discretas, a veces ostentosas. Esta pequeña plaza se pierde hacia el sur, hacia las laderas que llegan a un pequeño arroyo, hacia el intenso verde de sus lomeríos moteados por las viviendas de los actuales habitantes de estos lares. Gente que heredó esta tierra y sus frutos, que habita los mismos lugares en los que antiguos personajes forjaron su historia.

Una mirada al paisaje actual y reminiscencias del pasado reciente

Localizado en una ligera elevación del terreno, del cual se despliega una vista panorámica a la ciudad de Xalapa, Rancho Viejo, San Andrés y el Cofre de Perote, el sitio arqueológico que acabamos de recorrer se encuentra en el corazón de la vida actual de Xolostla, en donde se concentran algunas funciones cívicas y religiosas más importantes del pueblo. Aquí hoy se hallan la única escuela primaria, la iglesia consagrada a la Virgen de Guadalupe que acompaña al santo patrón del pueblo, el itinerante San José; el comunitario salón de fiestas inconcluso y el tanque de almanecamiento de agua, todos construidos con manos y recursos del pueblo. Alrededor se ubican las casas de los pobladores, en su mayoría nacidos en este lugar. Las viejas construcciones permanecen casi desapercibidas, ocultas, dormidas y, sin embargo, emanan una sorprendente fuerza de atracción, un magnetismo que sigue reteniendo la energía vital de Xolostla.

En una vista general a vuelo de pájaro, observaríamos la amplia extensión de este paisaje como la veían los antiguos, situado entre las montañas de Otilpan y el valle de Coapexpan en el abrazo de dos ríos, hoy llamados Sordo y Carneros que fluyen desde las partes altas de Tlalnelhuayocan y se encuentran en Xalapa. Estos límites naturales hoy se constriñen con las muy próximas urbanizaciones de San Antonio al suroeste, Otilpan al noroeste, se funden con la colonia Luz del Barrio al norte, al este con Coapexpan, y hacia el sur se desdibujan en el verdor de los potreros y bosques rumbo a Rancho Viejo. En el centro de su territorio se incrustó la colonia

Olmecca, fundada hace ya aproximadamente tres décadas por familias procedentes de otros rincones de Veracruz.

En esta amplia área contaríamos hoy unas 140 casas, algunas distribuidas a lo largo de los caminos, otras reunidas en pequeños caseríos familiares, otras aisladas, apenas dos tienditas, tres salones de fiesta, un lugar de temazcales, un vivero de plantas ornamentales y algunos establos, rodeados por potreros, huertos caseros o jardines, pequeños lotes de milpa y manchones de bosque de encino, pipinque y liquidambar. Esta geografía revela valores y estilos de vida de sus habitantes, cuyo denominador común es el aprecio por el campo y el gozo de la vida en armonía con la naturaleza. En los últimos años han surgido dos nuevos fraccionamientos –el síntoma de la tendencia que ya ha logrado absorber hectáreas de cafetales, bosques y ranchos que hasta hace poco conformaban el verde abrigo de la ciudad– esperando a sus futuros compradores.

Los protagonistas de la historia reciente de Xolostla han sido unas pocas familias con fuerte arraigo y con predominación de apellidos como Valencia, Acosta, Villegas, Domínguez, Teoba, Bárcenas, García y Mendoza. Aquí muchos siguen siendo primos y primas, tíos y tías, lo cual imprime a las relaciones humanas cierta intensidad y afectividad. Hay muchas razones por las que la comunidad de Xolostla sigue unida. La primera es la devoción inquebrantable a San José, el santo “peregrino” que no tiene un santuario fijo, pues su hogar temporal se sorteada cada año entre las familias originarias de Xolostla y algunas familias más antiguas de la Luz del Barrio. Año con año el culto a San José une a la gente en torno a los extensos y elaborados festejos, añadiendo un fuerte componente espiritual a sus vidas entrelazadas.

Para cualquier persona que visita el lugar, sea durante la espléndida fiesta patronal o cualquier otro día del año, resulta sobrecogedor el pacífico ambiente de pueblo. Las viejas familias conservan el sentido de pertenencia y mantienen la distinción con respecto a los recién llegados. No sólo la participación en la rifa del Santo está restringida a los varones casados y nativos del lugar, sino también la intervención en otros asuntos y comités locales está cerrada a los recién avecindados.

Rememorando su pasado, los habitantes nativos del lugar nos comentan que hasta la década de los setenta la población de Xolostla era aún muy escasa y dispersa. Contaba con unas treinta casas de tabla, en las que

las familias dormían en catres o en petates, comían lo que criaban y cultivaban en sus milpas y fincas de café. Se bañaban en los ríos cristalinos, mucho más caudalosos que en la actualidad. La mayoría de las familias seguía un ritmo de actividades que empezaba antes del amanecer y terminaba con la puesta del sol. Temprano los hijos llevaban el maíz al molino y acarreaban el agua de los pozos cercanos de común acceso, mientras las mujeres encendían la lumbre en los fogones y calentaban el café para el desayuno. Cuando los hombres salían a trabajar en el campo, las señoras se reunían para traer leña o para lavar en el río. Regresaban a comer a la una de la tarde y atendían los quehaceres de la casa. Los niños participaban en todas las labores. Se alumbraban con candiles y quinqués. Algunos mataban cochinos los sábados y vendían la carne, moronga y carnitas; otros preparaban licores y ofrecían aguardiente. Se cultivaba de todo, pero había que ir a la ciudad por el arroz, el pan, la carne y los enseres de uso diario o para vender la leche y otros productos de rancho.

Lo cotidiano era ver a los hombres con machete, las señoras cargando leña a mecal, lavando en los ríos o las marchantas de San Antonio cruzando Xolostla de ida y vuelta con tortillas, tlacoyos y legumbres que ofrecían en la ciudad. La gente caminaba mucho. A Xalapa iban a pie o a caballo; tomaban casi siempre el camino de bajada hacia Coapexpan, cruzaban arroyos y trancas, o bien salían por la represa de San Bruno; sus bestias se quedaban con el herrero. Los caminos eran diferentes, no sólo porque eran angostos, accidentados y de terracería, sino porque seguían otras y sinuosas rutas.

Hoy, más por gusto que por necesidad, la gente sigue paseando a caballo. Algunos hogares todavía siguen el ritmo ancestral asociado a las labores del campo, cocinan con leña y con el mismo sazón de antes. Muchos fueron obligados a ajustar sus tiempos y labores a los nuevos ritmos de trabajos en oficinas, albañilería o transporte público y a las actividades escolares de los hijos. Se perdieron las fincas de café y casi todas las milpas están convertidas en potreros o cubiertas de monte. Los pozos se taparon, los manantiales se asolvieron y perdieron.

Las transformaciones del paisaje se acentuaron a partir de la década de los setenta cuando inició la apertura y pavimentación de varios caminos y la introducción de servicios. No hay que olvidar que atrás de estas mejoras hay una historia de organización, autogestión y trabajo para el bien común. Fueron los pobladores de Xolostla quienes, alrededor de

1970, instauraron el primer comité de vecinos que desde entonces ha estado velando por el bienestar de los habitantes, impulsando la apertura del camino principal de Luz del Barrio a Xolostla y San Antonio, la gestión de la luz eléctrica, la colocación y mantenimiento de la red de agua traída desde Otilpan en mangueras y la construcción del tanque de agua. En el 2002 el comité sostuvo negociaciones con el municipio para que los habitantes del lugar pudiesen conectarse de forma gratuita a la línea de agua potable que atraviesa la comunidad en su trayecto a Xalapa y para que se pavimentara la calzada principal afectada por dicho acueducto. Lo hizo también “reconquistando” el territorio “perdido”, específicamente el predio que resguarda el sitio arqueológico que, una vez vendido para cesar las tensiones familiares en torno a la herencia, quedó en manos de personas foráneas y la gente decidió cooperar para recuperar estas tierras y destinarlas al servicio de la comunidad. También las personas y las familias han estado apoyando las causas comunes. Fue alrededor de 1980 cuando se donó el terreno para elevar la primera iglesia de madera, ahora reconstruida con material de mampostería.

En la actualidad las principales instancias de la vida comunitaria son el comité del agua, el comité de la iglesia y el patronato de la fiesta de San José. Las familias cooperan con dinero y faenas, conocen bien sus compromisos y formas de colaborar. No han sido afectados por los programas asistencialistas, aunque cada año electoral reciben oleadas de campañas. Pero no todo es paz y armonía: a menudo las tensiones familiares relativas a la herencia y la propiedad de los inmuebles repercuten en la vida del colectivo, incapacitando el diálogo y toma de mejores decisiones.

Aun con la presión demográfica de la ciudad, la tierra no suele venderse porque las familias dicen que “no quieren deshacerse de algo que es nuestro, que nuestros padres han trabajado tanto y donde aún algunos viven de la tierra, donde hay hijos que necesitarán hacer sus casas”. El crecimiento poblacional en poca medida involucra a foráneos, en su mayoría gente de ciudad que encontró aquí su añorado entorno “campestre”. Viven dispersos y generalmente aislados de los asuntos del colectivo. Nunca han sido plenamente integrados pues se asume que “están de paso” y, por consecuencia, quedan fuera de los derechos y obligaciones de la comunidad.

Pese a sus vínculos cada vez más fuertes con la ciudad, los habitantes de Xolostla muestran el sentido de pertenencia a su terruño y el gusto por una vida rústica, en comunidad y en contacto con la naturaleza, y la con-

ciencia de sus particularidades que los distinguen de los demás pueblos de esta región. ¿Serán capaces de resistir la aplastante avanzada del cemento, ruido y arrogancia? ¿Podrán defenderse de los intereses mercantiles y presiones de las constructoras que ya tienen en la mira estos bellos rincones para fincar aquí sus fraccionamientos “ecológicos”? Bajo estas circunstancias, ¿tendrán fuerza para mantener su independencia del exterior, hacer florecer sus valores y honrar su legado?

A manera de conclusión

Confesamos que nos es imposible quedar indiferentes a los signos de decadencia de nuestra sociedad. Los cambios bruscos en el paisaje y la estética de nuestras comunidades y ciudades expresan la violencia sistémica contra el ser humano, su historia y la naturaleza, que redundan en la degradación de valores, múltiples facetas de la miseria y un estado general de confusión. Notamos que son fenómenos a los que muchos ya nos hemos acostumbrado, reduciendo la noción de buen vivir a la supervivencia individual en medio de la barbarie –si es que aún nos preguntamos por su significado– y advertimos que poco a poco nos convertimos en una sociedad fragmentada, dependiente, desmemoriada y desterritorializada. Nos volvemos, por consiguiente, vulnerables como pueblo y presa fácil de los poderes que velan sólo por el bienestar de las élites políticas y económicas a cualquier costo.

Los reductos del buen vivir en este rincón del territorio veracruzano también corren los mismos riesgos. Los retos a vencer son muchos. El sentido de la comunidad se debilita por tensiones familiares, las instituciones locales pocas veces gozan de plena confianza de la gente que representan, los derechos y las obligaciones resultan ser un peso excesivo para muchos, el estilo endogámico de la comunidad no deja ver nuevos horizontes, la ambición y el miedo no permiten entablar diálogo y buscar nuevos caminos, el descuido con el que se usa y maneja el patrimonio arqueológico y biocultural lleva a su definitiva pérdida. El desconocimiento de alternativas hacen pensar que todo está condenado...

Podemos imaginar un escenario positivo para Xolostla y otro negativo. El primero implicaría preguntarse, antes de actuar, cómo queremos nuestra comunidad y nuestro territorio y luego, cómo llegar a este escenario feliz, visibilizando y revalorando las múltiples herramientas, capacidades y recursos que tenemos a nuestro alcance. Para llegar al escenario

negativo, en cambio, no habría que hacer nada, sólo quedarse irreflexivo, conforme y siguiendo la rutina sin advertir los riesgos que se avecinan.

Aquí señalamos la importancia de la memoria –la de largo y la de corto alcance– en el fortalecimiento del arraigo territorial y la identidad cultural de los xolostleños. Estamos convencidos de que conocer y valorar el pasado ayudará a tomar mejores decisiones que impacten en el futuro. Pero no es suficiente conocer su pasado para forjar el futuro. Hay que “expandir el presente” (diría Boaventura de Sousa Santos) integrando la diversidad, la creatividad y el diálogo para incrementar nuestras capacidades de imaginar el escenario deseado y tomar los caminos correctos. También es necesaria la vigilia para que los esfuerzos bien intencionados no se pervertan en el camino.

Creemos que el Buen Vivir de las comunidades como Xolostla debe plantearse desde el conocimiento y la inclusión, el respeto y el cuidado, la creatividad y la integralidad, involucrando espacios y tiempos cotidianos como principales ámbitos de recreación de esta manera de querer y experimentar la vida. Nuestro compromiso con esta tarea es de provocar la reflexión y acompañar los procesos comunitarios de revitalización de la memoria del lugar. Mirar el pasado hace que nuestro presente pueda ser mejor comprendido y el futuro mejor diseñado.

Los niños y los jóvenes, las mujeres y los ancianos, la gente trabajadora, han hecho suyos estos territorios, los viven, los perciben, los sienten, se los han apropiado. En ellos han construido formas de organización adecuadas a sus necesidades, han puesto en juego el diálogo como manera de encontrar un sendero a sus actuales retos. La gente de Xolostla camina al lado de las ruinas de viejos edificios que emanan historias de lucha y valentía, de penurias y heroísmos. Historias que les pertenecen, que los unen, que les dan identidad. Historias que no deben perderse detrás del velo de la indiferencia, debajo del pesado pie de la modernidad y la ignorancia, historias que no deben ser sepultadas junto con la memoria de los ancestros, constructores de los primeros asentamientos en este lugar.

La cultura campesina de la milpa y el Buen Vivir

Pablo Valderrama Rouy

De cómo llegué a enamorarme por la milpa y sus sabores

El gusto por la milpa y sus sabores lo tuve desde que era joven. Aunque vivía en la ciudad de México crecí en el pueblo de los Reyes, Coyoacán, un pueblo originario que ya formaba parte de la gran urbe. Cerca de mi casa crecían algunas milpas; sin embargo, no tenía un contacto directo con ellas. Mi afición por ellas y por compartir con los milperos comenzó en Tepoztlán, Morelos. A este lugar iba con frecuencia sobre todo durante las vacaciones escolares y me gustaba mucho acompañar a mis amigos campesinos a las labores de la milpa. Disfrutaba realmente cuando íbamos a caballo y me invitaban a comer elotes tiernos asados a las brasas a la orilla de la milpa o cuando me invitaban a comer en sus casas las tortillas recién hechas por las señoras a la orilla del fogón.

Estudí antropología en la ENAH. Al terminar me fui a vivir por largas temporadas a Cuetzalan, Puebla. Ahí empecé a entender por qué para la gente que habla el náhuatl, la milpa representa el corazón de la vida campesina. En esa época disfrutaba mucho de la comida local que hacían mis amigas y toda la gente que me invitaba a sus casas. La gente allá es muy hospitalaria y me daban a probar los más diversos platillos según la temporada, siempre acompañados por unas deliciosas tortillas palmeadas a mano recién sacadas de comal de barro. Me gustaba también ir a las fiestas patronales y ver cómo la gente trabaja por el Bien Común; pasan horas y horas danzando para mostrar su devoción y reciprocidad a los santos y a las fuerzas cósmicas asociadas a ellos, por los bienes recibidos y para que en el futuro cercano no se pierdan las siembras. Aprendí cómo para esta gente es tan normal dedicar parte de su trabajo, faenas completas, sin recibir paga alguna por el Bien Común ya sea en la iglesia ejerciendo un cargo, en el gobierno local o en cualquiera de los comités responsables de los servicios públicos. A partir de todas estas enseñanzas me fui adentrando en estas nuevas realidades para mí y a tomarle el gusto a toda esta visión

del mundo que ahora nombramos como la Buena Vida, que deviene de una cultura que busca el Bien Común de la gente y la armonía con la naturaleza y la tierra.

Actualmente vivo en Rancho Viejo, municipio de Tlalnahuayocan, en el estado de Veracruz. En este lugar he tenido la oportunidad de conocer cómo se hace un cultivo de macadamias sin usar agrotóxicos y tratando de reproducir cierto nivel de biodiversidad agroforestal para ver el funcionamiento de las asociaciones o complementariedades de los sistemas ecológicos. Mi fascinación por la milpa y sus productos y por conocer el modo de vida de los milperos, me ha llevado a indagar en la historia de este lugar pero, sobre todo, a conocer la diversidad de la milpa y analizar cómo está conectada con muchos aspectos de la vida comunitaria de estos lugares.

Mi propuesta ahora es promover la importancia de este patrimonio cultural y generar un diálogo de saberes con los académicos para proponer estrategias de mejoramiento de la milpa en términos agroecológicos. Con este fin hemos estado haciendo talleres para abordar las principales problemáticas que enfrentan hoy los milperos para el desarrollo de su actividad. Por otra parte, también he organizado junto con algunos maestros de la Escuela de Agronomía de la Universidad Veracruzana (UV), la asociación civil SENDAS y la autoridad municipal, dos ferias de la milpa en Tlalnahuayocan, una en 2015 y otra en 2016, con el fin de dar a conocer a la ciudadanía de Xalapa y sus alrededores la importancia del patrimonio milpero y también con el objetivo de promover un diálogo de saberes entre los campesinos y los académicos de la UV y de otras instituciones como el INAH²⁴, lugar donde laboro actualmente.

Mi experiencia acerca de las milpas y las relaciones con el Buen Vivir

A partir del estudio etnográfico que he venido desarrollando en varias localidades del municipio de Tlalnahuayocan, me propongo plantear cómo la cultura campesina cimentada en la milpa tiene principios que comparte con la visión del Buen Vivir que es propia de Sudamérica.²⁵

24 Instituto Nacional de Antropología e Historia: Centro INAH Veracruz.

25 La conjugación de los términos —*sumak kawsay* y *suma qamaña*— tanto en Bolivia como Ecuador permite las siguientes expresiones: Buen Vivir, Vivir Bien, saber vivir, saber convivir, vivir en equilibrio y armonía, respetar la vida, vida en plenitud. “El *sumak kawsay* referido a tradiciones indígenas andinas y amazónicas tiene la forma de un concepto holístico porque entiende la vida humana como parte de una realidad vital mayor de carácter cósmico (Acosta, 2014: 41).”

El Buen Vivir nos remite a un modo de vida campesino que se funda en una estrategia de subsistencia que tiene como eje la apropiación de los recursos y de la biodiversidad del espacio de vida en forma diversificada y sustentable. Esta estrategia es resultado de un conocimiento ancestral. Toledo y Barrera (2008) le nombran la “memoria biocultural”, que no sólo guarda el conocimiento acumulado por las experiencias de cientos de generaciones de campesinos, sino también los principios éticos como el Bien Común para lograr la continuidad del ser humano en armonía con el contexto natural que utiliza para vivir.

El Buen Vivir es una filosofía o visión del mundo que está implícita en muchas, sino es que en todas las culturas indoamericanas. Se sustenta en la comunidad ya que su ética apunta a lograr lo suficiente para toda la colectividad y no solamente para el individuo. Para lograr este objetivo, el colectivo se apoya en amplias redes de reciprocidad social en las cuales están incluidas no sólo las personas sino los seres que forman el mundo de la naturaleza y las entidades divinas que se considera habitan en el inframundo y en el cosmos. De hecho, la visión holística del Buen Vivir supone una gran comunidad donde el hombre participa junto con los demás seres en una profunda comunión con la “Madre Tierra”, materializada en el paisaje que conforma el espacio vivido. Por lo que las montañas, valles, barrancas, ríos y lagos no sólo son elementos simples del paisaje, sino que la cultura le confiere a cada uno de ellos fuerzas anímicas específicas. Los principios del Buen Vivir para obtener el Bien Común son: la armonía en todos los niveles de interrelación del hombre con su medio y la comunidad; y en el nivel personal, la reciprocidad no sólo social sino en todos los ámbitos de la interacción humana con su entorno y el respeto mediante la dignificación de las personas, los seres de la naturaleza y las entidades divinas.

En la actualidad el Buen Vivir se ha convertido en un arma de los pueblos campesinos e indígenas que luchan por defender sus tierras, sus territorios y sus culturas frente a los proyectos extractivistas y depredadores de la naturaleza y destructores de las culturas locales que promueve el neoliberalismo. Asimismo, también constituye una alternativa social y ecológica frente a la visión del “Vivir Mejor” que se funda en la ética del progreso, el desarrollo ilimitado y la lógica del consumismo.

Desde mi perspectiva, el Buen Vivir es al mismo tiempo una utopía de futuro y una manera de hablar sobre ciertos aspectos de nuestra realidad

que difieren de la lógica que postula que, para “Vivir Mejor”, se requiere de un constante desarrollo económico basado en la competencia económica y en el extractivismo como paradigma de relación con la naturaleza. De manera que, para que unos cuantos “vivan mejor”, hay millones de personas que han tenido y tienen que “vivir mal”. Es la gran contradicción del sistema mundial que se funda en la acumulación de capital.

El modo de vida campesino cimentado en la milpa obedece a una lógica anticapitalista o precapitalista ya que el agricultor siembra la diversidad de semillas que van a constituir su milpa con el objetivo de satisfacer la necesidad de alimentos que requieren él y su familia, de acuerdo a un patrón alimentario que es propio de una región cultural. Eso no significa que una parte de su producción la pueda vender para obtener otros bienes de vida. En este sentido, la lógica y la motivación principal de su siembra están dirigidas a la reproducción del agricultor y su familia. Aunque es importante apuntar que la reproducción de la unidad campesina conlleva a la reproducción de la comunidad, pues como todas las unidades participan en una amplia red de intercambios de bienes y trabajos comunitarios, la reproducción material y simbólica de cada unidad campesina también depende de que funcione bien la organización comunitaria para que, en conjunto, contribuyan al Bien Común.

Sin embargo, las comunidades también son contextos donde se generan procesos de diferenciación social. Se presenta una tensión entre dos lógicas productivas que se enfrentan. La lógica que motiva al campesino a sembrar su milpa para obtener uno de sus principales medios de subsistencia, el maíz y los demás productos de la milpa, y así reproducir su forma de vida familiar y comunitaria, frente a una lógica empresarial cuyo principio es obtener la máxima ganancia y, por lo mismo, se convierte en una producción extractiva y devastadora de los recursos naturales. En Tlalnelhuayocan esta clase de agricultor está representada por los papeiros, personas que rentan tierras para sembrar papa con un uso intensivo de agrotóxicos y en las que una parte de su producción se vende a las empresas transnacionales que hacen las papitas fritas. Estos pequeños empresarios son de otros municipios de la parte alta del Cofre de Perote y por lo tanto no tienen ningún arraigo local y no les preocupa la degradación de la tierra y la contaminación ambiental y de acuíferos que genera la tecnología que aplican en sus siembras.

De acuerdo con Armando Bartra, “la teleología campesina está presidida por el bienestar y no por la ganancia. El agricultor lo que busca no es maximizar su rentabilidad sino mejorar su calidad de vida. Lo que no es lo mismo. Aunque con frecuencia coincide parcialmente pues en un orden mercantil una inversión que sistemáticamente reporta pérdidas a la corta o a la larga tampoco genera subsistencia. Sin embargo, el punto de equilibrio de una unidad productiva que busca optimizar sus ganancias no tiene por qué ser el mismo que el de una que pretende optimizar el bienestar” (Bartra, 2015: 11).

En Tlalnelhuayocan el modo de vida campesino que se puede equiparar con el paradigma del Buen Vivir es justamente el que han mantenido durante siglos las unidades familiares de los milperos debido a varios factores, entre los cuales destaca la antes mencionada lógica que motiva al agricultor a sembrar para generar los bienes de subsistencia que permiten la reproducción de la unidad familiar y, desde una perspectiva comunitaria, la reproducción ampliada del sistema socio-cultural del que forman parte los milperos. Esto se debe a que el maíz y los demás productos de la milpa son centrales en la cultura local pues constituyen los principales alimentos de la población local y regional. Esta importancia central del maíz y de la milpa se puede observar en otros ámbitos de la organización social, ritual y religiosa. Por ejemplo, el ciclo de fiesta religiosas que celebran los principales pueblos del municipio está asociado con momentos críticos del ciclo milpero como se presenta más adelante. La ofrenda de los días de muertos no sólo es para recordar a los difuntos sino para agradecer a los santos por la cosecha obtenida, por eso se festeja a “todos los santos” y la comida ritual más importante, el tamal, está preparada con maíz y frijol gordo y delgado recién cosechado. En las fiestas familiares como son bautizos, primeras comuniones, bodas, sepelios y cumpleaños siempre se preparan xokos, tamales de masa de maíz envueltos con “hoja de caballero”, una planta local.

Una primera aproximación general a la milpa

Desde una perspectiva etnoecológica la milpa es el fundamento de un modo de vida campesino que se enmarca dentro de la visión del Buen Vivir porque desde su creación hace unos 4500 años, cuando en las aldeas se moldeaba cerámica para cocer y guardar semillas, los primeros agricultores comenzaron a sembrar en forma conjunta las semillas de maíz, frijol,

calabaza y otras plantas comestibles llamadas genéricamente quelites, formando así un policultivo con importantes asociaciones biológicas que replican las complementariedades de un ecosistema. De las más conocidas son que el frijol fija nitrógeno para recuperar la fertilidad del suelo, en tanto que el maíz proporciona soporte físico al frijol enredador. La sombra de las hojas de calabaza impide el crecimiento de otras plantas, al mismo tiempo que resguardan la humedad del suelo. En este sentido, la milpa recrea la biodiversidad que requiere la vida de los ecosistemas y además se adapta a las más diversas condiciones climáticas en un rango de altura que va desde el nivel del mar hasta los 3000 msnm.

La adaptabilidad ecológica y la flexibilidad cultural de este sistema agrario dificultan su caracterización general. La gran variabilidad de milpas que hay en todo el país está condicionada por la combinación de factores topográficos, edafológicos, climáticos, bióticos y la especificidad cultural que los diversos grupos humanos le imprimen en cada región. En otras palabras, en el país existen muchos tipos de milpa o hay muchas milpas diferentes, a partir de las preferencias personales del campesino en relación a los factores bióticos que se aprovechan del ecosistema en la cultura local; las diferencias entre un pueblo y otro, hasta las marcadas diferencias por ecosistema y por región. Por lo tanto, como dice Armando Bartra (2010:1), “la milpa no es uniforme sino que adopta modalidades distintas según los lugares y los tiempos. Y como el barroco latinoamericano, la milpa es sincrética, contaminada, híbrida, un agrosistema mestizo al que se fueron incorporando especies y prácticas agrícolas de diferentes orígenes.”

La palabra milpa tiene su raíz del náhuatl *milli*, que significa “heredad”, o sea “porción de tierra sembrada por un dueño”. Actualmente “milpa” significa, de acuerdo con el diccionario de la RAE, “terreno dedicado al cultivo del maíz y a veces de otras semillas”. Sin embargo, en el náhuatl moderno –como el que se hablaba en Tlalnahuayocan– la palabra *milaj* es la que se emplea para referirse a la milpa, una parcela cultivada con una diversidad de plantas donde el maíz tiene un lugar destacado.

Las diversidades de la milpa en Tlalnahuayocan

La milpa como sistema biocultural está relacionado con un proceso específico de apropiación cultural de la naturaleza; con modos específicos de reproducción de la biodiversidad, con la diversidad de semillas criollas,

con la diversidad de tecnologías agrícolas tradicionales, con la diversidad de formas de trabajo (familiar, intercambio o “mano vuelta”, asalariado), con la diversidad de productos que se obtienen a lo largo del ciclo agrícola y con la diversidad culinaria.

La cultura milpera o complejo cultural de la milpa está presente en la alimentación, en el conocimiento del entorno natural, de los fenómenos meteorológicos, de las estaciones del año y de las fases de la luna en relación con la agricultura, debido a que muchos de estos conocimientos se han sistematizado a partir del trabajo en la milpa. Como complejo cultural está vinculado con la cosmovisión, la ritualidad y la religiosidad popular.

La milpa en Tlalnelhuayocan es una siembra diversa dentro de una estrategia de subsistencia igualmente diversa. Aquí se describen las distintas diversidades que se han encontrado en el sistema biocultural de la milpa que se siembra en las tierras de este municipio.

Se trata de un policultivo que tiene un actor principal: el maíz; y en esta área, como en otras muchas del país, se acompaña casi siempre de algunas variedades de frijol y de calabazas y en ocasiones por chícharo. Estas plantas son las que se siembran año con año; pero además se encuentran todas las plantas semicultivadas que no sólo se destinan al consumo humano, sino que también algunas de ellas se utilizan como forraje de animales de corral o ganado. Las más apreciadas de estas plantas toleradas son los quintoniles rojos, blancos y cenizos, así como el matalín para los pollos y marranos. La flor de cempoalxóchitl²⁶ y acahualillo amarillo²⁷ crecen en la última etapa de la milpa y a finales de octubre se cortan para el adorno de los altares de muertos.

En las orillas de las milpas se encuentran otras plantas útiles como son las matas de chile cera, plantas de chichilaca (cuya hoja sirve para envolver tamales), plantas de chayote, cilantro, hierba mora y epazote. Árboles que comúnmente están en los linderos de las milpas son: guayabos, nísperos y otros propios del bosque mesófilo de montaña: pipinques, roble encino y liquidámbar.

En cuanto al origen de la diversidad de semillas que forman la milpa tienen un origen local; son semillas “criollas”, es decir, semillas que el campesino selecciona después de la cosecha y guarda para el siguiente ci-

²⁶ Cempoalxóchitl o flor de muerto *Tagetes erecta*.

²⁷ Acahualillo amarillo, *Simsia amplexicaulis*.

clo. Pero algunas semillas como el chícharo, el frijol ejotero o el maíz elotero son semillas mejoradas que se compran en Xalapa en tiendas de productos agropecuarios. Las semillas de plantas semicultivadas no se guardan, únicamente se dispersan en algunos lugares de la parcela al momento de hacer la roza del terreno de siembra. Se toma la semilla de plantas secas que ahí se encuentran y se esparcen en el terreno de siembra.

La semilla de maíz criollo en Tlalnelhuayocan tiene dos variedades locales: una ancha y otra más angosta. Ambas pertenecen a la raza de maíz local que de acuerdo con la información de CONABIO corresponde a la raza de maíz denominada Coscomatepec. La variedad más angosta al parecer es una hibridación que se hizo con una variedad mejorada conocida como ochenteno. El maíz Coscomatepec es una raza endémica que sólo se encuentra en el centro de Veracruz sobre la vertiente oceánica de la Sierra Madre Oriental; se clasifica como parte de la familia de maíces de maduración tardía. Se trata de plantas robustas y altas, entre 320 cm y 380 cm de altura, con mazorcas grandes y semicilíndricas de granos dentados con coloraciones blancas, amarillas, rojas y azules. El maíz Coscomatepec, como otras razas de este grupo, ha desarrollado algunas características especiales como son las raíces adventicias extensas que facilitan su anclaje y producen un mucilago generador de hormonas de crecimiento, el cual, además, contiene bacterias fijadoras de nitrógeno (CONABIO 2010). Debido a su robustez, esta planta es un buen sostén para el frijol enredador que al final del ciclo llega a cubrir la mayor parte de las cañuelas de maíz en la parcela.

Las semillas de frijol que se siembran junto con el maíz son dos especies de plantas enredadoras: a) el frijol gordo o yamanke,²⁸ cuyas flores rojas o amarillas se consumen en la temporada de floración hervidas como quelites, y b) el frijol delgado enredador o mateado²⁹ de varios colores; el primero se siembra junto con el maíz y el segundo, el frijol de mata, se siembra a la orilla de la milpa o en un espacio dedicado sólo a su producción. La semilla de calabaza que se siembra junto con el maíz es de dos clases: la texcocana y la de Castilla.

²⁸ Frijol gordo, *Phaseolus coccineus* L.

²⁹ Frijol delgado, *Phaseolus vulgaris* L.



Foto 19. *Sembradores* (Pablo Valderrama, 2015).

La milpa en el municipio de Tlalnelhuayocan se cultiva en dos ciclos agrícolas que inician en diferentes fechas. En la porción más templada el ciclo comienza en diciembre-enero con la siembra denominada *tonalmil* y en las partes más altas; el segundo ciclo se siembra entre marzo-abril, que es el ciclo de temporal. Ambas siembras terminan a finales de noviembre debido a la cosecha de frijol que se hace al final del ciclo.

En Tlalnelhuayocan el sistema agrícola de la milpa ha tenido pocas innovaciones. Según las personas mayores, la milpa de hoy se sigue haciendo como en el pasado. Las labores agrícolas continúan siendo las mismas, y las técnicas y conocimientos siguen aplicándose como en las primeras décadas del siglo XX. La principal innovación en el desarrollo de la milpa fue la incorporación del abono químico en la segunda mitad del siglo XX y el uso de venenos de origen industrial para el control de algunas plagas de depredadores de la milpa como son ratones, tuzas y pájaros como el tordo y los pepes. En la segunda mitad del siglo XIX la mitad de las tierras del municipio de Tlalnelhuayocan pasaron a formar parte de la hacienda de la Yerbabuena. Los peones de la misma tenían permiso para sembrar sus milpas de manera itinerante en la parte del bosque de la hacienda. El resto de la población tenía sus parcelas en el centro y norte del territorio municipal. En aquella época dejaban descansar la tierra de milpa durante varios años; actualmente la mayoría de los milperos siembran años tras año. Después de la Revolución de 1910 los campesinos solicitaron la devolu-

ción de sus tierras, y es en la década de los 30 que logran la dotación ejidal por la cual se crean los dos ejidos que existen en Tlalnelhuayocan. Esta dotación agraria significó un importante impulso para la actividad milpera. El ejido de San Andrés, con una superficie de 1007 has. repartidas entre 504 parcelas, es el más extenso del municipio. Le sigue el ejido de San Antonio con 630 hectáreas.

Otros cambios entre el ayer y el presente se han generado a nivel de la estrategia milpera, es decir, están vinculados con la importancia de esta producción en relación con el ciclo económico de la población local. Antes la milpa era central dentro del conjunto de las distintas actividades que tenía la mayoría de la población de este municipio, pues dependían en gran medida de su actividad en el sector primario. En cambio ahora, el eje en la estrategia de subsistencia para la mayoría de la población económicamente activa se ha desplazado a las actividades relacionadas con el comercio, la construcción y otros servicios en la ciudad de Xalapa. Por lo que cada vez es menor el grupo de personas que se dedican a la milpa en relación a la proporción de personas que para su subsistencia hacen actividades económicas fuera de la agricultura. En este sentido, cada vez son menos los milperos en relación al total de población del municipio que se encuentra en el sector terciario y secundario. Aunque hay que tener en cuenta que el crecimiento de la población municipal ha sido muy alto. En tan sólo dos décadas ha duplicado su población: en 1990 había 6,963 habitantes y para el año 2010 creció a 16,311, debido principalmente a la migración proveniente de Xalapa. Este aumento demográfico ha generado un cambio profundo en la vocación agraria que tenía la población de este municipio, pues si antes de 1980 el sector primario era el más importante, a partir de 1990 empezó a crecer rápidamente el porcentaje de población dedicada al sector de los servicios. De tal manera que, en el año 2010, el 59.2% de la población económicamente activa estaba en el sector terciario y el 27.8% en el sector secundario; únicamente el 12.5% continuaba en las actividades agropecuarias.

La siembra de maíz bajo el sistema milpa sigue siendo hoy en día la principal actividad agrícola de Tlalnelhuayocan, aunque para ninguna de las familias campesinas representa la única actividad productiva que realizan. En todos los casos, siempre se combina o se complementa con otras actividades que forman parte de una estrategia diversificada en el proceso de apropiación campesina de la naturaleza. Esta estrategia comprende las

más diversas actividades de producción agropecuaria, huertos, cafetales, frijolares, chilares, calabazares, cría de ganado vacuno, puercos y aves de corral o producción de trucha, pero siempre en pequeña escala. Asimismo, comprende el trabajo asalariado en el campo como peón agrícola en otras milpas o en el corte de café en los municipios aledaños como Coatepec, además de otras actividades artesanales y comerciales. En Tlalnahuayocan las actividades de los milperos que se relacionan más directamente con el mercado, además del trabajo asalariado, son la producción de leche, la engorda de marranos, la producción de trucha para quienes están cerca del río Pixquiac o sus afluentes, el pequeño comercio local, la producción de hortalizas en el traspatio y la confección artesanal de tortillas de mano, picadas y tlacoyos que las mujeres van a vender en las calles de Xalapa. Esta labor artesanal tiene una larga tradición en la vida y la cultura alimentaria de la ciudad de Xalapa.



Foto 20. *Don Pancho y su esposa sembrando* (Pablo Valderrama, 2015).

El sistema milpa que desarrolla el pequeño productor campesino de Tlalnahuayocan como parte de su estrategia productiva no sólo representa una actividad más dentro del conjunto, sino que es un eje articulador de las demás actividades productivas y en términos de la vida social, ritual y religiosa forma parte del “núcleo duro” de la cosmovisión milpera local

(López Austin, 2001). Los alimentos más cotidianos y los festivos, así como la forma de prepararlos, es decir, la tradición culinaria, está todo ello estrechamente vinculado a los productos de la milpa. El gusto por el maíz criollo no sólo es por su sabor, sino también porque, como dice Julián, un vecino del lugar, “el maíz que siembra uno es bueno en tortillitas caseras. Las tortillas de máquina no llenan igual que las hechas a mano. Las tortillas que hacen las mujeres de casa amacizan más.”

El culto a los santos y el calendario religioso están relacionados con momentos importantes del ciclo agrícola de la milpa. Las fiestas religiosas más importantes en Tlalnelhuayocan son la celebración de la virgen de Guadalupe, con la cual se inician las siembras del ciclo de tonalmil; en los dos pueblos más viejos se festeja en uno a San Antonio, el 13 de junio, que es la temporada en la que se cosechan los elotes tiernos, calabacitas y quelites; en la cabecera municipal, el 30 de noviembre se celebra a San Andrés, que marca el fin del ciclo de la milpa; mientras que en Rancho Viejo se festeja a San Isidro, el santo campesino. En esta fiesta se propicia ritualmente el crecimiento del maíz porque está floreado y jiloteando.

El sistema milpa en Tlalnelhuayocan tiene un alto nivel de autonomía como producción artesanal que depende de pocos insumos externos y está dirigida principalmente al autoconsumo y, por lo mismo, ha tenido pocos cambios en cuanto a la tecnología y la manera de hacer las labores. El trabajo agrícola es básicamente realizado en forma manual; sólo en algunos casos se usa la roturación de la tierra con arado de madera tirado por animales. La innovación más importante se dio en el siglo pasado con la introducción de los fertilizantes industriales y el control de algunas plagas con insecticidas tóxicos. Los productos de la milpa están destinados principalmente al autoconsumo familiar, aunque algunos de ellos se venden entre los vecinos o se ofrecen en los tianguis y calles de Xalapa.

La milpa como sistema agrícola provee a la familia campesina de diversos productos como son: semillas, frutos, hongos, vainas, flores, hojas y guías comestibles a lo largo de su ciclo anual. Estos productos se destinan tanto al autoconsumo como a su venta en pequeña escala. De igual forma, en la estrategia de subsistencia campesina se elaboran diversos productos, unos para el mercado y otros más para el autoconsumo familiar en diferentes temporadas del ciclo anual. Las actividades que conforman esta estrategia van variando de una familia a otra. Por ejemplo, las diversas actividades productivas del señor José en la Vega del Pixquiac,

son una siembra de dos hectáreas de maíz en la parcela ejidal, la cual destina al consumo familiar y de los animales que tiene: vacas, caballo y gallinas. Don José siembra en su milpa poco frijol porque, de acuerdo a su experiencia, cuando hace viento fuerte se caen más fácilmente las plantas de maíz cuando tienen mucho frijol enredador encima. En cambio, las otras plantas asociadas como calabaza, un poco de chile y quintoniles crecen sin problemas. Entre sus actividades mercantiles está la venta de truchas que engorda en los tanques que están junto a su casa; las vende crudas o su esposa las prepara guisadas cuando así se lo piden. Esta actividad la comparte con otros parientes que participan en calidad de socios. También tiene unas cuantas vacas de ordeña y la leche que obtiene todos los días la vende a la quesería de Rancho Viejo. Cuenta con gallinas y pollos, además de un caballo con el que se transporta. Estas actividades le absorben todo el día, así que sólo apoya con trabajo agrícola a los amigos y familiares con los que intercambia trabajo. En ocasiones también contrata a peones agrícolas para que le ayuden en ciertas labores. Su parcela cuenta con una parte de bosque de la que obtiene leña y, a veces, cuando necesita dinero, vende algún árbol a los aserradores.

En cambio, don Bruno de San Antonio Hidalgo no tiene parcela ejidal pero siembra varias milpas en terrenos rentados que en conjunto suman una superficie cercana a una hectárea. Esta persona pasa la mayor parte del tiempo atendiendo sus varias parcelas milperas pues casi siempre trabaja solo; como se trata de una persona mayor, sus hijos están casados y laboran como asalariados en la ciudad de Xalapa. A veces lo ayuda en las labores agrícolas algún nieto o yerno pero sólo ocasionalmente. Don Bruno vende parte de su producción de maíz y frijol gordo después de la cosecha, pero durante el ciclo obtiene diferentes productos que consume y vende su mujer en las calles de Xalapa. Ella hace tortillas, picaditas y tla-coyos de frijol que expende junto con las calabacitas, flores de calabaza y la flor roja del frijol gordo, quintoniles, chile cera, epazote, flor de muerto, chayotes, etc., que obtiene su marido en diferentes momentos del ciclo milpero. Cuando don Bruno no tiene trabajo en sus milpas se emplea como jornalero en otras milpas o haciendo otras actividades en el campo. Lo buscan otros milperos que no pueden atender todas las labores de su siembra debido a que él es hábil para labores delicadas como es la primera limpia; con la mano escarda y con el azadón se seleccionan las hierbas

útiles como quelites que se van a dejar crecer de aquellas otras que es necesario eliminar.

Es importante señalar que la mayor parte de los milperos que hay en Tlalnahuayocan son personas adultas y muchas de ellas son adultos mayores. Los jóvenes casi no hacen milpa; es más común encontrarlos como peones agrícolas. La gran mayoría de estos milperos participan activamente, más que ningún otro sector de la población local, en los sistemas de cargos religiosos y civiles que hay en los pueblos a los que pertenecen. Cumplen cargos en la iglesia como mayordomos o en cargos civiles de autoridad y en los diversos comités que cubren el mantenimiento de los servicios públicos que se mantienen con la participación comunitaria. Por ejemplo, siempre se les encuentra en las faenas para elaborar los arcos florales que adornan la entrada de la iglesia y del pueblo durante las mayordomías. Los milperos se distinguen por su amplia participación en las actividades que forman parte sustancial de la comunalidad local. Son los que mejor guardan y conocen la tradición que es característica de estos pueblos de tradición náhuatl.

En conclusión, la milpa está en el corazón del modo de vida campesino tradicional de Tlalnahuayocan y reproduce una parte fundamental de sus condiciones de vida sin destruir la biodiversidad, sino al contrario, apoyándose en ella como condición para reproducir la vida. La milpa en este lugar es un trabajo artesanal que requiere en ciertos momentos de relaciones de ayuda mutua, de intercambio de trabajo y colaboración. El campesino acude a trabajar en la milpa durante las labores agrícolas que requiere para su buen desarrollo pero también le provee de cuidados constantes: vigila a los animales que la visitan para evitar mayores daños, levanta y amarra las plantas que tira el aire, recolecta los quelites tiernos para su consumo o para alimentar a sus animalitos, está al pendiente de cuando aparecen las flores de calabaza y luego las calabacitas. La convivencia es fundamental porque el campesino siente que la milpa es la Madre Tierra, una entidad sagrada que les dará de comer.

Los campesinos son milpa. Son una parte de esa diversidad que allí convive, sus cuerpos están formados de ella. Pero sin ellos, la milpa no tendría sentido, no existiría.

En este sentido, se puede afirmar que la naturaleza se humaniza, pero también en sentido inverso, la humanidad se naturaliza. De ahí que las re-

laciones sociales que de ella surgen tienen un sentido de humanidad. Por esta razón, dice Bartra, la milpa es profundamente anticapitalista (Bartra, 2010).



Foto 21. *Ofrenda a la Madre Tierra. II Feria de la Milpa, Rancho Viejo, Tlalnelhuayocan* (Krystyna Paradowska, 2016).

Resignificando el Buen Vivir desde la experiencia compartida

*Krystyna Paradowska
Leticia Yolanda Quetzalli Bravo Reyes
Teodora Landa Valencia*

*Buscando otras formas de participar,
Uniéndonos para dialogar y
Escuchar los saberes y las
Necesidades personales, comunales y de la Madre Tierra.
Valiosa actitud ésta, para el emerger de alternativas de
Intervención, de estar, de andar y
Vivir el día a día más plenamente,
Integrándonos y reconstruyendo
Realidades, desde el respeto por el otro y por la Naturaleza.
Acróstico sobre el Buen Vivir
Teodora Landa Valencia*

Introducción

El 22 de mayo de 2016 llevamos a cabo el Encuentro de Cierre del proyecto Buen Vivir, al cual invitamos a todos quienes han sido parte de esta experiencia colectiva a lo largo de los últimos 18 meses. Personas de San Antonio, Tixtla, Xolostla y Rancho Viejo, oriundas y vecindadas, académicos y estudiantes, nos reunimos en el Centro de EcoAlfabetización y Diálogo de Saberes (Centro Ecodiálogo) de la Universidad Veracruzana para revivir y fortalecer los vínculos tejidos entre nosotros y para reflexionar sobre el aprendizaje construido colectivamente en torno al Buen Vivir. ¿Con qué asociábamos el Buen Vivir al inicio de este camino? ¿Qué significa ahora? Al reconocer tácitamente que el “cierre” refería en realidad al fin de una etapa que nos trajo a este otro umbral, venimos para hacer una pausa, mirar hacia atrás, observarnos y visualizar los escenarios futuros.

Sin duda el momento era otro. Al recordar las dudas que nos han acompañado desde el inicio sobre la posibilidad real de coincidir en los

imaginarios y expectativas en torno a una “vida buena” y de poder realizar conjuntamente acciones que nos favorecieran a todos en este sentido, reconocíamos silenciosamente la diferencia del momento presente, sintiendo que la experiencia compartida nos ha cambiado. Pero la mañana del taller nos trajo de nuevo la incertidumbre. En esta ocasión, por primera vez nuestras actividades trascendían los límites del verde cinturón de Xalapa y esto implicaba para la mayoría de los participantes el reto de cruzar la ciudad para llegar a la Unidad de Servicios Bibliotecarios y de Información (USBI) y a nuestro lugar de trabajo –la otra casa cuyas puertas queríamos abrirles hoy–. ¿Vendrán hasta acá, a un territorio desconocido? ¿No dudarán en nuestras intenciones? ¿La invitación no se confundirá con otros tantos eventos políticos de esta temporada electoral? ¿Hemos sido suficientemente claros, comprendidos y pertinentes como para establecer un compromiso firme y duradero con los involucrados? Por último, ¿cómo será ponderada esta actividad entre tantos otros compromisos y labores que se viven cotidianamente en las zonas rurales? La convocatoria para realizar una faena de recolección de la basura, lanzada por una candidata a la diputación en el transcurso de la semana precedente al evento, confundió y distrajo a la comunidad de Xolostla.³⁰ En este escenario, con el ánimo decaído, esperamos la llegada de los invitados. Las dudas empezaron a disiparse cuando saludamos a los primeros asistentes; afortunadamente, alcanzamos a reunirnos 28 personas.

Al llegar al Centro Ecodiálogo, Leticia guió a los invitados por los diferentes espacios, usos y significados de este laboratorio pedagógico para una vida sostenible. Enfatizaba a su vez el papel que juega en la revaloración y actualización de los conocimientos ancestrales y de las prácticas tradicionales en relación a la siembra, la construcción, la salud y la ritualidad. A cada paso de este recorrido por el temazcal, el huerto de plantas alimenticias y medicinales, la cocina y el centro de sanación, se ha ido minimizando la distancia entre universos físicos, institucionales y epistemológicos que suelen ser incomunicados y contradictorios. Con cada intercambio de palabras y miradas se entablaba la comunicación entre la academia y la vida.

En la palapa esperaban ya Daniel y Fernanda, estudiantes del Centro, con el incienso, agua y flores que simbolizaban los cuatro elementos y la

30 *Nota bene*, la faena se realizó con la participación de unos pocos vecinos, mas el carro recolector de la limpia pública municipal nunca llegó para llevársela, como supimos después.

dualidad, para honrar con ellos a los invitados y demarcar el umbral que antecedió al paso del espacio-tiempo en el que íbamos a sumergirnos. Tras ser sahumados y con la flor en la mano o en el cabello, con expresiones de agrado y familiaridad más que de sorpresa, los visitantes entraban a la construcción octagonal de madera para el encuentro que prometía ser cálido y trascendental en nuestras relaciones y en nuestro estado de conciencia colectiva. Familiarizándonos con la nueva perspectiva que ofrecía el lugar, en silencio contemplamos la belleza del paisaje y la exposición fotográfica aérea (dada la inexistencia de paredes en este espacio) que retrataba los momentos cruciales de nuestra breve historia común, en la que todos pudimos reconocernos. Sentados en círculo, en un ambiente de confianza, serenidad y alegría que caracterizó todo el evento, empezamos a sincronizar nuestros pensamientos, emociones y sentidos.

La telaraña de sentidos y aprendizajes

La primera actividad en el círculo tenía como propósito hacer visible la red que nos une.³¹ Con la ayuda de madeja de estambre, que pronto empezó a pasar de mano en mano uniendo con el lazo tangible a las personas que más cercanía han creado y compartido la experiencia del Buen Vivir, y con tarjetitas de colores colgadas del hilo en las que anotamos palabras que mejor definían esta relación, creamos una verdadera telaraña de *amistad, simpatía, motivación, enseñanza, amor a la tierra, camaradería, convivencia, estima, hermandad, recuerdos compartidos, unión y generosidad*³². Al contemplarnos en la telaraña, reflexionamos sobre las transformaciones en nuestras formas de relacionarnos y en la manera en que nuestros saberes se han enriquecido con el tiempo, consolidándose en aprendizajes personales y colectivos. Aunque todos hablamos desde nuestros propios lugares, expectativas, carencias y descubrimientos, logramos develar lo común entre lo más valorado en este aprendizaje sobre uno, sobre el otro y sobre nuestro colectivo. Aquí una muestra de ello:

“Aprendí sobre quienes son mis vecinos y así he aprendido a quererlos y a apreciar la presencia de otros; reconocí que se necesita del otro; aprendí a trabajar en equipo; aprendí a agradecer por las experiencias; aprendí a ser más paciente y confiar en lo que hacen otros y a tener fe en que todo va a salir bien; aprendí a sentir más confianza entre nosotros; aprendí que es importan-

31 La telaraña es una técnica didáctica para propiciar la integración grupal.

32 Expresiones de los integrantes del círculo, anotadas en las tarjetas.

te compartir saberes y que todos cultivemos lo que de una manera u otra sabemos; aprendí de la sabiduría de las hierbas, de la tierra, del barro para hacer casas y estufas, a salir y estar más con gente; aprendí a convivir más, a soltar e incluirme a cosas como éstas; aprendo del valor de la palabra ‘compartir’ y de mí misma; de cómo soy encerrada, avara y cómo salir me enriquece; aprendí que siempre hay nuevos valores que aprender; a valorar y construir la solidaridad y la confianza; a agradecer correspondiendo; aprendí a estar en equipo bajo otras formas; aprendí de mí misma y de todos; aprendí para enseñar a nuestros nietos sobre las casas de barro; a que sí funcionan las estufas; a cosechar, sembrar, ahorrar leña y de formas más saludables de comer y vivir; a compartir más.”

En estas palabras verbalizamos lo que hemos experimentado en el convivir y en el hacer. Podemos visibilizar nuestras diferencias personales de seres con experiencias únicas en torno a los valores compartidos y las fortalezas, antes ocultas y ahora emergentes. Unos valoramos más el cambio de actitudes en nosotros mismos; otros, los nuevos saberes. De forma espontánea, el hilo de re-aprendizaje volvió a tenderse alrededor de nosotros, cercándonos. Simbólicamente, con él demarcamos este conjunto de valores y fortalezas de nuestra “comunidad en re-aprendizaje sobre el Buen Vivir” que se sostiene gracias a la confianza, el gusto por estar juntos y compartir el amor por esta tierra, su alma y su gente.

Después del receso volvimos a la palapa para seguir a manera de “conversaciones de café”³³ en torno a tres preguntas centrales: ¿Qué es para ti el Buen Vivir y Vivir Bien? ¿En qué momentos y actividades te sentiste más a gusto y por qué? Y ¿qué cosas quieres seguir haciendo y qué consideras que faltó? Esto con la intención de despejar las brumas y co-construir nuestro horizonte común a partir de la acotación –ahora más posible que nunca– de esta noción antes un poco abstracta.

Como suma de nuestras inteligencias y voces puestas a dialogar, hemos podido construir un consenso sobre qué es el Buen Vivir. Para todo nuestro colectivo, el Buen Vivir es un horizonte, a la vez que una memoria del pasado y una realidad que experimentamos en nuestro compartir. La nutrida participación de todos los reunidos, la diversidad de aspectos que

33 La dinámica de *world café* “crea una red viva de conversación en torno a asuntos que importan. Una conversación de café es un proceso creativo que lleva a diálogo colaborativo, en donde “se comparte el conocimiento y la creación de posibilidades para la acción en grupos”. (<http://www.theworldcafe.com/wp-content/uploads/2015/07/SpanishwhatisTWC.pdf>)

fueron mencionados y la profundidad de reflexión nos dejó una auténtica satisfacción. Entre las voces, de palabra a palabra, se tejió un “saber vivir” complejo, permitiendo vislumbrar un conjunto sistémico a manera de una red compuesta de valores, actitudes y prácticas... todo un campo semántico que refleja nuestra condición humana y nos hace testigos de este tiempo y este lugar.



Foto 22. Taller para compartir los aprendizajes sobre el Buen Vivir en la palapa de Ecodiálogo (Angélica Ma. Hernández Ramírez, 2016).

Para dejar el testimonio de la sabiduría que fluyó a través de las voces de los participantes en este diálogo de saberes, a continuación intentamos describir la constelación de sentidos que de allí emergió, aun sabiendo que difícilmente se pueda plasmar aquí un saber complejo, que yace en diferentes niveles de nuestra inteligencia, y que combina lo racional con lo intuitivo, lo personal con lo colectivo.

Entre los valores fueron señalados: la colectividad y la comunidad; la pertenencia y la confianza; el equilibrio y la armonía; la sencillez, moderación o la justa medida; nuestro entorno que es nuestra casa y todo lo que la compone; la vida y la salud de la persona y del entorno; la pertinencia; el tiempo, la lentitud; la solidaridad y la soberanía. Para proteger y cultivar estos valores se habló de las actitudes o disposiciones necesarias como el respeto, el cuidado, la prudencia, el aprecio y el agradecimiento. Tam-

bién se conversó extensamente sobre las prácticas particulares para lograr el Buen Vivir.³⁴

La práctica más apreciada fue el *compartir*: compartir el tiempo, el esfuerzo, la comida, los conocimientos, las opiniones, el proyecto común. El compartir nos lleva a experimentar la pertenencia y permite vivir la comunidad. En palabras de Salvador:

“Somos con nosotros mismos y con los que nos rodean. El compartir es muy importante y ya no le damos ese valor. Hay que tener tiempo para esto. Es lo que nos hace estar bien. También es importante tener la flexibilidad de cambiar: al escuchar a los demás cambian nuestras anteriores ideas. Abrirse al cambio y tener un impacto positivo en el mundo”.

Como nos señalaron doña Vicky, doña Beta, doña Eugenia, Silvia y Goyo, el compartir es *estar con* la familia, los vecinos y otros seres vivos no necesariamente humanos, pues todos formamos parte de esta comunidad. Fueron reconocidas y agradecidas las actividades que juntos realizamos a favor de esta convivencia en la que reunimos a los habitantes de diferentes rincones de esta microrregión, sobre todo en el marco de las caminatas, visitas caseras y los talleres de verano.

El reconocimiento del valor intrínseco de todo lo que conforma nuestra casa común implica y requiere de nosotros una actitud de *respeto* y *cuidado*. Recuerda doña Vicky “que su abuelita que vivió más de cien años siempre decía que había que cuidar mucho el agua como si fuera agua bendita; ella cuidaba y disfrutó mucho de esa naturaleza limpia de aquella época; decía que había que cuidar los nacimientos, los ríos, todo. El agua no se puede comprar ni el aire o los animalitos como las aves o las ardillas que viven en el bosque”. Le secundó doña Ana diciendo que “hay que cuidar el *cañito* [arroyo] que ya está muy sucio y a veces baja el agua blanca en el Pixquiac cuando está bajito que no llueve; hay que recoger la basura, porque por su casa llegan a tirar los asientos de los carros viejos y las llantas”. Y las jóvenes de San Antonio hablaron de la necesidad de limpiar nuestras calles, bosques y ríos para “ayudar a la naturaleza”.

El tema de la siembra siempre nos ha acompañado pero no formó parte de nuestras actividades compartidas. Aun así, muchos hicieron referen-

34 La manera como se comentaron estos valores, actitudes y prácticas no seguía un orden ni estructura con la que se presenta a continuación. Fue una conversación libre que aquí se presenta sistematizada.

cia a la necesidad de *sembrar* o *cultivar* en toda la amplitud y profundidad de la palabra.³⁵ Hubo una coincidencia y complementariedad hermosa entre las personas cuya relación con la tierra se ha perfilado desde ángulos muy diferentes: los agricultores locales como Moi y Goyo, las hijas de gente de campo educadas para la vida urbana, la permacultora londinense asentada desde hace tres décadas en la zona, y la actriz-aprendiz en las tareas de cuidado de su huerto... todos, desde sus sentires, aportaron distintos significados que para ellos esta noble práctica encierra. Continuar sembrando es importante para el Buen Vivir porque perpetúa la tradición de los abuelos y su sabiduría. En palabras de Leticia, “sembrar nos enseña a ser más humanos, nos enseña que las cosas no se dan sin esfuerzo, nos enseña a cuidar, a agradecer, a valorar la tierra, tener la paciencia, en fin, desarrolla cierta inteligencia”. Cultivar trae todo tipo de beneficios, desde la satisfacción que se vive al ver la siembra crecer y al cosechar –pues “uno se maravilla al ver cómo crece”, dice don Moi–, hasta no tener que comprar y poder comer lo saludable, lo mejor y a gusto. La hija de don Tacho reconoce que “su papá siembra y ella ya no sabe hacerlo; él sí sabe vivir mejor”.

De muchas maneras se resaltó el valor de lo inmediato y lo instantáneo, señalando sobre todo que el Buen Vivir depende de la capacidad de *apreciar y agradecer lo que se tiene a la mano*, lo elemental para la vida y lo que se vive cotidianamente. En palabras de Mariana, vivir bien es “estar en el lugar en que estoy, en este país, cerca de esta ciudad, y en esta casa; rodeada de la naturaleza y la bondad de la tierra; es estar donde hay agua, porque hay muchas personas que tienen que vivir donde no la hay.” Se habló de la capacidad de *vivir el momento*, el *aquí y ahora*, pues “la felicidad está en el proceso”, está en el hacer, en el vivir cada instante de manera plena. Se necesita de buena voluntad y optimismo, pero también apreciar cada momento vivido.

Estar en cercanía de la naturaleza y vivir en armonía con ella fue otro punto de coincidencia. Muchos recordaron y agradecieron las caminatas como la actividad que les permitió experimentar el Buen Vivir. En palabras de Judy, esta sensación tiene que ver con “el contacto con la naturaleza, con sentir el cuerpo al caminar, poder volver a usar las piernas, tener tiempo y la posibilidad de detenernos y disfrutar realmente el entorno, sin

35 No por coincidencia sino por su esencia, aún vigente, como constatamos, la palabra cultura viene de cultivar.

correr pensando en otras cosas". También el disfrute de la compañía de otras personas en las caminatas es parte de esta experiencia.

La importancia de alimentarnos bien y con comida natural, si es posible cultivada por nosotros mismos o proveniente de una fuente conocida, resonó como eco del buen comer y de nuestras reuniones enfocadas en el valor de los huertos caseros para la salud y la soberanía alimentaria. Nos recordó Judy que "el Buen Vivir es también *cultivar nuestra comida* ahora que todo está más caro. Ya hasta en las ciudades se cultivan chiles, papas y lo que comemos a diario; cuando compramos no sabemos qué transgénicos trae ese alimento, si está adulterado o qué químico venenoso contiene". Y como buena permacultora, nos invita a "sembrar algo para cada época del año; no todo pero algo, pues no podemos vivir sin comer". El buen comer implica también la moderación: "no comer todo lo que uno quiere sino poquito, quelites, yerbas, frutas, no tanta carne", recomienda por su parte don Goyo. El *comer sano* encuentra su complemento en el *vivir en un ambiente sano*, sin basura ni ríos contaminados –dos problemas que, como nos comentó don Tacho, se han ido agravando en las últimas décadas a una velocidad aterradora–. Al mencionar la importancia de la salud para el Buen Vivir, doña Eugenia se refirió a la salud propia, de los miembros de la familia y de los vecinos; resaltó la dependencia entre la situación del otro y nuestro propio sentir.

Estar activo y en constante movimiento es parte esencial de este Buen Vivir. Se habló de la necesidad de trabajar para *sentirse útil*, de la actividad física como medio para mantenerse saludable y satisfecho. El estar activo comprende una gama de aspectos que nos regresan a las prácticas ya mencionadas, como el trabajo realizado en torno a las estufas, las caminatas y la necesidad de cuidar al otro y al medioambiente. ¿Tal vez también aquí, como en las conversaciones con los campesinos totonacos de las comunidades de Papantla, *estar en movimiento* es sinónimo de estar vivo y, por lo tanto, la condición básica del Buen Vivir?³⁶ El valor del trabajo y del saber pertinente fue resaltado por doña Ana: "el Buen Vivir es aprender a cocinar, a lavar trastes y ropa, conocer cuándo es la cosecha de hongos y saber cuáles se pueden comer y cuáles no; bordar es muy bonito." Al formar parte inherente de la vida, *tener la herramienta* adecuada para realizar el trabajo cobra relevancia sobre todo en las voces de las mujeres,

36 Véase K. Paradowska, *Diálogo de saberes para el replanteamiento teórico de la restauración ecológica con enfoque biocultural* (tesis de doctorado, CITRO-UV, 2013).

quienes reconocieron el valor de las estufas ahorradoras de leña que hemos construido entre todos a manera de “mano vuelta”.

Tener *tiempo* es fundamental: “Gana más el que tiene tiempo para ver aves, sembrar, cosechar, leer lo que uno quiera y compartir; hay que tener tiempo para uno mismo y tiempo para los demás”, nos dijo Leticia Valenzuela. La *sencillez* también en la comunicación y en la convivencia nos brinda paz y armonía. Esta cualidad que siempre hemos procurado cuidar, fue reconocida y aplaudida por los participantes que comparten la sensación de agobio en un mundo cada vez más complejo. Se habló mucho de sentir paz como condición del Buen Vivir, lo cual significa mantener la *serenidad*, *cultivar la paciencia*, *el perdón* y la ya mencionada *moderación*. “Tener ni mucho ni poco”, en palabras de doña Petra, y “saber vivir en paz con mi familia y con mis vecinos”, según don Goyo. De manera indirecta, se hizo referencia a un “saber” necesario para lograr la armonía, serenidad, paz y equilibrio, que se aprende y se construye a lo largo de la vida.

El escuchar y contar historias (orales o escritas) fue otra necesidad resaltada por varios participantes del taller, pues encontramos en las historias otra forma de reflejarnos en el otro, hacemos parte de un universo en esta búsqueda compartida de pertenencia y sentido de la vida. Menciona don Moi que “al leer o escuchar a otros se logra escuchar lo que uno mismo siente y quisiera expresar, decir lo que uno no puede decir bien”. “En las historias de otros están los valores universales en los que nos reflejamos”, señala Leticia, y añade: “es muy importante poner atención a la lectura y reforzarla porque se aprende mucho; de una lectura se aprende historia que no es nuestra pero que nos refleja en valores universales, para fomentar esos valores que hay en la lectura”. Varias participaciones se enfocaron a la revaloración del juego por ser sano, divertido y un derecho de todos. El juego se mencionó al recordar los Talleres de Verano y los ensayos de la pastorela, pero también en el contexto del olvido de los juegos sanos en una época dominada por la tecnología.

Tender puentes

Y así, al tejer la red con hilos de confianza, pertenencia, solidaridad, reciprocidad y sabiduría, hemos ido construyendo una noción integral que engloba armoniosamente lo terrenal y lo espiritual; atendemos el cuerpo y el alma, lo material y lo intangible, todo en su justa medida. Estas voces

constituyen no solamente un testimonio del consenso que se dio en este espacio de reflexión, son también el eco de la crisis multifacética que desafía las capacidades de respuesta acabando con la esperanza de muchos. Las voces de las personas mayores, quienes tradicionalmente solían tener el papel privilegiado para aconsejar y orientar a su gente,³⁷ también resonaron en esta ocasión en las palabras de doña Ana, doña Vicky, don Goyo y don Moi, pronunciadas desde su sincera preocupación por el futuro de la sociedad que hoy enfrenta graves retos. Específicamente se refirieron a la niñez y la juventud que parecen naufragar sin rumbo en un mundo fragmentado y frágil. Comenta doña Ana, procedente de Misantla y actual habitante de Tixtla:

“Yo desde los siete años aprendí a sembrar arroz, jícama, tomate; todo era trabajo. Hoy los niños juegan mucho y no aprenden a trabajar en nada. Nosotros nunca descansábamos, todos los días trabajábamos y no fuimos a la escuela; los domingos cocíamos nuestra ropa. Nunca estábamos sin hacer nada. Todos los días hacíamos dos cubetas de masa de tortillas, y en un molino de mano preparábamos la masa del nixtamal. Hoy los niños van a la escuela y no aprenden a hacer nada y cuando terminan la escuela no saben hacer nada. No se saben sustentar a sí mismos.”

En la misma tesitura, don Goyo, de Xolostla, aporta:

“Cuando yo vivía arrimado de niño, no podía tener todo. Los niños deben tener sus tareas y responsabilidades. Ahora sólo ven televisión y ya no tienen responsabilidades porque muchos tienen a los padres en Estados Unidos, son familias desunidas que ya no tienen bienestar y ya no están felices pues todos están lejos. La felicidad es amor a la familia, es salud, es saber vivir en paz con mi familia y con mis vecinos.”

Don Moi, en defensa de la niñez y la juventud, aporta:

“Hay que fomentar juegos sanos, no sólo los del celular, ya que hoy no juegan los niños más que juegos de muerte y de violencia; hay que apoyar a que los niños jueguen, lograr que los niños vuelvan a jugar. También es recuperar el valor de la amistad y de los sentimientos compartidos, de los valores”.

Varios asintieron que es preciso “decir *no* a la tecnología que nos hace perder el sentido del Buen Vivir, pues parece que la tecnología nos hace retroceder más que mejorar; hay que combatir a la tecnología con juegos

³⁷ Véase el papel de los consejos de ancianos en las culturas indígenas, como el *kantiyán* totonaco.

y lectura y que los niños siembren y cuiden sus plantas y así aprendan a valorar el alimento que comemos”.

Estas voces emanan de la sabiduría de años de vida y trabajo, como prueba de resistencia de los valores que se reafirman como esenciales en el mundo contemporáneo regido por la desproporción, el desequilibrio y el sinsentido.³⁸ Para nuestra sorpresa (¿o tal vez no?) en este proceso hemos podido constatar que la noción de Buen Vivir sentida, pensada y vivida aquí en la zona rural adyacente a Xalapa, es heredera de imaginarios ancestrales de aquellos pueblos que cuidaban el equilibrio sagrado de su mundo, el equilibrio que nuestra sociedad urbanizada y globalizada desdeña y está perdiendo. Hemos logrado visibilizar la vigencia de estos valores y saberes en la sociedad mexicana de hoy, que no se limita sólo a las comunidades indígenas tradicionales, sino que permea la conciencia de amplias capas sociales y hasta el sentido común de los individuos que viven en contextos simbólicos aparentemente distantes. Desde la noción del Buen Vivir se despliega un conjunto de saberes resilientes que han perdurado, saberes capaces de actualizarse y resignificarse en la complejidad del mundo contemporáneo y afrontar los desafíos de la vida actual.

La sabiduría que nuestros vecinos aportan a manera de legado a las reflexiones de los pensadores críticos como Iván Illich, Paolo Freire, Leonardo Boff y Edgar Morin nos alertan sobre la importancia de la crianza para el Buen Vivir. Los educadores, académicos y padres de familia tenemos la responsabilidad con las generaciones venideras, pues si bien el Buen Vivir es un valor “gratuito” en términos económicos, depende de lo que logremos cultivar desde la vigilia constante y el amor incondicional por la vida, el prójimo y nuestra casa común.

Jugar, cultivar, contar y escuchar historias... sin duda son prácticas sociales que nos definen como humanos, que nos humanizan y nos civilizan. Se originan en la conciencia de uno mismo y de su reflejo, el otro, del reconocimiento de las reglas de la vida y de nuestro lugar en la trama. Más que un sinónimo de la felicidad, el Buen Vivir alude al lugar que ocupamos en el mundo. Nos coloca en el lugar desde donde podemos mantener el equilibrio de nuestro universo, a través de la conciencia y el compromiso.

38 Véase Iván Illich, *Obras reunidas*. Tomos I y II (2006-2008); y Edgar Morin, *Los siete saberes necesarios para la educación del futuro* (1999); Morin y Kern, *Tierra Patria* (1993); Morin, Ciurana y Motta, *Educación en la era planetaria* (2002).

Dialogar sobre estos temas nos ofrece las pautas para enfocar los siguientes pasos en común. Para visualizar los escenarios futuros también nos ayudan voces que señalaron directamente las actividades que vale la pena continuar y las que han faltado. Lo que rescatamos aquí es el deseo expreso de que las buenas prácticas permean nuestra cotidianidad y que en lugar de depender de los organizadores, todos nos convirtamos en facilitadores del Buen Vivir para que nuestra red vecinal crezca e involucre a nuevos actores. Al tender puentes entre el pasado, el presente y el futuro, entre personas y mundos aparentemente cercanos pero distantes, y entre horizontes quizá lejanos pero coincidentes en lo esencial, concluimos este tramo del camino hecho al andar.

A manera de epílogo. La crisis como camino al Buen Vivir

Krystyna Barbara Paradowska

¿Para qué un/a académico/a comparte las experiencias de un proyecto de investigación? ¿Para sostener un diálogo con sus pares? ¿Buscar la validación y credibilidad del método, los objetivos y los resultados alcanzados? ¿Justificar públicamente el estatus, los privilegios y la etiqueta que orgulloosamente porta en su hábil tránsito por el mundo del conocimiento? Tal vez gracias a este confort interno pueda olvidarse por un momento del otro mundo simultáneo y real que opera con sus propios criterios de reconocimiento que no necesariamente coinciden con los acordados en el universo de la academia...

A menudo los verdaderos motivos y los verdaderos aprendizajes de la participación en los proyectos de investigación quedan ocultos, silenciados, invisibilizados e inaccesibles al público, excepto tal vez los testimonios de los personajes icónicos de la ciencia y filosofía a quienes el mundo está dispuesto a escuchar. Debe tal vez preocuparnos que la veta más sincera de nuestro aprendizaje no siempre es reconocida como objeto digno de reflexión íntima del mismo sujeto... pues cumplir con los objetivos y metas preestablecidas y entregar los resultados comprometidos es lo que nos quita el sueño y absorbe nuestra energía.

En la óptica del paradigma basado en la certeza y el raciocinio, puede resultar poco atractivo y hasta *degradante* reconocer públicamente que nuestra indagación, en lugar de ofrecer respuestas, nos lleva a dudar y formular nuevas preguntas. Admitir que nos equivocamos, que nuestra mirada es parcial y que finalmente no tenemos el control sobre el sentido de nuestras acciones, que nuestra obra nunca tendrá una forma acabada y que la perfección matemática es una ilusión que nos separa de la vida, aún suena a desafío en los círculos más escolásticos. Pero callarlo es hacerse ciego y sordo a lo que acontece independientemente de nuestras hipótesis y lentes que nos ponen otros. Por ello, aquí se abre el espacio para celebrar la fragi-

lidad de lo efímero y la importancia de lo particular, compartiendo la convicción de que es justo en el campo de la subjetividad donde más sentido encontramos de todo el esfuerzo realizado hasta ahora.

En estas palabras finales quiero ahondar en el trasfondo profundo y subjetivo de la crisis que originó esta historia. De esta parte oscura y sensible de las vivencias, el vacío, la inconformidad, el desencanto y la constante búsqueda se trata la primera parte de este testimonio. Consecuentemente, habla del aprendizaje personal hacia el reencantamiento desde el reconocimiento y cultivo de lo más pequeño e inmediato.³⁹

Las raíces de la crisis

Si imaginamos la conciencia como un árbol, cuyas lúgubres raíces encuentran su reflejo en las verdes ramas extendidas al mundo como manifestación por excelencia de la fuerza de la vida, es posible que encontremos el lado positivo de nuestras crisis. La mía tiene varias y enredadas raíces.

Una de ellas proviene de mi calidad de extranjería (no como esencia, sino como característica) que, pese a los años vividos en el nuevo continente, deja huellas imborrables. Siendo inmigrante del viejo mundo me he vuelto una malabarista, bastante torpe por cierto, en el constante intento de hacer equilibrio entre diversas historias, imaginarios y lenguajes. Me frustraba esa incapacidad mía de traducir de manera fina entre mundos diferentes en los que me sumergía, tener que usar etiquetas y atajos mentales, y ser a la vez objeto de los mismos procedimientos. Por otra parte, acostumbrarme a que soy "la gringa" ha sido de lo más insustancial en toda esta "ficción". ¿Necesitamos estos recursos para explicarnos mutuamente y domesticar nuestras diferencias para finalmente no reconocerlas nunca, cayendo en la trampa de la supuesta tolerancia e integración? Lo dramático no es que me haya sentido "víctima" de dichos esquemas, sino que desde siempre he estado consciente de las contradicciones que esto

39 Para seguir esta veta desde la perspectiva de la complejidad, que oscila entre la imposibilidad de un conocimiento verdaderamente objetivo y la necesidad de devolver al sujeto al proceso de conocer, véase "El espíritu del valle" de Edgar Morin (*El Método 1. La Naturaleza de la Naturaleza*, 1977, pp. 22-39).

conllevo pero carecía de visión y de herramientas para manejarlas de otra manera.⁴⁰

La otredad puede atraer o puede provocar reacciones contrarias, despertar desconfianza y rechazo. Mi historia de amor por México pasó por muchos vaivenes: como un paraíso perdido en el inicio y un reto de supervivencia, adaptación y encuentro de sentido en la etapa posterior. Después de embriagar empezó a doler, como la resaca que queda luego del 15 de septiembre. Duele la inequidad, la injusticia, la sinvergüenza de muchos de sus gobernantes, hasta la estrategia de supervivencia de su pueblo –la resistencia pasiva tan fácil de confundir con la apatía y el conformismo–, y la desconfianza velada tras una actitud amable y condescendiente.

De esta condición empezaron a surgir muchas preguntas que se han filtrado al universo que indagaba, por el simple hecho de que no hay una separación entre la vida y mi labor académica. ¿Es posible el diálogo si nuestras referencias, las que nos ayudan a construir el sentido, se ubican en universos lejanos, separados y sumamente complejos? ¿Es posible traducir entre horizontes culturales y actuar de buena fe sin cometer violencia simbólica? ¿No estamos acaso colonizando la realidad en la que intervenimos con esta idea de “buen vivir”? ¿Hay algo que realmente justifica mi estar y mi hacer acá? ¿Cómo no desaprender en este intento de diálogo con el otro? ¿Cómo cuidarse al cuidar al otro? ¿De qué manera no diluirse y no desaparecer como individuo portador de una historia y un lenguaje? ¿Dónde están los límites de la apertura y de la resistencia, necesarias para mantener el equilibrio entre el autocuidado y el servicio, entre lo personal y lo colectivo? En el acontecimiento del diálogo profundo, ¿podemos borrar las asimetrías del poder y diferencias culturales para construir una conciencia compartida entre seres humanos? Mi lectura más personal de la experiencia del proyecto oscila sin duda en torno a la posibilidad de diálogo y el reto de la interculturalidad.

La otra raíz de mi crisis tiene que ver con el cambio de hábitat de la ciudad al campo y el intento de hacer mi vida en este medio hasta ahora poco conocido. Por más extraño que parezca, aquí es donde las dificultades encontradas fueron más drásticas, más tangibles. La frontera más im-

40 La noción transdisciplinaria de la paradoja y la lectura de *El arte de la resistencia*, de James C. Scott (2000), han resultado muy reveladoras para entender los discursos ocultos del mexicano.

penetrable parece estar marcándose en esta diferencia entre lo urbano y lo rural y no en las fronteras políticas de los estados. En esta etapa y al lado de mi pareja, me aventuro –pues me considero un ser cien por ciento ciudadano, proveniente de una de las regiones más densamente pobladas e industrializadas de Europa central– a construir un sueño de una vida campestre, persiguiendo quizá uno de los mitos del imaginario colectivo europeo.⁴¹

Sobra decir que el idilio no fue encontrado y que nos ha costado mucho intentar en vano convertir nuestro predio rústico en un lugar domesticado que respondiera a nuestras expectativas. El entorno natural y el entorno social parecían confabular en un complot para aniquilar nuestras ilusiones. El acahual que decidimos cuidar –sobre tierra de barro amarillo y lleno de plantas urticarias como mala mujer, *caquistle* e impenetrables enredaderas– nos dio a entender que “no quiere” que nos acerquemos a él y le ayudemos a convertirse en un hermoso vergel o un bosque más saludable. Por otra parte, el intento de entablar relaciones con algunos vecinos resultó otra fuente de frustración, pues varias veces fuimos objeto de abuso. Estos intentos fallidos de volverse parte de este lugar bajo nuestras condiciones y contribuir a él de “buena fe”, sólo mostraron cuánta ignorancia y arrogancia había en mi modo de acercarme al lugar donde vivo. Me obligó a suspender mis expectativas y entusiasmo iniciales.

En principio no me daba cuenta de que en mi forma de habitar el lugar repetía un conjunto de hábitos ciudadanos, inconscientemente trasladados a donde no correspondían. El valor tácitamente atribuido al anonimato y el respeto a la privacidad me condujeron a seguir viviendo como si fuera invisible para los demás, sin advertir que somos observados constantemente. El hecho de ser observada ya me hacía parte de esta comunidad, pero de forma pasiva y con la desventaja –de nuevo– de no contar con un instrumento para negociar mi espacio. Las relaciones con el entorno pronto resultaron incómodas, no porque estallaran en conflictos abiertos, sino porque se acumulaba una distancia y un malestar provenientes desde lo intangible, que emanaba desde el nivel simbólico, sensibilidades y preferencias estéticas que no convergían. Aun al encontrar cierta lógica de algunas prácticas que no comparto y reconocer que mis maneras

41 La imagen idealizada de la vida campestre en Europa ha encontrado infinitas expresiones en la poesía y pintura idílicas desde la antigüedad, resurgiendo con mayor fuerza en la época renacentista, el romanticismo y los comienzos del siglo XX.

simplemente “no funcionan” aquí, sigo sintiendo un irremediable desacuerdo con varias de ellas. Mi habitar en la periferia de Xalapa terminó en una disociación total entre mi idea idílica de una vida en el campo y la realidad.

La desesperación y la impotencia se acumulaban al padecer una cantidad de “problemas” que parecían sólo preocuparme a mí. Con la iniciativa de solucionar el problema del tiradero clandestino de basura en “tierra de nadie” –un predio boscoso adjunto a un camino de terracería– no sólo no conseguí la respuesta esperada de los vecinos, sino que estaba moviendo un nido de avispas. La supuesta tierra de nadie empezó a involucrar muchos intereses cuando fue tocada por una foránea, al grado de despertar la suspicacia de los habitantes hasta las indirectas sobre quien en determinado caso pudiera convocar a las faenas comunitarias o ser vocero de los vecinos ante autoridades. Finalmente, cualquier iniciativa para “mejorar el lugar” desafiaba formas de actuar y relaciones de poder establecidas.

¿Cómo dejar de ser “la gringa” para mis vecinos de Xolostla y San Antonio? ¿Cómo cambiar mi propia óptica y sustituir el desagrado que crece con cada decepción y malentendido, por una mirada fresca, abierta y amistosa? ¿Somos capaces de vernos como seres cercanos, con nuestras virtudes y flaquezas humanas, sentir el cariño por el otro, sentirnos cuidados y ofrecer ayuda espontáneamente? En el fondo de estas preguntas y vivencias hay un mundo de contradicciones. En lo más personal e íntimo siempre he sentido cierta fobia hacia “la colectividad” pero también, más recientemente, he experimentado el anhelo de pertenecer a una comunidad física, ya que vivo apartada de la mía por mi condición de extranjería. ¿Cómo integrarse a la comunidad? Y dentro de ella, ¿cómo propiciar que nuestras diferencias se reconozcan y respeten mutuamente? ¿Cómo resolver la contradicción entre el anhelo de pertenencia y el rechazo a las etiquetas y jerarquías que siempre he sentido, independientemente si éstas me privilegiaban o ponían en desventaja? Esta contradicción me lleva a pensar en una comunidad utópica, comunidad que no existe...

La academia ha sido para mí otra ancla en la vida, la cual también se ha convertido en otro escenario de la crisis personal, seguramente reflejo de una crisis humana y epistemológica que nos demanda una vigilia y tenacidad excepcionales. El paso de ser estudiante y colaboradora en proyectos a pertenecer formalmente al gremio académico ha tenido para mí,

además de evidentes beneficios, un precio muy elevado. El arribo al Centro de Ecodiálogo significó poner en entredicho muchos de los modos y verdades. Entre ellos, implicó el abandono de mi ruta trazada con esfuerzo a lo largo de años y de la relativa “zona de confort” conformada por campos y temas que manejaba con cierta seguridad. ¿Cómo aprender cosas nuevas sin desaprender lo anterior? ¿Cuánto hay que sacrificar para poder resignificar y reconstruir nuestro conocer? ¿Y cuánto para que las “tareas intelectuales” que realizamos en la academia y en la vida logren una verdadera pertinencia al momento y a las circunstancias que vivimos como sociedad?

Con el saco de certezas roto y el orgullo apaleado me sumergí en el proceso de reaprendizaje transdisciplinario. Perdida en el nuevo lenguaje y novedosas estrategias pedagógicas, en la confusión de roles –a ratos co-aprendiz, a rato co-aprendedora y principalmente, a manera transdisciplinaria, ambas facetas opuestas al mismo tiempo–, al intentar encontrarme “entre y más allá” de mi cuerpo, la mente y el alma; al cumplir con las exigencias de la institución y al mismo tiempo con las de *mi* conversión al nuevo paradigma; al entretejer tímidamente lo que mi propia conciencia y experiencia me decían..., empecé el proceso de la metamorfosis. Parte de este proceso consistía en experimentar el encuentro con las nuevas verdades, exigencia demasiado desatinada para las circunstancias que todos en Ecodiálogo estábamos viviendo en esos momentos. En lugar de alcanzar el anhelado estado de coherencia y armonía, me tocó vivir las contradicciones en carne propia.

Una de estas contradicciones más fuertes que se han apoderado de manera destructiva de mi entusiasmo y mi fe se ha centrado en la noción de diálogo. Mi escepticismo, sin embargo, no era algo nuevo, sino que provenía de trasfondos más amplios de la experiencia ya mencionados. La posibilidad de que el diálogo ocurra se torna nula en una sociedad polarizada o en un grupo jerarquizado. En su lugar aparecen discursos públicos y discursos ocultos como estrategias de la manipulación de los poderosos y la resistencia pasiva de los oprimidos (Scott, 2000). La vida en México y las reveladoras obras de Scott y de Foucault contribuyeron a que la perspectiva de poder se integrara a mi mundo y que en algún momento se volviera indispensable para entender el entorno social en el que me sumergí. El diálogo en una sociedad atravesada por el poder se limita a negociaciones y acuerdos o, en el mejor de los casos, alianzas temporales en relación

a algún tema de interés común. ¿Podemos acaso hablar de diálogo sin reconocer que vivimos en una sociedad polarizada por las relaciones asimétricas de poder? ¿De qué hablamos si no estamos dispuestos a ceder el poder que tenemos, aunque este poder fuera sólo una ilusión?

Otro ámbito de dudas se creó en torno a la noción de comunidad. ¿Podemos hablar de la comunidad como un valor supremo, ignorando su parte oscura, intolerante, impositiva, con el poder de fabricar e imponer su versión de la realidad a la del individuo? La comunidad “buena” tiene su contraparte “mala”: la comunidad que enjuicia y que busca cualquier enemigo para justificarse; la comunidad que practica la exclusión y ostracismo a quien represente una amenaza a su interés o su credo; la comunidad que prende fuego a la hoguera o lapida al que difiera de sus principios y pronuncie una verdad diferente. Este también es otro rostro de la comunidad. Sin embargo, esta contradicción hace que la tarea de “construir comunidad” se vuelva más noble y heroica.

Finalmente, entender que el discurso del Buen Vivir suena bonito de lejos pero que, como cualquier concepto, puede ser empleado en contextos y con fines diversos, socavó mi propio discurso. Una vez extraído de su contexto contrahegemónico que le infieren líderes de los pueblos indígenas, se usa como caballo de Troya para contrabandear otros contenidos y otros valores. Vaciado de su sentido original, el Buen Vivir pasa a ser parte de las campañas comerciales de grandes tiendas departamentales y de los discursos de los gobernantes. ¿Es “buen vivir” otro concepto vacío y condenado al abuso?

En esta ruptura epistemológica intento ser abierta a la incertidumbre y a las ideas que se contradicen, al mismo tiempo que evitar la tentación de sacralizar ciertos conceptos, pues ya he conocido lo empalagoso, demagógico y erróneo que pueden ser los discursos. En su lugar, aparece la necesidad de una vigilia constante y una responsabilidad individual por el uso de esta poderosa herramienta que representa el lenguaje y el símbolo.

El desencanto y la duda... Todo se conjunta en una crisis totalizadora justo en el momento cuando me toca empezar el proyecto, planteado en tiempos mejores cuando mi fe y entusiasmo aún no estaban tan deteriorados, proyecto que ahora parece una quimera hecha en arenas movedizas y sin fundamentos sólidos. Todos los cimientos parecen estarse hundiendo; todas las raíces, putrefactas. En mi vida privada la crisis se apodera de

la salud de mi pareja quien, aparentemente sin ser involucrado directamente, parece volverse un crisol de crisis propias y sobre todo ajenas, mías y de la sociedad de la desconfianza, violencia y desamparo en la que nos hemos convertido. Descubro con terror que soy la persona más improbable para hablar de buen vivir. Una más entre las paradojas.

Se pierde la noción de estar y hacer y esto hace dudar en el sentido del camino recorrido que me ha permitido estar aquí: el esfuerzo realizado, las decisiones tomadas y asumidas, las experiencias vividas, los aprendizajes, los sacrificios, la vida pues... todo se va al bote de la basura. En medio de sentir el horror de cómo mi mundo se derrumba, hago un esfuerzo titánico de defender mi palabra y mi "proyecto". A la vez siento el vacío. Si no hay fe ¿qué va a mover las montañas?

Replanteamiento del Buen Vivir desde la crisis

Agradezco al proyecto que existiese. Solemos demonizar la palabra "proyecto" por sus implicaciones contradictorias con la perspectiva transdisciplinaria, como si fuera la esencia del método positivista. Mi caso es la prueba de que a veces hace falta un marco que nos contenga y nos sirva de brújula. El proyecto aquí es sólo (¿sólo?) un pretexto para hacernos caminar en lo incierto y lo desconocido.⁴²

Las paradojas de la vida nos obligan a ver la crisis como una oportunidad. Como una oportunidad de acercarse desde la vida misma al nuevo paradigma que demanda de nosotros la renuncia a las certezas y al poder; oportunidad de aceptar que no siempre se pueden forzar las cosas para que sucedan y que para que sucedan es preciso suspender y consensuar. La oportunidad nace para quien está abierto a las posibilidades que constantemente se manifiestan en el horizonte y desde nosotros, para quien suspende y escucha el entorno. La crisis también nos enseña que tenemos que asumir la responsabilidad por nosotros mismos y por el mundo en el que tenemos incidencia y no por el que está más allá de nuestro espacio cotidiano. Por ello las nociones de diálogo, comunidad, buen vivir e interculturalidad se integran como los ejes transversales de mi indagación, pues si bien han sido fuentes de una profunda crisis, ahora también se convierten en auténticos retos para mi vida-indagación.

42 Existe una obvia convergencia entre mi comprensión del proyecto y "el método como camino" o como "caminar sin camino" de Edgar Morin. "El método no puede formarse más que durante la búsqueda" (E. Morin, "El espíritu del valle", en *El Método 1*, p. 36).

Al compartir algunas de estas inquietudes con las integrantes del equipo, en esta iniciativa planteamos buscar oportunidades de buen vivir en la microrregión que habitamos y con los vecinos más cercanos. Sin forzar los procesos, de manera suave, empezamos por conocernos mejor, abrirnos a la escucha del otro sin prejuicios ni grandes expectativas, ampliar nuestros horizontes y dialogar con las alternativas que tenemos a la mano; aprender juntos, paso a paso, fortaleciendo la confianza entre nosotros y en nosotros mismos; trabajar juntos y gozar al mismo tiempo, reflexionar y construir alianzas con otros que comparten este camino, re-inventando la comunidad y el diálogo, sanando las relaciones con el otro y con el entorno. Así, afronté mi extranjería co-construyendo la pertenencia y el arraigo con mis compañeros del camino. Adopté actitudes nuevas para armonizar mi habitar en el campo. Reconstruí el sentido de diálogo y de vida en comunidad a partir de una experiencia concreta y real.

Como equipo de trabajo, partimos de la definición de las necesidades compartidas que tomaron forma de un conjunto de intenciones que hemos ido vertiendo en el proceso. Para empezar, deseábamos convertirnos en buenos vecinos de las comunidades donde nos asentamos y declarar nuestra amistad en lugar de seguir sembrando mutua desconfianza. Queríamos construir espacios incluyentes en los que todos fuéramos importantes y en donde todas las opiniones y sentires tuvieran cabida. Para lograrlo fue necesario facilitar herramientas para reaprender a escucharnos y respetarnos, y a la vez evidenciar los mecanismos que en la vida cotidiana no nos lo permiten; mostrar cómo, inconscientemente, reproducimos jerarquías y desigualdad entre nosotros invisibilizando y callando al otro. Conscientes de nuestras raíces, historias y muchas veces sentires diferentes sobre la misma realidad, nos empeñamos en mostrar que pese a las diferencias nos unen las mismas cualidades humanas, el lugar que compartimos y un buen número de preocupaciones comunes que sólo juntos podemos resolver. Gracias a la tenacidad con la que enfatizamos lo que nos une, la iniciativa pudo florecer.

Lidiando con la trampa presente en cada intervención de este tipo, y sabedores de que involuntariamente –pero inevitablemente– al venir a estos lugares nos hacemos partícipes del mismo proceso de urbanización y globalización que cuestionamos, tuvimos que renegociar la percepción con la que seguramente fuimos recibidos. Pues no venimos a colonizar a nadie con nuestras formas de pensar y hacer ni cambiar sus modos de vida sino a

sentir y escuchar el alma del lugar, fusionarnos en una sola comunidad y fortalecerlos-nos, procurando respetar las instituciones locales y las formas de hacer. Hemos buscado las convergencias entre nuestras convicciones y los valores profundos de estas comarcas; así, hemos encontrado que la “mano vuelta”, la reciprocidad y los espacios cotidianos en los que tejemos nuestras vidas tienen una gran importancia para salvar la humanidad, la que está en uno y la que compartimos con todos los seres humanos.

Con base en este reconocimiento, planteamos la posibilidad de organizarnos para gestionar nuestro entorno y nuestra vida cotidiana, aunque esto implique un esfuerzo mayor y un desafío al *status quo* de los poderes y roles existentes. A lo largo del proceso nos abocamos a aportar ejemplos de que las soluciones a los problemas que nos abruman no necesariamente requieren intervenciones externas, sino que radican en nuestra disposición y capacidad de organizarnos al brindar nuestro tiempo y creatividad. Los talleres de verano para niños y la construcción de estufas mediante “mano vuelta” han sido estas semillas que sembramos y que esperamos que germinen cuando llegue su momento. Sobre todo, nuestra intención consistió en salirnos de las dicotomías que nos polarizan, olvidarnos de las monoculturas⁴³ que descalifican la otredad y contribuir a un mundo basado en el reconocimiento de la diversidad de sujetos, sus saberes y sus haceres. En otras palabras, cambiar las relaciones entre los elementos que conforman nuestro mundo a la mano, aunque sólo fuera a una escala microscópica, para empezar.

Las bondades de perseverar en el camino

“El único conocimiento que vale es aquel que se nutre de incertidumbre y el único pensamiento que vive es aquel que se mantiene a la temperatura de su propia destrucción”, asevera Edgar Morin (1977:38). El aprendizaje que he logrado tejer me deja con las mismas preguntas y la sensación de que el camino comienza de nuevo.

El proyecto ha sido para mí un marco para ver, escuchar, sentir y hacer, para responderme las preguntas y sanar las heridas, un refugio donde

43 En su texto “Hacia una sociología de las ausencias y una sociología de las emergencias”, B. de Sousa Santos señala las cinco monoculturas o lógicas de producción de no existencia que contribuyen a la injusticia del mundo actual: la monocultura del saber y del rigor del saber, la monocultura del tiempo lineal, la lógica de la clasificación social, la lógica de la escala dominante y la lógica productivista (Santos, 2009: 110-113).

pasar la tormenta. Ha sido un medio donde indagar y cuestionar, un laboratorio donde cada acción ameritaba y provocaba reflexión, donde más conscientemente me abocaba a buscar las respuestas y al mismo tiempo advertir y examinar las contradicciones. Un medio en el cual solucionar las crisis personales, reflejo de la crisis de la sociedad y tal vez de la humanidad. Específicamente, me ha guiado hacia encontrar un nosotros, un espejo y una contraparte, un complemento, un medio humano y un lugar real donde llevar a cabo mi indagación. Un medio que le otorga un significado real y compartido a estas preguntas e intenciones.

Pero ¿por qué tenemos los académicos (sin excluirme) la necesidad de un proyecto para empezar a percatarnos del mundo y del lugar que ocupamos en él? Creo que al hacer esta pregunta omito algo fundamental, pues la mayoría hemos sido soñadores y hemos hecho cosas sin necesidad de “pretextos”. A menudo emprendíamos nuestras propias iniciativas, acciones heroicas y condenadas al fracaso por falta de “apoyo institucional”, sólo porque así nos lo pedía nuestra conciencia y el exceso de entusiasmo que necesitaba expresarse en acción. En este caso particular, sin duda el proyecto ha sido un inicio.

El proyecto me ha dado una comunidad. Cuando hablo de la comunidad, irreflexivamente caigo en la tentación analítica de fragmentarla, como si aún me costara trabajo advertir que todos hemos logrado construir un “nosotros” en la acción que nos convocó a todos, aunque este actuar se gestó en momentos y circunstancias particulares y desde motivaciones diferentes. Unos participaron desde la academia (Centro de Ecodiálogo) y la sociedad civil organizada (Sendas, A.C.), uniendo intereses profesionales con las necesidades íntimas de abrazar este desafío; otros soñadores y perseguidores del Buen Vivir se unieron a nosotros porque son habitantes de este lugar y porque encontraron un aliado en nosotros –y viceversa– para que sus ilusiones y esperanzas pudieran continuar; y otros por su apertura, generosidad y su sincero interés por hacer las relaciones dentro de nuestras comarcas más equilibradas y sanas.

El regalo más grande que he recibido de esta gran comunidad de mis colaboradoras más cercanas y de aquellos que se han apropiado de las ideas y han asumido la responsabilidad por co-facilitar los procesos, es haber encontrado comprensión y cierta complicidad afectiva. Conocer sus experiencias, inquietudes y perspectivas, entrelazarlas con las mías y templar la amistad en acciones conjuntas ha sido una bendición, pues ha

permitido crear una comunidad de sentido que hacía mucho que yo, en lo personal, no experimentaba.

Esta iniciativa me ha ayudado a cultivar mi arraigo y tejer una historia compartida con la comunidad. Pero, ¿sería la historia por mí contada la misma que contarían ellos? ¿Cuál sería su versión de la historia; cómo la contarían? ¿Acaso mi estar y hacer ha dejado huellas? Tal vez pecho de presuntuosa al creer que nuestro pasar deja algún rastro... habrá que escuchar otras voces. Este es apenas un comienzo del trayecto y hay mucho camino por transitar para comprender y ser parte de este lugar. No obstante, me ha dado vivencias y aprendizajes que atesoraré para siempre.

A lo largo de los meses abrimos nuestras casas y corazones. Intentamos demostrarnos unos a otros el deseo de incluirnos mutuamente en nuestros universos hasta ahora separados y formar una comunidad. Nos abrimos, nos mostramos vulnerables, empáticos y solidarios. Las reuniones en casas de los vecinos, en las faenas para atender un problema común, las caminatas, el trabajo conjunto en la construcción de estufas, los talleres de verano para los niños, los ensayos de la pastorela, desde mi perspectiva constituyen un parteaguas en nuestras relaciones cotidianas. Pero lo que más me conmueve es lo que tiene que ver con la revaloración de la ayuda mutua y corresponsabilidad entre los vecinos donde hemos sido incluidos. Este apoyo se manifestó en una situación muy concreta: la comprensión, el cariño y el cuidado que mi pareja y yo hemos recibido de ellos cuando lo necesitábamos y nadie más nos lo podía garantizar.

Esta experiencia a todos nos ofreció una oportunidad para revalorar la ayuda mutua y la reciprocidad, pero también practicar y recibir la generosidad espontánea. Nos permitió aprender de nuevo a creer en la comunidad física, local y cercana y disfrutar su calidez y familiaridad; a gozar el saludo, la plática con el vecino, apreciar a la persona y el trabajo juntos. Tal vez este regalo nos benefició más a nosotros, los foráneos, quienes buscábamos ser incluidos en un tejido que ya existía y funcionaba.

El proyecto me ha dado la posibilidad de un nuevo arraigo y una nueva familia, pues aquí todos son sobrinos, tías o tíos de alguien. El espacio

dejó de ser un no-lugar⁴⁴ y empezó a cubrirse con textos y significados. La gente dejó de ser extraña y se tornó en personas con historia, virtudes y flaquezas, interrelacionadas entre sí de múltiples maneras. Me ha creado el gusto y el sentido de estar aquí, que ahora creo es el fundamento de un buen vivir personal, indisociable del buen vivir del otro y del conjunto. A partir de esta experiencia íntima cobra más sentido “la vida en armonía con el otro y con la madre tierra” o “la vida plena”, como definen el Buen Vivir los indígenas de la Abya-yala. En sintonía con los que luchan por un mundo diferente desde otros sitios, me contagio de la esperanza de que podamos juntos construir un lugar-comunidad más resiliente, autogestivo, dialógico e incluyente. Y a partir de estos núcleos de buen vivir, construir puentes entre ellos y transformar la realidad.

La experiencia me empoderó con herramientas para recobrar la esperanza, pero también me ha desempoderado de un estatus falso, basado sólo en la aceptación tácita del mundo dividido y jerarquizado en un acuerdo en el que yo en realidad no participé. “Cuando yo llegué el mundo ya estaba así”... me resuena en el alma. Desvestida de los estereotipos y despojada de las etiquetas, soy parte de esta reconfiguración que cambia el paradigma.

44 Marc Augé (1993) usa el concepto “no-lugar” para referirse a los lugares que no tienen suficiente importancia para ser considerados como “lugares”, a diferencia de los espacios antropológicos, históricos o vitales, con los que nos relacionamos de una manera más profunda.

Agradecimientos

Las integrantes del proyecto: Teodora Landa Valencia, Leticia Yolanda Quetzalli Bravo Reyes y Krystyna Paradowska agradecemos enormemente la participación y el apoyo de muchas personas que colaboraron en esta iniciativa. Nuestra especial gratitud a:

Los habitantes de San Antonio: doña Josefina, doña Beta, doña Petra, doña Delfina, doña Norma, don Felipe, don Tacho, doña Eugenia y sus hijas.

Los habitantes de Xolostla: doña Vicky, don Goyo, doña Silvia, Fortino y Noé, doña Reina, doña Marta, don Mundo, Janeth y Nadia, doña Ángela y su hija, doña Candelaria, doña Lucina, don Beto, doña Lola, don Chuchó, Omar y los hermanos Acosta.

Los habitantes de Tixtla: don Moisés, doña Ana y Mariana.

Los pobladores de la Olla: Karina, Wilka, Valentina y Antonio.

Los vecinos de Rancho Viejo: Salvador López, Leticia Valenzuela y Pablo Valderrama.

Los amigos que nos alentaron y acompañaron en la primera fase del proyecto:

Danú Alberto Fabre Platas, Isabel Noriega Armella y Francisco Xavier Martínez Esponda.

Los colaboradores y facilitadores de los Talleres de Verano: Elizabeth Peralta, Filiberto Moncayo, Flor Silvestre Villa, Jérica Martínez, Juan José Villalobos, Judy Shirley, Leticia Valenzuela, María Luisa León, Nayelli Nava, Pablo Valderrama, Salvador López y Silvino Espinosa.

A Amparo Albalat por guiarnos y acompañarnos desinteresadamente en varias jornadas de realización de estufas; a Miguel Ángel Escalona e Isabel Noriega por su charla sobre la agroecología; a Judy Shirley por ser anfitriona y facilitadora del taller "Jugando con el Barro" en San Antonio; a Leticia Valenzuela por animarnos a jugar a la pastorela; a Arturo Richard por su Taller de Códices en Xolostla. A la maestra Yuliana Báez Flores, di-

rectora de la Escuela Primaria de Niños Héroes de Chapultepec en Xolostla por brindarnos el apoyo para la realización del taller.

A los colegas de Sendas A.C. por el intercambio de saberes.

A Jesús Alejandro López Castillo, Angélica María Hernández Ramírez, Claudia Gallardo y los estudiantes de la Maestría en Estudios Transdisciplinarios para la Sostenibilidad: Fernanda Ortega Guerrero, Angie López Fuentes, Susana Pimienta Díaz y Daniel Federico Ochoa Meza, por brindar su apoyo en la facilitación de los talleres.

Al programa PRODEP-NPTC por aportar los recursos para la realización del proyecto “Diálogo de Saberes para la resignificación y reconstrucción del Buen Vivir en las poblaciones rurales indígenas y mestizas del estado de Veracruz”.

A nuestra casa de estudios y al Centro de Ecoalfabetización y Diálogo de Saberes de la Universidad Veracruzana por todo el apoyo brindado.

Sobre los autores

Leticia Yolanda Quetzalli Bravo Reyes

Nace en Xalapa y desde hace una década habita en el rancho Tixtla. Estudia Danza Contemporánea y es bailarina profesional. Se dedica a la creación, difusión y docencia de este arte en la Universidad Veracruzana. En 2006 funda con otros colegas el actual Centro de Ecoalfabetización y Diálogo de Saberes, en donde ha trabajado en el área de la educación somática y el diálogo de saberes, impartiendo cursos y talleres al MEIF, a docentes y a estudiantes de posgrado hasta la fecha. Cursó la maestría en Terapia Gestalt. Es colaboradora del Cuerpo Académico Diálogo de Saberes y Sustentabilidad Humana para el Buen Vivir, integrante activa de la Red de Custodios del Archipiélago y del proyecto “Diálogo de Saberes para la resignificación y reconstrucción del Buen Vivir”.

Danú Alberto Fabre Platas

Sociólogo por la Universidad Veracruzana. Maestría en El Colegio de Michoacán, A.C., y Doctorado en la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla desde 2003. Miembro del Sistema Nacional de Investigadores y de diversos Cuerpos de Arbitraje o Comités Científicos en revistas especializadas de México, Chile, Argentina, Brasil y España. Ha sido investigador del Colegio de Michoacán, director del Área Académica de Sociología y Demografía, coordinador del Centro de Estudios de Población y de la Maestría en Estudios de Población en la Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo. Profesor invitado en universidades de Colombia, Argentina y España. Subcoordinador de la Red de Vulnerabilidad de la Asociación Latinoamericana de Población. Actualmente es coordinador del Cuerpo Académico *Ciencia, tecnología, sociedad e innovación en la sociedad del conocimiento (UVER-CA-238)* y profesor-investigador de tiempo completo en el IIESES-DGI-Universidad Veracruzana.

Teodora Landa Valencia

Psicóloga clínica por la Universidad Veracruzana y Maestra en Psicología por la SEP. Desde 1986 hasta 2013 laboró como psicóloga clínica en el DIF Estatal y en la Secretaria de Salud de Veracruz. Es egresada de la primera generación de la Maestría en Estudios Transdisciplinarios para la Sostenibilidad (2008-2010), donde se tituló con el trabajo recepcional “Grupo de Herbolaria Cunde Amor: Mujeres que sanan al entrelazar saberes”. Integrante activa del proyecto “Diálogo de Saberes para la resignificación y reconstrucción del Buen Vivir”.

Salvador López Sánchez

Artista y educador por el arte que participa activamente en la lucha socioambiental hacia el Buen Vivir. Nace en la Ciudad de México en 1954. Realiza sus estudios profesionales en la Escuela Nacional de Pintura y Escultura del INBA (La Esmeralda). Es Licenciado en Educación Artística por la U.V. En 1976, funda y dirige el bachillerato de arte CEDART-Chihuahua del INBA, de la capital del estado de Chihuahua. Desde entonces ha colaborado en diseño curricular y docencia en el Instituto Nacional de Bellas Artes, además de otras dependencias del estado, como la Dirección General de Capacitación y Actualización del Magisterio de la SEP, la Dirección General de Culturas Populares, Instituto Nacional Indigenista, IVEC y la Universidad Veracruzana. En el ámbito independiente participa activamente en la exigencia por la justicia socioambiental, colaborando con las organizaciones VIDA y Sendas A.C., sin dejar de producir y exponer su creación artística.

Juliana Merçon

Investigadora titular del Instituto de Investigaciones en Educación, coordinadora del Cuerpo Académico Territorio, Comunidad, Aprendizaje y Acción Colectiva (TeCoAAC), coordinadora del Grupo de Investigación Acción Socio-Ecológica (GIASE) y co-coordinadora de la Red de Socioecosistemas y Sustentabilidad. Es miembro del Sistema Nacional de Investigadores de CONACyT (nivel 1) y de los Grupos de Trabajo 1. Metodologías y Procesos Participativos y 2. Mujeres, Agroecología y Economía Solidaria del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO). Es doctora en filosofía por la Universidad de Queensland, Australia; doctora en educación por la Universidad del Estado de Río de Janeiro.

ro, Brasil; maestra en psicología por la Universidad de Brasilia, Brasil, y experta en agroecología por la Universidad Internacional de Andalucía, España. Desarrolla proyectos con enfoques participativos en agroecología, defensa del territorio, transdisciplina y sustentabilidad, además de investigaciones en filosofía ambiental.

Krystyna Barbara Paradowska

Maestra en Ciencias Sociales y Humanidades por la Universidad de Slask (Polonia) y doctora en Ecología Tropical por la Universidad Veracruzana. Ha colaborado en proyectos del Instituto de Ecología A.C. y de la Universidad Veracruzana encaminados a la conservación y restauración ecológica, educación ambiental y desarrollo comunitario, principalmente en las zonas costeras de Veracruz y en el Totonacapan. Actualmente es investigadora de tiempo completo del Centro de Ecoalfabetización y Diálogo de Saberes de la Universidad Veracruzana y profesora en la Maestría en Estudios Transdisciplinarios para la Sostenibilidad. Sus líneas de investigación actual son: epistemologías del Sur, diálogo de saberes y el Buen Vivir.

Arturo Richard Morales

Originario de Orizaba, realizó sus estudios hasta la preparatoria en esta ciudad. En 1988 ingresó a la carrera de Contaduría Pública en la Universidad Popular Autónoma del Estado de Puebla, de la cual se tituló en 1993. Trabajó como contador en varias empresas; una de ellas lo llevó a la ciudad de Xalapa en 1996, lugar donde radica desde entonces. En 2008 ingresó a la Universidad Veracruzana a estudiar la carrera de Arqueología, de la que se tituló en 2013. Estudió la Maestría en Estudios Transdisciplinarios para la Sostenibilidad de la misma Universidad Veracruzana.

Pablo Valderrama Rouy

Originario de la ciudad de México, vive actualmente en la comunidad de Rancho Viejo, municipio de Tlalnelhuayocan. Es Maestro en Antropología por la Escuela Nacional de Antropología e Historia del INAH y profesor investigador del Centro INAH Veracruz, dedicado a la etnografía e historia de los pueblos originarios del México oriental. Ha trabajado principalmente en el Totonacapan, donde coordinó los proyectos: "Etnografía de las Regiones Indígenas de México en el Nuevo Milenio" (INAH), "Alfa-

betización en lengua materna (náhuatl)” (INEA) y “Etnohistoria de los Pueblos de la Sierra” (INAH y Universidad de Montreal). Es autor de más de treinta publicaciones, entre ellas varios volúmenes de la colección “*Etnografía de los pueblos indígenas de México*”, editada por el INAH, además de ponencias y exposiciones etnográficas que abordan distintos aspectos de la vida de los pueblos nahuas del sur del Totonacapan. Actualmente se dedica a la investigación sobre sistemas alimentarios, la cocina tradicional y la cultura de la milpa en pueblos de tradición náhuatl, principalmente en la zona de Cuetzálan, Puebla, y Tlalnahuayocan, Veracruz. Además, cultiva y comercializa macadamia.

Bibliografía compartida

- Amo, Rodríguez S. del, Vergara-Tenorio M.C, Ramos-Prado J.M, Porter-Bolland L., Community landscape planning for rural areas: A model for biocultural resource management, en *Journal of Society & Natural Resources*, Vol. 23, 2010, pp. 436-450.
- Augé, M., Los “no lugares”, espacios del anonimato. *Una antropología de la Sobremodernidad*, Gedisa, Barcelona, 1993.
- Bartra, Armando, s/f, “De siembras barrocas y pensamientos salvajes: vivir bien es hacer milpa”, *La Jornada del Campo* 34, 17 julio de 2010. pp. 1-9.
- , “Esa quimera llamada campesino”, en el seminario “Más allá de Marx, pesquisas y digresiones”, UAM Xochimilco, 2015.
- , “Gente de milpa”, en *ALASRU. Análisis Latinoamericano del Medio Rural*, Núm. 7, Agosto, Universidad Autónoma de Chapingo, 2013.
- Berman, M, *El reencantamiento del mundo*, Cuatro Vientos Editorial (séptima edición), Santiago de Chile, 2001.
- Boege, Eckart, *El patrimonio biocultural de los pueblos indígenas de México. Hacia la conservación in situ de la biodiversidad y agrobiodiversidad en los territorios indígenas*, INAH, CDI, México, 2008.
- Boff, Leonardo, *El cuidado esencial. Ética de lo humano, compasión por la Tierra*. Traducción de Juan Valverde, Editorial Trotta, Madrid, 2002.
- Bohm, D, *Sobre el diálogo*, Kairós, Barcelona, 1997.
- Capra, F., *La trama de la vida. Una nueva perspectiva de los sistemas vivos*, Anagrama, Barcelona, 2010.
- Castro-Gómez, S. y R. Grosfoguel (Eds.), *El giro decolonial: reflexiones para una diversidad epistémica más allá del capitalismo global*, Universidad Central, Instituto de Estudios Sociales Contemporáneos y Pontificia Universidad Javeriana, Instituto Pensar, Siglo del Hombre Editores, Bogotá, 2007.
- Caudillo Félix, G. A., “El buen vivir: un diálogo intercultural”, en *Ra Ximhai*, 8(2), 2012, pp. 345-364.

- Ceja Albanés, M. Á., *Análisis cerámico del sitio arqueológico Xoloxtla; municipio de Xalapa, Ver.*, tesis, Universidad Veracruzana, Xalapa, 2010.
- Francisco Hidalgo, F., "Buen vivir, Sumak Kawsay: Aporte contrahegemónico del proceso andino", en *Utopía y Praxis Latinoamericana*, 16(53), 2011, pp. 85-94.
- Huanacuni Mamani, F., *Vivir Bien / Buen Vivir. Filosofía, políticas, estrategias y experiencias regionales andinas*, Coordinadora Andina de Organizaciones Indígenas, Lima, 2010.
- Illich, I., *Obras reunidas*. Tomos I y II, Fondo de Cultura Económica, México, 2006-2008.
- León-Portilla, M., *Huehuetlahtolli. Testimonio de la antigua palabra*, Fondo de Cultura Económica, México, 1991.
- López Austin, A., "El núcleo duro, la cosmovisión y la tradición mesoamericana", en *Cosmovisión, ritual e identidad de los pueblos indígenas de México*, Johanna Broda y Félix Báez Jorge (Coords.), Consejo Nacional para la Cultura y las Artes-Fondo de Cultura Económica, México, 2001.
- López Sánchez, S., *Educar por el arte: Realidad, mito y anhelo. Al recate del uso de los sentidos*. Tesis de licenciatura en Educación Artística, Universidad Veracruzana, 2002.
- Mato, D. (2008), "No hay saber 'universal', la colaboración intercultural es Imprescindible", en *Alteridades*, 18(35), 2008, pp. 101-116.
- Mato, D. (Coord.), *Educación superior, colaboración intercultural y desarrollo sostenible/buen vivir. Experiencias en América Latina*, UNESCO-IESALC, Caracas, 2009.
- Morin, E., "El espíritu del Valle", en *Método 1. La Naturaleza de la Naturaleza*, Ed. Cátedra, Madrid, 1977, pp. 21-39.
- , *Los siete saberes necesarios para la educación del futuro*, UNESCO, 2001.
- Morin, E. y Kern, A.B., *Tierra Patria*, Kairós, Barcelona, 1993.
- Morin, E., Ciurana, E.R. y Motta, R.D., *Educar en la era planetaria*, Gedisa, Barcelona, 2002.
- Paradowska, K., *Diálogo de saberes para el replanteamiento teórico de la restauración ecológica con enfoque biocultural*. Tesis de doctorado, CITRO-Universidad Veracruzana, Xalapa, 2013.
- Paradowska, K., González, R., Martínez F.X., Noriega M.I., Quiroz, I., y Amo, del S., *Diálogos campesinos e interdisciplinarios para la visibilización y reapropiación comunitaria del patrimonio biocultural totonaco*, VIII

- Congreso Mexicano de Etnobiología, Universidad Juárez Autónoma de Tabasco y Asociación Etnobiológica Mexicana, A. C., Villahermosa, 2012.
- Paré, L. y P. Gerez (Coords.), *Al filo del agua: cogestión de la subcuenca del río Pixquiac*, Veracruz, Instituto Nacional de Ecología - SEMARNAT, Juan Pablos Editores, 2012.
- Peat, D., "Acción suave", en *Alternativas innovadoras para un mundo en crisis*, Kairós, Barcelona, 2010.
- Pérez Ruiz, M. L. y Argueta Villamar, A., "Saberes indígenas y diálogo Intercultural", en *Cultura y Representaciones Sociales*, IIS, UNAM 5(10), 2011, pp. 31-56.
- Quiroga, M.R., "Para forjar sociedades sustentables", en *Polis. Revista Académica de la Universidad Bolivariana*, No. 5, 2003, pp. 2-14.
- Sachs, W., *The Development Dictionary: A Guide to Knowledge as Power*, Zed Books, Londres, 1992. [En español: *Diccionario del desarrollo: Una guía del conocimiento como poder*, PRATEC, Lima (1996) y Galileo Ediciones, México (2001)]
- Sahagún, Fray Bernardino de, *Historia General de las cosas de Nueva España*, Tomo II y Tomo III, Ed. Pedro Robredo, México, 1938.
- Santos, de Sousa B., *Una epistemología del Sur: la reinención del conocimiento y la emancipación social*, Editor J. G. Gandarilla Salgado, Siglo XXI Editores, CLACSO, México, 2009.
- Scott, J. C., *Domination and the Arts of Resistance: Hidden Transcripts*, Yale University Press, New Haven, 1990 [En español: Scott, J., *Los dominados y el arte de la Resistencia*, Ediciones Era, México, 2000.]
- Toledo, M., "Diez tesis sobre la crisis de la modernidad", *Revis ta Polis* (en línea), v. 33, 2012: <http://polis.revues.org/8544>
- Toledo, Víctor M. y Narciso Barrera-Bassols, *La memoria biocultural. La importancia ecológica de las sabidurías tradicionales*, Icaria Editorial, Barcelona, 2008.
- Walker, B. y Salt, D., *Resilience Thinking. Sustaining ecosystems and people in a changing world*, Island Press, Washington, DC, 2006.
- Williams-Linera, G., *El bosque de niebla del Centro de Veracruz: Ecología, Historia y destino en tiempos de fragmentación y cambio climático*, Instituto de Ecología, A. C, CONABIO, México, 2007.
- Wollenberg, E., Edmunds, D. y Buck, L., *Anticipándose al cambio: guía para uso de escenarios como instrumento para el manejo forestal adaptable*, Centro para la Investigación Forestal Internacional CIFOR, Santa Cruz, 2001.

Referencias virtuales

- Boff, L., “¿Cuál globalización?”, en *Polis* [en línea], consultado el 13 de mayo de 2013. Disponible en: <http://polis.revues.org/7038/>
- Dietz, G., “Hacia una etnografía doblemente reflexiva: una propuesta desde la antropología de la interculturalidad”, en *Revista de Antropología Iberoamericana*, 6(1), pp. 3-26. Consultado el 12 de abril de 2012. Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=62321332002/>
- “¿Es posible otra globalización? Miradas desde el Norte y el Sur”, en *Polis* [en línea], consultado el 13 de mayo de 2013. Disponible en: <http://polis.revues.org/7038>
- Esteva, G., *Más allá del desarrollo: la buena vida*. América Latina en Movimiento. Disponible en: www.otrodesarrollo.com/buenvivir/EstevaDesarrolloBuenaVida09.pf
- Nicolescu, B., *Transdisciplinariedad. Manifiesto*. Traducción: Mercedes Vallejo Gómez, Hermosillo, Edición: 7 Saberes. Multiversidad Mundo Real Edgar Morin, A.C. Disponible en: www.edgarmorin.org/descarga-libro-la-transdisciplinariedad.../basarab-nicolescu.html
- Paradowska, Krystyna, del Amo Rodríguez, Silvia, Ramos Prado, José María, González Jácome, Alba, “¿En qué pensamos cuando hablamos del Paisaje?”, en *Iberóforum. Revista de Ciencias Sociales de la Universidad Iberoamericana* [en línea], VI, Julio-Diciembre, 2011, consultado el 2 de noviembre de 2016. Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=211022082006>>ISSN
- Sirolli, E., *¿Quieres ayudar a alguien? ¡Cállate y escucha!* Disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=chXsLtHqfdM>

TEJIENDO UTOPIÁS,
coordinado por
Krystyna Barbara Paradowska,
se imprimió el 27 de octubre de 2017 en
CÓDICE / Taller Editorial,
Violeta No. 7, Col. Salud,
Tel. (228) 8180629
Xalapa, Veracruz, México.
codice@xalapa.com
Con un tiraje de
300 ejemplares.

